

Los avispones

Peter Handke

Traducción de Anna Montané



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Los avispones, publicada en 1966, es la primera novela de Peter Handke, uno de los escritores europeos más reconocidos y que en numerosas ocasiones ha sido propuesto como candidato al premio Nobel. Estudió derecho hasta 1965, fecha en la que la editorial alemana Suhrkamp aceptó la publicación de este libro, comenzando así su exitosa carrera literaria.

A través de textos fragmentarios que nos relatan la muerte del hermano, la ceguera del narrador, las relaciones familiares, Handke nos va contando cómo se construye una novela, que finalmente se titulará Los avispones. No es tanto un recorrido como un descenso; no describe una realidad, sino «su» realidad, que le sirve de pretexto para encontrarse nuevamente con los traumas y terrores de su infancia, a través del recuerdo de hechos cotidianos vividos con su familia en el mundo rural.

L≡**LIBROS**

Peter Handke

Los avispones

**IRÁS
VOLVERÁS NO MORIRÁS EN LA GUERRA**

La irrupción del recuerdo

Mi hermano dijo que yo entonces estaba sentado frente a la estufa y miraba fijamente el fuego. Antes del amanecer, cuando aún llovía, él había llegado hasta la colina por la parte de atrás; sin mirar, había franqueado la alambrada de la dehesa y el alambre le había rasguñado la cara, había descendido corriendo por el campo, que por aquel entonces ya era terreno baldío, y el barro y las hojas marchitas caídas de los árboles se le habían pegado a las suelas, después, paso a paso, se había encaminado hacia la casa, al llegar a los árboles se había echado a correr otra vez, había corrido por la hierba y por el camino, sin detenerse, con los pies mismos se había quitado en la hierba húmeda que bordea el camino el barro acumulado a derecha e izquierda de las suelas y, siempre a la carrera, había seguido el muro hasta llegar a la pila de leña, había puesto un pie entre los leños, primero agachado —la cabeza más baja que el cuello— y después erguido —la cabeza sobre el cuello^[1]— se había encaramado a la pila y, al subir, ya había mirado a través del doble cristal de la ventana y había visto algo aquí dentro, había visto algo que estaba sentado, había visto a alguien en camisa que estaba sentado frente al fuego, me había visto a mí aquí dentro sentado sobre la cama frente al fuego. Dijo que bajo la camisa hecha jirones y tenía los hombros echados hacia delante, como si quisiera juntarlos, y que entre los finos pliegues de la tela gastada, los cuales, partiendo de ambos lados del arco dentado que era mi columna vertebral, se extendían hasta la parte superior de los brazos, se podía distinguir la piel oscura que, combinada con la tela clara, cubría mi espalda con un estampado blanco y negro; los brazos entrecruzados estaban tan apretados contra el pecho y yo tensaba mi propio tronco con tal fuerza que Hans veía cómo las puntas de los dedos —blancas hasta la mitad de las manchadas uñas— se iban hundiendo en la camisa; como dijo él, cuanto más oprimía mi cuerpo con los brazos, tanto más se clavaban las uñas en mi piel y estiraban no solo la tela, sino también la piel que recubre las costillas. Sin embargo, yo no me movía; con la cabeza gacha y los hombros encogidos hasta casi rozar las orejas permanecía sentado —mitad en el hueco del colchón de paja, mitad sobre el borde de la cama—, con las piernas de través apoyadas contra los cantos del arca abierta que contenía la pala y los pedazos del carbón, y miraba fijamente el fuego.

Al principio me tomó por otro. Rápidamente buscó con la mirada la cama en la que, en otro tiempo, él había dormido con el segundo hermano, pero estaba vacía. Durante un buen rato se quedó mirando la cama vacía: en la almohada, dijo, parecía que se dibujaba la silueta de una cabeza, sin embargo, seguramente se trataba del efecto de las sombras del fuego proyectadas en la pared.

Sus miradas regresaron a los ojos, volvieron a salir y otra vez me miraron. Se fijó en las puntas de los dedos que se curvaban como garras y en las uñas manchadas de resina. Vio la piel de la mano agrietada, recubierta de barro seco

y cuarteado. Apartó la mirada. Miró un instante hacia la puerta. Sus ojos buscaron refugio en las brasas ardientes cuyas grietas y hendiduras absorbían y expelían la corriente cálida de aire en una continua alternancia de viento y calma. Enseguida quitó la vista del fuego y, arrastrando toda su cara por el cristal, miró hacia el borde del muro sin que, no obstante, desde aquí dentro se pudiera oír el ruido de la mejilla aplastada contra el cristal de la ventana doble.

Se detuvo un instante y por debajo del alero miró hacia arriba dejando caer la cabeza sobre la nuca; de un vuelo se asió de la cornisa de la ventana y se dio un impulso hacia arriba y ahora, arrodillado, con el cuerpo erguido sobre la pila de leña, miraba en diagonal hacia mí a través de las marcas que los dedos y las mejillas habían dejado en el empañado cristal. Justo en aquel momento yo retiré los pies del borde del arca, los desplazé trazando un semicírculo (primero eran claros; después, sobre el fondo claro del fuego abierto, oscuros; después, en la oscura habitación, claros otra vez) y los puse de nuevo sobre el colchón de paja que, a su contacto, crepitó como si ardiera. Por un instante, vio de perfil la cabeza del que estaba sentando. Porque me conocía, me reconoció. Su mano se deslizó cornisa abajo. Se dejó caer sobre los talones y ocultó la cabeza tras el ancho marco central de la ventana; colocó el reverso de la mano en forma de arco sobre la frente, la puso entre la frente y el cristal y me miró. Mientras tanto, según dijo, yo había abierto únicamente el rostro hacia el calendario colgado encima de la cama vacía, en cambio, mis ojos, cuyas bóvedas él veía brillar de lado, carecían de mirada. La posición de los brazos no había cambiado. Ahora, él esperaba los gestos propios de alguien que reanuda el sueño. Los dedos se desprendieron de la espalda y dejaron al descubierto las huellas de sudor de la camisa; los brazos, que seguían entrecruzados, resbalaron vientre abajo; el tronco se balanceó hacia atrás, hacia el cabezal. Pero mientras yo miraba fijamente el calendario, mi hermano arañaba el cristal con la uña del pulgar.

Yo no miré de inmediato hacia la ventana. Mientras él se inclinaba y tendía sobre la pila de leña, continué sentado, ebrio de sueño, sobre el crepitante colchón de paja. Solo cuando él se arrodilló y desde el cartón alquitranado se apoyó con las manos contra la ventana, oí como si el ruido, el chirriar de la uña que rascaba el cristal, llegara a mí desde muy lejos: al principio, el sonido sordo, apagado de la uña que golpeaba el cristal; después, como un graznido, su largo restregarse contra la ventana. Un armario muy pesado o un arcón fueron empujados sobre un suelo de madera. Giré lentamente la cabeza hacia el cristal y aparentemente miré hacia allí, mientras mi hermano limpiaba con el puño el vaho de su respiración entrecortada. Él persistió en su movimiento. Le pareció que yo miraba hacia la ventana y él miró hacia mí; ahora respiré y mi rostro se contrajo, pero no porque mi mirada se fijara en él, sino porque seguía pendiente del ruido del armario; las abiertas pupilas de mis ojos se clavaban en él, pero iban dirigidas hacia dentro, hacia el susurro interior del conducto auditivo.

Mi hermano dijo que, aquella mañana, con la contracción de mis párpados, yo ya tenía el semblante de un ciego, miraba igual que un ciego.

Tras la ventana únicamente percibí el cielo oscuro; a partir de las fragmentarias manchas reconstruí los álamos y, sobre la colina, donde se acaban los pastos, la valla de la dehesa lindando con el cielo; sin embargo, no vi la cabeza de mi hermano que se asomaba por encima del borde del alféizar y esperaba ansioso mi respuesta.

Transcurrido un tiempo, contó él, yo me levanté, pero, contra lo que era de esperar, no me dirigí hacia la ventana, sino hacia la puerta de la pared opuesta: el armario solo había podido ser desplazado dentro de la casa; para mí era como si el ruido viniera de la habitación de la hermana.

Por lo visto descorrí rápidamente el pestillo de la puerta. Con la otra mano ya tenía asido el picaporte como si este fuera un látigo, y, cuando la puerta se abrió, se formó un espacio en el pasillo. El silencio se desvaneció, quedó ahogado por el crujido de la madera y el chirrido de las bisagras. Se quebró entre las estridencias del latón de la barandilla de la escalera. Al dar contra la barandilla, la puerta sonó fuerte, menos fuerte y suave; la madera rozó con la madera; después, el silencio fluyó y volvió a mí.

En el silencio y la oscuridad grité un nombre que, apenas lo había gritado, ya no entendí. Mi hermano identificó el timbre de la voz que gritaba; lo que yo gritaba, no pudo oírlo; rasguñó otra vez la ventana exigiendo una respuesta. Paralizado, incapaz de moverse, se quedó en su sitio con la vista clavada en mí. Traspasé el umbral de la puerta, el frío del cemento hizo que mis pies descalzos se sintieran por primera vez descalzos y grité repetidas veces su ininteligible nombre; grité entonces más alto el ininteligible nombre del hermano desaparecido, como si el cambio de sitio de un armario fuera ya una señal de su regreso.

Él no podía ver que yo me había puesto de puntillas y que con la yema de los dedos palpaba la pared del pasillo en busca del interruptor. Sin embargo, vio cómo el gato, que se había hecho un ovillo entre las palas y las azadas de debajo de la escalera, alzó la cabeza al oír el rasgado de los dedos y, al alzarla, se despertó.

Me di cuenta de que no oía el zumbido del contador. Fue entonces cuando me percaté de que el animal traspasaba el umbral con la cola tiesa y se colaba en la habitación; cabeza y cuerpo miraban hacia la ventana. Ahora recordé que por la noche habían volado los bombarderos.

Lo primero que vi en el pasillo fueron las huellas de barro seco que partían de la puerta de entrada y se extendían por el acanalado del cemento: su tamaño era menor cuanto más se adentraban en la casa. Luego me fijé en aquellos sitios en los que, la noche anterior, mi padre, al volver a casa, había puesto pesadamente sus pies mientras su mano sujetaba la rejilla de la lámpara de establo que se

había llevado para la infructuosa búsqueda; me fijé en las manchas amarronadas de agua que habían ido dejando sus botas y cuyos bordes todavía conservaban el brillo de la mica del arroyo. Las manchas llegaban hasta mi puerta y continuaban por la habitación hasta justo debajo de la lámpara de pantalla que se bamboleaba con la corriente de aire; desde ahí, mi padre —después de sus gritos, golpes y tamboreos contra la puerta y yo le había abierto— pudo inspeccionar toda la habitación, mientras yo permanecía en silencio a su lado con el camión puesto. No halló a nadie más que a mí, así que no pudo hacer otra cosa que quedarse un rato quieto en medio de la habitación vacía, con la mirada cansada y la lámpara apesosa colgándole de su fatigada mano.

Ahora que el barro del arroyo ya se había endurecido podían verse claramente las marcas de los tacones de las botas.

El gato maulló con fuerza hacia la ventana.

El ruido me hizo regresar a la habitación; tras el cristal, vi la cara de mi hermano y, porque lo conocía, lo reconocí.

Tenías la piel muy sucia y rasguñada por la alambrada, dije yo. Cada vez que quería fijar la mirada en ti, las imágenes danzantes del fuego en el que me había quedado absorto me borraban tu cara.

Mientras tanto, la nieve había alejado a la lluvia y, en la habitación, la claridad se intensificaba al ritmo intermitente de las ráfagas de nieve. Él no me hizo seña alguna. Yo tampoco le hice señas. Sin embargo, los dos sabíamos que el uno veía al otro. Yo miraba en silencio aquella cabeza con el campo de fondo tan pegado a ella que parecía que la estuviese viendo a través de unos anteojos.

Él, sin modificar la dirección de su mirada, que seguía fija en mí, saltó rápidamente de la pila de leña; al iniciar el movimiento, sus mechones erizados se elevaron por encima de la nuca y volvieron a caer antes de que la cara desapareciera de mi campo visual.

La huida

En noviembre es frecuente que por las mañanas nieve. Este suceso suele describirse más o menos como sigue: «El que se ha ido despertando mira ya despierto a través de la ventana para calcular la hora a partir de la intensidad de la luz. Afuera ve la nieve que aleja a la lluvia. El cartón alquitranado que protegía la pila de leña ha ido resbalando capa por capa, porque quizás algo (¿el gato?) ha saltado desde la pila, y ahora la algodonosa nieve lo va cubriendo por entero; en aquellos puntos que aún conservan algo de calor, porque quizás un ser de sangre caliente se arrodilló allí, los copos de nieve todavía no cuajan. Hace solo un momento que la lluvia se ha convertido en nieve. Las nubes se han deshecho y han perdido la forma. El cielo es uniforme. En un visto y no visto, el viento ha cesado y ya no puedes oírlo. Los álamos que bordean el campo, la hierba que bordea el campo, los tallos de hierba que bordean el campo fueron sorprendidos por la repentina caída de nieve. También a este arado de rejas (aquí se podrían nombrar otros utensilios de labranza), que bajo la lluvia todavía destellaba y parecía respirar, la nieve le ha cortado el aliento. Mientras cae la nieve, no pueden verse los copos de debajo de las nubes; luego, uno a uno, los ves motear la corteza de los árboles que, con la condensación de la nieve, parece más oscura; después, algodonosos e indistinguibles, los copos cubren el campo» y de nuevo los ves uno a uno, contrastando con el negro de la chaqueta mojada del niño que, sin abandonar el camino por donde ha venido, corre por los surcos cuesta arriba hacia el horizonte, con los brazos separados del cuerpo y las manos cerradas en puño balanceándose arriba y abajo a causa de las subidas y bajadas del terreno, con las suelas llenas de barro que, al correr, aplasta contra los surcos «y, finalmente, ves como la nieve inmensa cubre de blancas nubes la tierra removida por el arado que hasta ahora ha conservado su color de lluvia».

El observador mira por la ventana abierta de par en par subido a una silla que fue a buscar a toda prisa, tiene una mano extendida entre la pelusa de nieve, y los planos se confunden vertiginosamente en su mirada ya vacía: la blanca superficie del cielo se inserta en la superficie marrón y amarilla del campo; la blanca superficie del campo y la superficie amarillenta del cielo se insertan en las blancas superficies de las capas del cartón alquitranado sobre las que hace muy poco la nieve no cuajaba debido al calor de un cuerpo (no era un gato), y la blanca superficie de los cartones, la blanca superficie del cielo y la blanca superficie del campo —interrumpida solamente por las picaduras de los álamos—, se insertan cortantes en las blancas y vacías superficies de los ojos, y despedazan y descuartizan y destrozan la superficie blanca y vacía del cerebro.

La ocultación de la noticia

La pesada viga que corona el muro rodaba y, dando brincos, se acercaba al protagonista que subía las escaleras con su noticia; la viga estaba cada vez más cerca de su retina y, mientras bajaba tambaleándose, se henchía y mostraba a lo que se denomina el «taconear» y «arrastrar» de los zuecos claveteados contra los escalones de madera. Al principio —ahora vista desde abajo—, yo, que iba subiendo, solo podía ver la cara con tallas verticales y, de lejos, parecía tan estrecha como las latas superiores vistas de cerca. Bajo la luz fresca de la buharda las sombras de los contrapares dibujaban rayas en las latas; las virtutas colgantes (la viga que quedaba debajo de estas todavía parecía más oscura) y la infinidad de agujeros negros que, cada uno rodeado por un cordón de serrín, salpicaban la madera todavía se ocultaban a la mirada que iba acercándose desde el pie de la escalera. Pero luego, en medio del tambaleo y temblor de la viga, todas estas visiones que hasta ahora solamente habían existido en mis imaginaciones y pensamientos, emergieron del inseguro plano óptico con toda nitidez y se hizo visible también la cara horizontal de la viga de donde salían en transversal los contrapares y llegaban hasta la cima del tejado; y en los contrapares, reconocí las polvorientas telarañas de las que colgaban los cuerpos de las moscas succionadas. Los pegajosos hilos del adobe que iba arrancado al andar, se me adherían a la mano; mientras tanto, yo avanzaba bajo el techo siguiendo la línea de la viga y llegaba con la noticia a la habitación de mi hermana.

«Sus dedos se abrieron y cubrieron inmediatamente el pequeño espejo redondo; el espejo de pared en el que vi reflejada su espalda no tuvo que ocultarlo.»

Sin embargo, aquella mañana no hallé a mi hermana en la habitación. Sus olores vinieron a mi memoria y los recordé y examiné uno a uno. Comprobé el olor a laca del esmalte de uñas, el olor de la acetona con la que inmediatamente después de pintarse las uñas se las despintaba para volvérselas a pintar, el olor del té de manzanilla enfriado que se aplicaba a los ojos para darles brillo, el olor a pastel que desprendían las cajas de polvos vacías, la fragancia de la famosa agua de colonia con la que rociaba la habitación, el olor de aquellas manzanas que parecían limones, el olor a brea del jabón en tiempos de guerra que guardaba en la cómoda, entre los vestidos heredados de la madre.

Los objetos de la alcoba me parecieron faltos de color, pálidos. Era como si antes hubiese estado largo tiempo mirando fijamente el sol o como si acabara de despertarme y todavía no pudiera distinguir más que entre oscuridad y claridad; pero entonces caí en la cuenta de que había estado mirando fijamente el fuego de la habitación de abajo y, después, la nieve, a través de la cual había seguido con la mirada a mi hermano que corría a toda prisa, y que ambas cosas eran las

que ahora me impedían ver los colores. Tuve la impresión de que aquellos objetos descoloridos querían burlarse de mí y de que, quizás, sin que mis ojos deslumbrados por las llamas pudieran percibirlo, querían dejarme en la incertidumbre de sí, a medida que hubiera más luz porque —es un suponer— se abriera sigilosamente la puerta que había a mis espaldas, no serían los objetos mismos los que se presentarían con un determinado aspecto ante una mirada ingenua: cuando empezaran a jugar con los colores y se adaptaran a los límites más precisos de la luz que, tal vez, vendría de una puerta que, sin hacer ruido, se iría abriendo.

La integridad de la mesa, del armario, de la cómoda y de la cama hecha era engañosa.

Sin embargo, no miré atrás, sino que tomé aliento para romper el silencio con una llamada.

Entonces percibí el ruido de sus zuecos bajando la escalera del desván. ¿Qué habría estado haciendo allí arriba?

Salí inmediatamente de su habitación.

Ella se detuvo y me miró desde arriba, llevaba puestos sus zuecos altos. Al instante los dos miramos hacia el suelo y avanzamos sin decir nada hacia la escalera que lleva a la planta baja.

Ella pasó adelante en silencio. Yo bajé tras ella y observé su andar ruidoso, inclinando los talones. Reuní las palabras que me habían faltado en el umbral de su puerta.

¿Puedo impedir que se vaya enseguida y haga lo de siempre?

Con el periódico extendido bajo las rodillas se acucilla sobre estos talones que ahora observo o, agarrada al asa de la cocina de leña para no perder el equilibrio, se balancea adelante y atrás mientras aviva el fuego y con el dorso de la mano se restriega los ojos. Pero si ahora yo diera la noticia, podría alterar el curso habitual de las cosas y todo sería distinto. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarlas, las palabras se descompusieron dentro de mi cerebro en sílabas y letras que fui incapaz de juntar otra vez; no podía prever qué haría ella cuando le dijera aquello; no podía prever ni sus gestos asustados ni el sonido de sus precipitadas preguntas ni tampoco los movimientos con los que saldría corriendo; y, como que por mucho que intentara representarme la situación con imágenes y palabras, seguía sin poder prever nada, me sentí tan inseguro que callé la noticia.

Y mientras yo callaba, y mientras callaba mi hermana, y mientras ella bajaba las escaleras taconeando con sus zuecos, y mientras yo bajaba tras ella, el padre todavía atravesaba el juncal.

El transporte del hermano ahogado

Mientras el padre del narrador atravesaba el juncal, tres hombres iban por la carretera. Mientras aquel estaba en camino, ellos salieron de la iglesia del pueblo, donde el tercero, un gendarme, se había unido a los otros dos, y llegaron hasta la casa frente a la cual hallaron a dos niños en vela —uno al lado del comedero de los cerdos; el otro, en los escalones del portal—, entraron en la casa, anduvieron silenciosos por el pasillo y entraron en la habitación, se sentaron y estuvieron sentados, uno al lado del otro, contra la pared de la habitación, con la mirada atenta a la puerta, mientras el padre del narrador atravesaba el juncal que había conseguido gracias a un contrato de arrendamiento estatal.

Mientras él aún estaba aquí, en la casa, sentado en el mismo banco en el que más tarde se sentarían los forasteros, alzaba una rodilla y jadeando tiraba hacia arriba la caña de la bota que estaba calzándose, los dos primeros hombres, ambos civiles, el uno delante y el otro detrás de una de esas carretas usuales en la región, estuvieron andando por la carretera desde el pueblo de Übersee hasta el pueblo de Öd. Amanecía; en el pueblo, uno de ellos fue a despertar al gendarme, mientras el padre del narrador, en el altillo del establo, tenía la hoz empuñada y con los dedos buscaba en la oscuridad la chaqueta y los pantalones de pana azul que, fríos por la lluvia, colgaban de la pared de tablas y cuando, después de arrojar los pantalones en el carro, sacó el caballo del establo y lo aparejó, el segundo hombre regresó a la plaza de la iglesia acompañado del gendarme, a quien, mientras tanto, habían despertado.

El padre del narrador se echó la chaqueta sobre los hombros, se inclinó y flexionó una y dos veces las rodillas ante las bridas que el caballo —sin esperar órdenes y tiraba del carro— arrastraba por el empedrado del patio; se sacó el látigo de la caña de la bota y, con el mango, golpeó en los cubos de las ruedas las sílabas de un taco. El gendarme, mientras tanto, preguntaba al hombre que había estado delante de la iglesia vigilando la carreta todo lo que después de la relación de los hechos del primero aún era dudoso. El interrogado, que con las piernas cruzadas estaba recostado en una columna bajo el alero, contestó en su tosco dialecto extranjero sin cambiar de actitud. Su compañero, siguiendo la orden del gendarme, retiró el saco de la carreta mientras el padre del narrador, que ya había arreado el caballo, al ver que se acercaba a la pendiente, accionaba la manivela del freno. Al frenar, las ruedas giraron dando tropicones y arrojando grumos de barro y agua fangosa que fueron a parar a la cara del hombre que corría encorvado detrás de ellas, tirando de la chirriante manivela; una vez dominadas las ruedas, el carro empezó a bascular suavemente y bajó bailoteando la cuesta. Sin dejar de correr, el padre del narrador estiró los miembros y se quitó la suciedad de la cara, se inclinó y giró la manivela del freno en sentido contrario —al principio, lentamente y con el movimiento

esforzado de todo el cuerpo, después, con facilidad y solo con la muñeca— y ahora, con las ruedas ya sueltas, el carro siguió al caballo, el hombre avanzó desde la mitad del carro hacia adelante y tiró violentamente de la brida izquierda y el carro dobló hacia la derecha para tomar la carretera.

Mientras el padre del narrador saltaba por atrás al carro en marcha y, sin prestar atención a su alrededor, se acuclillaba sobre uno de los adrales, de través a la dirección en que iba, el gendarme pronunció delante de la carreta la palabra de reconocimiento y asintió con la cabeza. Luego volvieron a extender el saco. Con la punta de la bota el gendarme trituroó sobre el suelo lo que estaba pensando y, después, dijo las palabras correspondientes a su gesto. El primer hombre se colocó en el cuadrilátero formado por las lanzas de tiro y el antepecho y tomó la carreta por la articulación de los codos; el otro interpretó esto como señal de partida y apoyó su mano en la parte trasera de la carreta.

Las ruedas resonaron estrepitosamente contra el empedrado; el ruido, que rozaba el límite de lo que podían soportar los oídos, se expandió, amordazado, por el margen ancho y fangoso que bordeaba la carretera y fue perdiéndose a medida que la carreta avanzaba en la misma dirección que había seguido también el padre antes de que este tomara el camino del estanque: en medio de la nieve arremolinada, una silueta oscura en cuclillas sobre los adrales con el mango del látigo dentro de la bota rozándole el tobillo.

A estos dos lugares en los que se desarrolla la acción narrativa, mientras el padre se dirigía hacia el estanque y los hombres iban por la carretera, se añadió un tercero en el que se describía cómo el narrador salía de la casa y desde los escalones miraba hacia el patio.

Al salir, el narrador se fijó en la hermana que cruzaba el patio y la observó. Con la cesta vacía bajo el brazo iba a toda prisa hacia el cobertizo siguiendo la pared del establo. De repente, sin dejar de andar, giró la cabeza con brusquedad hacia la ventana del establo, parecía sorprendida, se detuvo y giró también el cuerpo hacia los cristales. Levantó el mentón. Se arrodilló y se miró en el reflejo de la ventana. El narrador la observaba.

Pero mientras ella continuaba mirándose, y el narrador la observaba, y mientras los tres hombres avanzaban con la carreta por la carretera, el padre del narrador ya había enrollado las bridas en el estribo delantero, se había subido los pantalones de pana por encima de las botas y los otros pantalones por encima de la barriga, había ido por entre los juncos hasta el árbol, se había desabrochado las cintas que sujetaban los pantalones, había arrojado a un lado el látigo y, después de hacer sus necesidades, mientras sus dedos todavía abrochaban y abotonaban los distintos pantalones, se había montado en el bote que balanceaba en la orilla del estanque. Después de impulsar el bote por atrás empujando el remo contra el amarre, la embarcación se había alejado de la orilla y deslizado por el juncal.

Mientras los tres hombres iban con la carreta por la carretera, el padre del

narrador estaba agachado en la proa del bote con las rodillas en el barro negro que se colaba por los tablones que él mismo había ensamblado; mientras los tres seguían, imperturbables, su camino, un junco le había rebotado con fuerza en la cara y él, rechinando los dientes de rabia, había maldecido agua, tierra y aire y, de un golpe de hoz, arrancado el junco culpable del agua. Al hacer este movimiento, había resbalado hacia adelante y se había abalanzado de cintura para arriba sobre la tablazón del bote; balanceándose, había reunido los juncos — haces de *Hasch* (en el dialecto foráneo significa una planta de agua muy buena para alimentar el ganado) que apretaba entre sus toscas manos y doblegaba hacia sí para meterlos en el bote—; había reunido otro haz, lo había arrancado entre los cortantes silbidos y siseos de la hoz y arrojado al bote, y después otro, y otro más. Y con el montón de plantas verdes y lechosas detrás de él, que prácticamente ya le cubría las espaldas, había avanzado un trecho dando enérgicos golpes de remo; después, había colocado el remo, que rechinaba, en sentido contrario a la dirección de la marcha, la reducción de velocidad lo había empujado hacia adelante, él se había sentado de nuevo y, sentado, empapado de humedad y con las manos aguantando el remo, había esperado que el bote se cansara de balancear; se había dejado caer de rodillas y de rodillas se quedó: nieve en el ala y el pliegue de su sombrero; bocanadas de humo saliendo de sus labios maquinalmente. Luego se acuclilló en el montón de forraje —a la luz de la nieve no era más que una figura negra— y, mientras los tres hombres con la carreta seguían en la carretera, él se tomó un descanso en medio de la maraña de juncos, en aquel mar de juncos que al narrador siempre le producía vértigo: a su lado los juncos y sus gruesos nudos se recortaban con toda nitidez; al fondo, apenas se distinguía el profundo espacio de un verde pálido en el que la nieve, susurrante, se precipitaba.

Mientras los hombres iban por la carretera, el padre del narrador había hecho el camino de vuelta por el juncal. Mientras los dos hombres empujaban y tiraban de la carreta y mientras el gendarme los acompañaba, en el patio, la hermana del narrador regresaba con la cesta del ganado llena de patatas. Mientras el narrador la observaba en silencio desde los escalones, el padre del narrador observaba las sanguijuelas que se agitaban en el agua. Mientras los hombres llegaban con la carreta al desvío, la muchacha preparaba en el comedero de los cerdos la comida para los animales. Y mientras ella amontonaba las patatas en el comedero, el padre del narrador exploraba con la mano el barro del bote para ver si hallaba sanguijuelas. Mientras el padre abría los dedos y observaba la sanguijuela que había cazado, los hombres se detuvieron en el desvío y preguntaron por dónde debían seguir. Mientras el gendarme extendía los brazos para indicar el camino, el padre del narrador echaba sobre la sanguijuela la sal que ya tenía preparada en el bolsillo. Mientras el narrador, desde los escalones del portal, pedía a la muchacha que le diera una patata, los hombres orientaron la

carreta y se enderezaron hacia la casa. Mientras la hermana del narrador sacaba una patata del comedero y se la tiraba al narrador, en el bote, el padre sacaba la hoja de la navaja. Mientras el narrador se pasaba de una mano a otra la patata caliente y se soplaba los dedos, el padre del narrador troceaba la sanguijuela sobre la tablazón del bote.

Después, mientras el padre del narrador limpiaba la navaja en el pantalón de pana azul, el primer hombre vio emerger la casa en la nieve, los tres asintieron con la cabeza aprobándose mutuamente lo que decían, aceleraron el paso, llegaron finalmente a la entrada del patio, la muchacha se quemó los dedos en el caldero, las vacas del establo empezaron a mugir de hambre y, desde el otro establo, los cerdos chillaron a coro.

Mientras el padre del narrador enrollaba la cadena del bote a la estaca, el narrador vio la carreta desde los escalones del portal de la casa y dejó de masticar.

Mientras el padre atravesaba el juncal, su hijo, que yacía en la carreta, tenía la cara sucia de barro cubierta con un saco que, aunque tuviera gusto de muchas cosas, a él, no le sabía a nada.

Los discursos del gendarme

El gendarme es el que vela por el cumplimiento de las leyes en la región; tiene confiada una parte de la autoridad pública. Para el ejercicio de esta autoridad, se ayuda también con signos externos, así pues, vaya donde vaya, lleva un calzado sólido e imponente y, cuando hace mal tiempo, arrastra un abrigo impresionante que le cubre los hombros, coloca una mano sobre la hebilla del cuello y alza la otra para el saludo que, al igual que el uniforme, exige el Estado.

Con todo, después de un largo camino, el uniforme deja mucho que desear; las manchas marrones de barro se ven oscuras sobre el abrigo claro y claras, sobre las botas de cuero oscuro. El ruido de las botas con las cuales en este momento cruza el patio es el de siempre, demasiado oficial y, sin embargo, parece que lo moleste porque al andar va modificando el paso y ahora, para evitar el ruido, camina arrastrando las suelas y ya no encoge las articulaciones de los dedos de los pies. A pesar de todo, sus botas siguen crujiendo.

Los dos primeros hombres están de pie a la entrada del patio tal como cuando llegaron. A la hermana nos la imaginamos como estaba: agachada junto al caldero, en la reluciente oscuridad que lo circunda; alrededor del fuego la nieve se derrite; por las juntas del caldero el vapor sale oblicuo, y también del cubo repleto de patatas que tiene a sus pies y del cucharón que sostiene en la mano sale un vapor que la envuelve de niebla.

Al padre ausente nos lo imaginamos entre los árboles, tirando del caballo y el carro hacia atrás, hasta la orilla del estanque. Hace retroceder el carro hasta tocar los matorrales y como esto no lo convence, da unas palmadas al caballo para que vuelva a avanzar. Luego orienta caballo y carro en sentido tan oblicuo con respecto al camino que logra girar. Con un tacón, el padre clava la horca en el montón de *Hasch*, con el otro tacón y las manos presiona hacia abajo el mango de la horca cuyas púas balancea hasta que estas, golpe a golpe, emergen de la maraña de forraje: así va pasando del bote al carro la carga empapada de agua.

Mientras a grandes pasos avanza hacia el narrador, el gendarme adapta en silencio los labios a las palabras que ya por el camino ha decidido que dirá. (Una vez yo estaba en la cama despierto y oí cómo, en la Gran Habitación, mi padre pegaba con todas sus fuerzas a la madre; primero pude entender las palabras que los padres solían intercambiar al otro lado de la pared y distinguí claramente el chasqueo de los golpes, aunque, a mi lado, mis hermanos, a imitación de los padres, también comenzaron a pegarse entre gritos y risotadas; pero después, cuando él la pegó más fuerte, quedé paralizado y aterrado, parecía que las venas me iban a reventar y me sentí tan aturdido que quedé sordo a todos los ruidos y solamente podía oír mi sangre enfurecida.)

El gendarme me pregunta tres veces el nombre, antes de que yo —estoy aturdido y no oigo su voz— le responda afirmativamente. Mi padre ha ido al estanque, añado yo, sin que me pregunte para no estar callado y verme obligado a mirar hacia el patio. Y continúa: pronto estará de vuelta; pronto debería estar de vuelta, digo corrigiéndome. La patata caliente me quema en la mano.

El padre del narrador toma las bridas, tira consigo de ellas siguiendo el lateral del carro y sube de un salto. Al subir cambia de parecer y vuelve a bajar, avanza a grandes pasos por la hierba hacia el árbol que tiene el mojón de excrementos tocando a la corteza, recoge el látigo que había olvidado, lo introduce hasta el fondo de la bota, lo saca de nuevo antes de saltar y, cuando ya está sentado con las piernas abiertas sobre el montón de forraje, vuelve a introducir la varilla del látigo en la caña de la bota. Ahora, el caballo ya ha sacado padre y carro de entre los enlodados surcos.

Aquella que ha salido corriendo es mi hermana, digo alterado. El gendarme, abatido, hace señas a los hombres girando la mano. Aunque ahora ellos y la carreta se han puesto en movimiento dejando atrás la entrada del patio, parece que no se muevan y que sea más bien la Tierra que, con su movimiento giratorio, me los acerca con la carreta, petrificados. Cuanto más avanzan, más hiriente es a la vista el saco manchado ya de nieve que llevan en la carreta.

Las distintas ruedas de los distintos carros siguen rechinando y traqueteando por el empedrado y el camino de troncos, respectivamente.

Mi padre sostiene la cazoleta de la pipa entre el índice y el pulgar y, con la yema del pulgar de la otra mano, va presionando las cargas húmedas del tabaco. Se inclina hacia adelante, acerca, como un señuelo, el fósforo encendido al tabaco y, sin dejar de aspirar, atrapa la llama grande y deforme que protege en la cazoleta bajo el arco de su nudosa mano. Las ruedas avanzan por el camino de troncos sin sacudirlo y ahí va él, sentado sobre el forraje; de su boca salen en horizontal bocanadas de humo y se pierden en la nieve que cae vertical. Pronto estará de vuelta, repito yo, mientras los hombres, en silencio, me siguen por el pasillo con la carga cubierta y entran en la habitación.

Mientras tanto y contra mi voluntad, el padre refrena el caballo. Desciende del carro por lo ancho y, con las palmas de las manos apoyadas en los muslos y la vista esforzada, inspecciona la rueda trasera. Con ambos brazos dobla y quiebra una rama de matorral que le sirve de palanca para eliminar el barro de la almohadilla del freno.

El gendarme no cede. Incluso duplica sus preguntas mientras camina arriba y abajo por la habitación. Silencia el crujido de sus botas dándose la orden de firmes y, cuando en esta posición ya no soporta más su voz inquisitiva, vuelve a darse, nervioso, la orden de marcha. Entonces, interrumpe y ahoga el crujido de sus botas dejando que sea su voz la que cruja y observa, jactancioso, la impresión que causa a los que lo escuchan; sin embargo, la voz del gendarme no

logra que los forasteros sentados contra la pared se levanten ni tampoco que se apiaden de él y lo saquen del apuro con alguna conversación intrascendente que haga la situación más llevadera. Así que tiene que contentarse con lanzarme a mí sus preguntas igual que si fueran sus propios dedos saliendo de su puño reseco: que ese era mi hermano Matt lo sabía de sobras, pero de lo que ahora se enteraba era de que mi hermano Hans todavía siguiese desaparecido; dónde me hallara yo, el interrogado, el día anterior, eso no era de su incumbencia, su obligación, aclara el gendarme, era averiguar «por qué no se le había avisado oportunamente de que los dos hermanos se habían ausentado sin dar explicación alguna»; lo que pensara y opinara mi padre (o quien fuera responsable) de todo esto, grita con ganas de pelea desde el rincón más alejado de la habitación, le traía sin cuidado, no tenía el más mínimo interés y podía ahorrarse perfectamente todas las preguntas. ¡Como si uno no pintara nada!, esta última frase la escupe, sin más ni más, mientras modera sus nerviosos pasos y se planta con las piernas separadas. ¡Como si las cosas no hubieran podido ser de otro modo!, se encoleriza de nuevo mientras con el ceño fruncido da muestras de su indignación. ¡Como si no se pudieran buscar soluciones!, explota, ahora desde la ventana y, apenas ha soltado estas palabras de sospecha a los forasteros que siguen ahí, impasibles, se queda en silencio, como petrificado y, sin dejar de mirar con recelo a su alrededor, se abandona, igual que los otros, a sus pensamientos.

Mientras tanto, el padre está embozado mirando las botas, tiene la boca abierta y la saliva le está cayendo sobre la goma del calzado. Ahora sí que llega a sus oídos el hueco traqueteo de las ruedas. Al pasar del camino de troncos a los troncos del puente, el carro se sacude. Una vez cruzado el puente, el hombre escucha con atención los suspiros que de costumbre hacen las llantas de las ruedas en el barro, el sonido del arrastrado de las cadenas, el rugido de las tripas del caballo, el familiar siseo de los copos de nieve que caen sobre las hojas secas del maíz. Conduce el carro cuesta arriba. Al subir, su cuerpo se ve empujado hacia atrás y topa con el mango de la horca clavada en el forraje. Él se separa moviendo los brazos como si remara al tiempo que dobla el tronco sobre las rodillas. Luego extiende los brazos en diagonal hacia ambos lados del carro y con los dedos de la mano se agarra fuerte a los adrales. Su cabeza salta a cada paso del caballo. Mi padre baja y se pone a andar a lado del carro. Cojeando, sube la pendiente hasta llegar al caballo y tira de él cuesta arriba. Al retirársele la carga, el rocín agita la cabeza y se encabrita; ahí está, posando para que lo contemplen, con su dentadura amarillenta y la boca que le espumea: el caballo da brincos, se empina como si quisiera hacer la corveta. Y, después, el mundo al revés: aunque el rocín cae inmediatamente sobre las rodillas, el carro rechina y se tambalea arrastrando animal y hombre camino abajo: de nada vale que mi padre, agarrado al tiro, se oponga con todas sus fuerzas y que la mano que sujeta la crin

se haya convertido en garra. Los veo de nuevo al pie de la cuesta. El eje móvil delantero ha desviado el carro hacia los pastos. El hombre, rígido, da una vuelta alrededor del caballo, surca la tierra a grandes zancadas y regresa al tarugo de madera al que está sujeta la maldita manivela del maldito freno, se inclina sobre este y, mientras separa las piernas, introduce sus manos entrelazadas por debajo de la zapata de madera. En esta postura preparatoria reflexiona un momento, vuelve a enderezarse y cambia de idea. Sin más dilaciones se acerca con cuidado al jamelgo desenfundado y lo refrena abriéndole bruscamente la boca con la cadena que lleva puesta. Luego, mientras con la palma de una mano le acaricia el cuello y le peina las crines, estira bruscamente el brazo que sujeta la cadena hacia adelante y, de un golpe, arranca caballo y carro de los pastos. A pesar del esfuerzo, el brazo no cae debilitado, sino que se mantiene extendido entre la cadena que tensa y el cuerpo contraído de mi padre que sigue inclinado sobre el camino. Y ahora, mientras mi padre se abre paso entre el vendaval de nieve —la cara, el pecho y las alteradas rodillas prácticamente paralelos al suelo—, el mismo brazo tira violentamente del caballo, del tambaleante carro y del cuerpo al que pertenece hacia la carretera, que es la salvación, bajo un torrente incesante de brutales reniegos que ni siquiera la necesidad de tomar aliento logra acallar. Una vez en la carretera, mi padre se detiene y con rostro enfurecido mira el trecho que ha superado. Sus ojos se fijan en la pipa que se le ha caído de la chaqueta por culpa de las enérgicas zancadas. Suelta la cadena de la mano, se acerca una piedra con la bota, se la pasa de un pie a otro, la hace rodar y la encaja por detrás de la rueda delantera. Con la mano izquierda arrugando el pantalón y la derecha a punto de abrirse para coger la pipa, mi padre se coloca en la pendiente flexionando las rodillas y, ahora, merma y desaparece, se encoge y se hunde hacia abajo, pasa de abajo arriba ante mi ineludible ojo interior hasta que se oculta debajo del globo terráqueo. Pero, antes de hundirse por completo, el resoplido del rocín y el crujido de las ruedas que pasan por encima de la piedra lo hacen emerger de nuevo. En el aire, los dedos se acercan a la pipa y mientras tanto, el resto del cuerpo ya se precipita hacia adelante, toma las bridas, se cuelga de la crin del caballo, roza la tierra con el pataleo de las botas, suelta ahora bridas y crines, la tracción del carro lo descontrola y, por la fuerza de gravedad, acaba rodando camino abajo con el carro y el animal que relincha —sus herraduras destellan igual que una rueda metálica en movimiento.

Mientras tanto, los oídos del gendarme prestan atención a lo que cuenta uno de los hombres sobre el suceso que los ha traído aquí. Después de cada frase, el hombre gira la cabeza (sin despegarla de la pared) hacia el otro que está sentado en el banco a su lado y repite aparte a su compañero lo que, de todos modos, ambos ya saben porque ambos han sido testigos presenciales de lo mismo; se dirige a su compañero en aquel dialecto extranjero e incomprensible, arrancando entre toses los sonidos broncos de su garganta y, además, agita los brazos con el

propósito de representar al gendarme cómo actuaron. Le muestra cómo después del trabajo los dos hacían juntos el camino sin sospechar nada; pone cara alegre y despejada para demostrar al gendarme lo contentos que iban con el sol iluminándoles el camino; inmediatamente, su rostro da muestras de que algo le impresiona y sus ojos abiertos expresan horror; las palabras que ahora salen y se precipitan de su boca las dice desconsolado, llorando y jadeando hasta que él y su compañero, que también grita sin consuelo asintiendo a todo lo que oye, se llevan las manos a la cabeza ante la visión que se les impone. Interrumpiendo los lamentos de los hombres, el gendarme, que se halla junto a la estufa, dice con voz malhumorada que su intención era no dejar pasar nada por alto, aunque, de todos modos, los tiempos llevarán a que uno, también a título personal, no tuviera más remedio que aceptar algunas ideas que, como todo, también tenían sus reversos de tal modo que uno, añada resumiendo sus palabras y frases inconexas, uno, quisiera o no, se quedaba estupefacto. Después de esta reprimenda, el gendarme mira lleno de impaciencia a los hombres que han ido enmudeciendo; los oscuros reversos de las ideas entran y salen de sus bocas abiertas. Y precisamente una cosa llevaba a la otra, dice el gendarme, ya más apaciguado, como conclusión de su perorata.

El padre está de rodillas en los pastos, tiene una pierna en el surco y con un hombro roza el carro volcado. La profundidad de la nieve hace que desde arriba, desde la carretera, sus movimientos se vean achicados y achaparrados. El flanco del carro que había quedado suspendido en el aire regresa de nuevo a la tierra cuando el padre se apoya contra el otro flanco y, presionando con todas sus fuerzas la rodilla —los tendones le crujen—, consigue sacar el vehículo de los pastos. El padre coloca el carro como es debido: lo de arriba, arriba y lo de abajo, abajo. Después de sujetar los adrales, se dispone a cargar el forraje. Hunde en el forraje las púas de la horca; desde la calle se puede oír el crujir de los tallos. Acomoda en el carro el verde que sobresale y deja la horca clavada en él. Su rostro se estremece y desanima y, por un momento, su boca deja ver las hileras de los dientes. Como la hermana, llena de miedo, baja hasta donde está él, puede oírlo todo; pudo oír sus improperios.

Quizá le haya pasado algo con el caballo, digo yo.

De repente un bramido sacude a mi padre.

El gendarme pregunta qué ocurre.

Nada, digo yo, y pongo mi atención en lo que dicen los dos hombres que se turnan para hablar, de modo que el gendarme vuelve a perderse en sus pensamientos.

Mi padre tiene el vientre apoyado contra el carro y golpea el forraje con los puños. Cuando la hermana le trae la noticia, él revuelve el forraje, que crepita, dando un enorme y desesperado bramido.

Sin embargo, mi hermana contó que ella le había salido al encuentro en la

carretera y que cuando la había visto correr hacia él, mi padre ni siquiera se había detenido. Solo había refrenado el caballo y aminorado el paso después de que ella, poco a poco, consiguiera subir al carro en marcha. Cuando ella, arrastrándose por el montón de forraje, se le había acercado, él había girado lentamente el mentón por encima del hombro y la había mirado. Así, detrás de él, con las manos bien agarradas a los crujientes tallos para no resbalar, ella le había dado la noticia. Entonces, él se había detenido. Más tarde, mi padre contó estando borracho que, unos días atrás, había visto a su hijo —ahora tenía todavía el cabello húmedo porque yacía cubierto por el saco— y a los otros hermanos de rodillas tras la balastrada del balcón; uno al lado del otro, aunque cada uno ocupado con lo suyo, apuntaban sus chorros previamente calculados en dirección al patio; estaban orinando por entre los ornamentos de la madera tallada y ganaría el que llegara más lejos. Matt había sido el vencedor de nosotros tres y, ahora, en su cara, como signo de la ausencia de vida, el surco vertical que va desde la nariz hasta el labio superior se había borrado, de modo que la piel y la carne, tan lisas como las de un cerdo en un matadero, se curvaban sobre la boca y la dentadura hundidas.

Mi hermana dijo que mi padre se había quedado sentado en silencio y que, cuando ella se había sentado a su lado, él había tirado de las bridas y reemprendido la marcha.

Los ruidos

Por la ventana entra el polvo que arrastra el viento cálido. Oigo el ruido de la cortina. Oigo el ruido de la arena que golpea los cristales. Oigo el ruido del armario abierto. Oigo el ruido de las hojas mojadas de los árboles. Oigo el ruido de la hierba bajo los árboles. Oigo el ruido del guardabarros de la bicicleta. Oigo el ruido de la alambrada que separa los álamos. Oigo el ruido de la llanta colgada en el granero. Oigo el ruido de los vestidos húmedos que cuelgan de los alambres. Oigo el ruido de la puerta del cobertizo que golpea contra la pila de leña. Oigo el ruido de un tren que pasa.

«Dijo que yo entonces estaba sentado frente a la estufa y miraba fijamente el fuego.»

El relato de la hermana

Mi hermana miró el interior del armario abierto a través de las desgastadas alas de una polilla.

Por las noches, después de haber servido la cena, a menudo subía al cuarto que tenía asignado y se estaba allí, delante del espejo de dos lunas, hasta que los de abajo reclamaban su presencia.

Con ojos abstraídos miró primero muy de cerca la polilla que sostenía entre los dedos; un negro caparazón semiesférico recubría su dorso. Con los dos primeros dedos de ambas manos acarició y separó delicadamente las cuatro alas; con los cuatro dedos tiró de las cuatro alas y las abrió en abanico: las dos alas pequeñas y estrechas y las dos grandes que tenía debajo. Soltó el par de alas de un lado y la polilla cayó aleteando sobre los otros dedos. Olió el polvo que le quedó en la mano y, siempre de cerca, se inclinó para mirar las dos esferas que juntas formaban la cabeza de la polilla y el punto negro del centro. Con dos uñas de dos dedos descabezó las dos cabezas de la polilla. Después extendió de nuevo la polilla entre sus dedos.

Este es el momento en que mira en el armario a través de las desgastadas alas. Se deshace de la polilla. Vuelve a recostarse en el respaldo con su vestido negro de tela crujiente mientras sus ojos dilatados se abisman en la oscuridad intransitable y absurda del armario. Bajo la deslumbrante luz eléctrica que ha vuelto al mediodía (los bombarderos han dejado de volar) contempla los vestidos —bultos inmóviles que cuelgan en el armario penumbroso— y el espacio oscuro, misterioso que los envuelve por detrás; un espacio que a ella le parece ilimitado. La profundidad del espacio infinito en el que se pierde su mirada le pesa en la cabeza; los ojos comienzan a arderle. Rápidamente su boca pronuncia una palabra, como un conjuro, y por fin, la imagen de los vestidos y del absorbente espacio que se abre detrás de estos va a parar a su reserva de nombres. Reconoce los objetos y los nombra. Abrigo, percha, polilla y polvo. Roto el encantamiento por los sonidos que balucea, mira a su alrededor y prosigue nombrando las cosas: ventana, muro, puerta, picaporte, estufa, rejilla, fuego. Cómoda, espejo, cama, espejo. Huella del dedo. Huella del dedo de la mano. Huella del dedo de la mano en el espejo. Se echa a reír y contempla su cara risueña. Nieve, piedra, agua. Hielo, clavo, tabla. Agua, saco, arena. Cuando se levanta y se dirige a la ventana —lleva puesto el vestido de tela crujiente heredado de la madre—, percibe los ruidos que, desacordes con su andar acompasado, llegan desde el establo: el áspero ruido de las cadenas y el crujido de la comida en las fauces de las vacas. Regresa a su sitio apresuradamente y, al hacer este movimiento, resbala y cae de rodillas justo frente al espejo grande. Ahora también le llega el murmurio y murmullo de los que rezan abajo, en la habitación. Se levanta. Va hacia el armario y cierra y quita de su vista la

cavernosa oscuridad. Después se pone ante el espejo amarillento que cuelga en la pared y, mientras se gira, inclina lentamente la cabeza hacia atrás. Cuando su cabeza casi toca la nuca, tuerce los ojos y mira, bizca, hacia el espejo. La boca se abre de golpe y la mandíbula cae. El surco que va de la nariz al labio empieza a borrarse.

Sin embargo, como ella no ve nada de esto, inclina de nuevo la cabeza hacia adelante y, sin apartar los ojos del espejo, anda de espaldas hasta la silla y coge el segundo espejo. Se acerca otra vez al espejo que cuelga en la pared. Alza el segundo espejo. Gira la cara y, entornando lentamente los ojos, ve en el espejo segundo que sostiene ante sí la imagen de su perfil reflejado en el espejo de pared. De nuevo la boca se abre de golpe. Contempla en el espejo la imagen reflejada de la boca abierta y de la piel lisa y combada que va desde la nariz hasta el centro del borde del labio superior: antes, aquí se marcaba el surco. Mira la imagen de su hermano que ha hecho en el espejo. Puede imitar al hermano ahogado.

Se acerca tanto a la imagen reflejada que su aliento empaña el cristal y, mientras sus dedos borran el vaho, contempla con curiosidad los incontenibles gritos y quejidos de dolor que salen de la garganta de esa desgarrada cara. Mesa. Ventana. Silla. Ventana, mesa, silla. Silla mesa ventana. Ventana: ventana: ¡ventana!

La historia del ahogamiento

Narro yo.

Yo era el mayor de tres hermanos. Éramos los hijos de nuestro padre y de nuestra madre, a la que recuerdo como una mujer justa y bondadosa.

Llegó la época en que ya íbamos a la escuela. Para ir a la escuela tomábamos el camino que bordea el arroyo. También algunos días íbamos por la carretera y parábamos al coche del lechero; con el tiempo y por la fuerza de la costumbre, bastaba con que el conductor nos viera venir y esperar para que él, por sí solo, se detuviera. Entonces, el conductor no arrancaba hasta que nosotros habíamos subido por atrás y, pasando por encima de neumáticos y sogas, nos habíamos sentado entre las lecheras sobre nuestras carteras del colegio. Pero, la mayoría de veces, cuando llegábamos a la carretera el lechero ya había pasado. Entonces, para acortar el camino, solíamos dejar la carretera y tomar el camino del desfiladero que bordea el arroyo.

La escuela estaba en la localidad de Übersee. La escuela de Öd, la localidad más cercana, se había incendiado el año anterior. Por esta razón, los niños en edad escolar de la localidad de Öd tenían que ir a la escuela de Übersee. Tiempo después, cuando la guerra también afectó a la escuela de Übersee, los niños en edad escolar de las localidades de Übersee y Öd tuvieron que ir a la escuela de la localidad de Anhöh. La localidad de Anhöh, que jurídicamente era una ciudad, se encontraba al sur a equis kilómetros de distancia de la localidad de Übersee y a equis kilómetros de distancia de la localidad de Öd. Con el paso del tiempo, la distancia entre estas poblaciones y su situación no han variado. Más tarde, poco antes de que finalizara el conflicto armado y después de que en cumplimiento de una orden se habilitaran algunos espacios en el convento secularizado de la localidad de Öd, los niños en edad escolar de dicha localidad tenían clase en la abadía. En cambio, los responsables de la educación de los niños en edad escolar de la localidad de Übersee tuvieron que elegir entre mandar a los niños a la escuela de Öd, que se hallaba al norte junto a la carretera a equis kilómetros de distancia, o mandarlos a la escuela de Anhöh, que se hallaba al sur, a una distancia de kilómetros calculable, en una calle asfaltada. En aquellos tiempos inciertos, en los que nadie sabía lo que iba a suceder al día siguiente, la mayoría se decidió por la localidad de Öd, que ni tenía título de ciudad ni tampoco existía la perspectiva de que, en su término municipal, se crearan bases militares y se convirtiera en un atractivo blanco para ataques aéreos, además, al pueblo de Öd se le privó del derecho a tener un día regular de mercado.

Para decir que se iba al colegio empezaron a correr de boca en boca tres expresiones distintas: voy al convento; voy a Übersee; voy hacia abajo, para Anhöh^[2].

Empiezo otra vez la narración.

Acostumbrábamos a ir a la escuela siguiendo el camino del arroyo. Pero un día de noviembre mis hermanos fueron a la escuela solos. Por aquella época el edificio escolar se hallaba en la localidad de Übersee. Sin embargo, mis hermanos no fueron al pueblo, sino que pasaron el día primero en el estanque, arrancando los nudos de los juncos y persiguiendo faisanes, patos salvajes y toda clase de animales silvestres y, después, corrieron por los campos que quedan entre los pueblos y se dedicaron a robar remolachas y a trocear las calabazas podridas que encontraron desparramadas por allí. Iban de un campo a otro, huyendo.

La narración podría continuar con el relato de la última vez que fueron vistos juntos. Fue hacia el anochecer, antes de que empezara a llover, venían de un maizal y habían subido el talud hasta la carretera; estaban sentados a una cierta distancia el uno del otro (un tiro de piedra) sobre las piedras del bordillo y masticaban las remolachas que habían robado.

Todo esto son solo ejemplos.

También es un ejemplo si cuento que fueron vistos una primera vez desde un coche procedente de Öd que iba a toda velocidad en dirección Übersee. Según se informó, en este primer trayecto fueron vistos justo en el momento en que salían corriendo del maizal, se detenían con las cabezas jadeantes y advertían en el aire un zumbido amenazador. Pero así fueron vistos solo un instante, el tiempo que dura el clic de una foto, porque, apenas percibieron el ruido que iba en aumento, se arrastraron otra vez hasta el maizal y protegieron sus cabezas con las manos; mientras tanto, el zumbido se desprendía del horizonte para unirse, más apaciguado, al coche cuyos neumáticos hacían crujir la grava de la carretera y la disparaban hacia el campo. Ahora asomaron sus cabezas por entre los tallos pelados del maíz y ellos mismos pudieron observar el polvo de la grava que se adhería a las ruedas. Al disminuir el zumbido y, finalmente, perderse, oyeron un fuerte gañido de perro; el ladrido incesante y monótono salía del coche que avanzaba a toda prisa.

Sin embargo, cuando el vehículo regresaba de la localidad de Übersee y se dirigía a gran velocidad hacia la localidad de Öd, ellos, sin temer nada, ya habían subido por la hierba de color grisáceo hasta la carretera y estaban sentados en silencio sobre las piedras del bordillo, separados el uno del otro por una distancia de unos veinte metros. Ambos estaban inclinados hacia delante y mientras con una mano tenían bien cogidas las remolachas, con la otra sostenían una navaja casi rozando los labios (masticaban con la boca abierta y solo por un lado); cortaban rodajas muy finas que se llevaban a la boca con la misma hoja del cuchillo, así, sus labios solo tenían que adaptarse a la forma del alimento para alcanzarlo. Cuando los hermanos oyeron, por segunda vez, aquel ruido parecido al de un bombardero, se quedaron mirando fijamente y la piel alrededor de los ojos se les puso rígida, como si se la hubieran punzado. Las rodajas que todavía

no habían engullido se amontonaron con torpeza a un lado de la boca. Se dieron cuenta de que ahora el vehículo se aproximaba por la otra parte del cielo. Apenas podían respirar y la piel de sus caras enrojeció.

No obstante, desde el coche vieron cómo de nuevo los dos se pusieron a masticar con ímpetu; se dijo que estaban disfrutando de su banquete sin hacer ya más caso del coche. Tampoco se fijaron en el perro que en el interior del vehículo ladraba con el mismo tono hasta el infinito. Ahora llovía; para protegerse, los hermanos tenían las carteras del colegio sobre las rodillas; en aquel momento, uno de ellos se cubría la cabeza con el pañuelo. Contaron que se levantó y que, al levantarse, agarró la cartera que le resbalaba rodillas abajo, sacudió la cabeza, cogió al vuelo el pañuelo que se le caía y, mojado como estaba, lo guardó hecho un ovillo en un bolsillo del pantalón. Posteriormente, a medida que aumentó la distancia del coche que iba a toda velocidad, sus movimientos fueron borrándose de la carretera y de los campos; las irregulares siluetas de mis hermanos, visibles a través del cristal trasero enturbiado por la lluvia, parecía que hirvieran y burbujearan hasta que, al final, se desdibujaron y quedaron aplastadas y se fundieron con el horizonte.

Narro yo.

Me apresuro a seguir narrando.

Un día de noviembre, se dijo, mis hermanos estaban sentados sobre las piedras del bordillo de la carretera entre la localidad de Öd y la localidad de Übersee.

Ahora voy a terminar el relato con información de segunda mano.

Después de haber estado sentados sobre las piedras del bordillo, dejaron que sus pies siguieran andando. Hicieron el camino de vuelta hasta que llegaron a un desvío. Tomaron este desvío hasta que llegaron a otro desvío que también tomaron. Ahora, siguiendo este desvío, remontaron el arroyo hasta llegar a un desfiladero. Siguieron por el desfiladero hasta que, antes de un puente, llegaron a un desvío que, sin embargo, no tomaron. Otros días, en cambio, cuando llegaban aquí ordenaban a sus pies que siguieran por el desvío y entre la localidad de Öd y la localidad de Reiting, que se halla más al norte, volvían a la carretera. Seguían por esta carretera hasta que llegaban a un desvío; continuaban por ese desvío hasta que llegaban a una casa y por el pasillo de la casa llegaban hasta la habitación en la que yo ahora estoy acostado. Pero, por lo que dicen, aquel día, al llegar al puente no avanzaron más, sino que se detuvieron y hablaron entre ellos. Después dieron la vuelta y regresaron de nuevo al camino del desfiladero. Dijeron que en aquel momento todavía eran dos.

¡Cobarde!, dijo uno. ¡Cobarde tú!, le respondió el otro: esto solo es un ejemplo de sus conversaciones.

Ahora estaban en el desfiladero y hablaban a gritos haciendo grandes ademanes.

¡A que no saltas! (Uno piensa que el otro es demasiado cobarde para saltar.)

¡Dame la liana! (El otro tiene que acercarle la liana del árbol de la orilla.)

¡Cobarde! (Lo vuelven a provocar.)

¡La liana! (Mejor que el otro no pierda el tiempo hablando.)

Por lo visto, Hans alcanzó la liana a Matt y Matt regresó con la liana a la pared rocosa. Dos paredes rocosas entre las que corre un arroyo forman un desfiladero.

¡Primero yo y después tú! (Después de uno tenía que saltar el otro.)

¡Sí! (Está de acuerdo.)

El que tenía sujeta la liana miró con el mentón levantado hacia la otra orilla. (Esto hace suponer que todavía no está decidido.)

¡Eres un cobarde! (De nuevo le hieren el amor propio.)

¡No! (No se admite el reproche.)

¡Cobarde, más que cobarde! (La repetición del reproche es adrede.)

De repente se echó a correr y Hans pudo oír el ruido que hizo su zapato al separarse de la roca. Matt voló muy alto por sobre el arroyo y cayó de rodillas sobre la hierba de la orilla. Al saltar, Hans atrapó al vuelo la liana que regresaba a él. Matt se lamó los dedos y con la saliva se limpió las manchas de hierba de las rodillas.

Termino la narración.

Hans arrojó la liana a Matt. Con la liana en la mano, Matt retrocedió hasta la roca y se lanzó. Hans lo llamó. Él ya no respondió. Al saltar, su impulso arrancó la cuerda del árbol. El impulso había arrancado la cuerda del árbol.

Los nombres de los ruidos

De una cortina agitada por el viento se dice que sopla; este ruido también es comparable al silbido del fuego de una estufa cuando quema la madera; si la cortina que agita el viento es de tela gruesa se dice que crepita, esta expresión también se utiliza para las banderas. El ruido de la arena que el viento golpea contra los cristales recibe el nombre de chasquido; también es posible la comparación con el fino golpeteo de la lluvia que cae sobre un tejado de chapa; si la lluvia que cae sobre el tejado de chapa es más intensa se dice que tamborea. El ruido de un armario que se abre por el viento recibe el nombre de chirrido. El ruido del viento entre los álamos suele compararse con el suave murmullo del agua. El ruido de la llanta metálica que el viento hace chocar en el patio contra la pared del granero recibe el nombre de estrépito. El ruido de la hierba mojada que mueve el viento se llama siseo y también es corriente compararlo con el ruido que hace un trozo de leña encendida al sumergirla en agua. Si los tallos de la hierba que el viento mueve están secos, entonces, se dice que crujen. El ruido que hace un guardabarros de bicicleta que está flojo se llama traqueteo. El ruido de un alambre de tender que vibra al aire libre recibe el nombre de zumbido; el ruido de las camisas mojadas que cuelgan dobladas sobre el alambre recuerda al ruido del palmoteo; a menudo, el palmoteo de las camisas colgadas al aire libre es comparado con el ruido sordo de un aleteo; sin embargo, el indiscernible aleteo de una gran bandada de pájaros pequeños o de pájaros que se van alejando recibe el nombre de vibración. Al otro lado del patio, el ruido que hace la puerta del cobertizo al golpear contra la pila de leña recibe el nombre de estampido; no obstante, si una de las dos cosas, la leña o las tablas de la puerta, están podridas por la humedad, entonces, el ruido de la puerta que empujada por el viento golpea contra la pila de leña también recibe el nombre de estruendo. El ruido de la bicicleta antes de caer se llama chirrido; el ruido de los radios de las ruedas que luego siguen girando recibe el nombre de zurrido; el ruido del manillar que poco antes ha chocado contra la piedra recibe el nombre de estruendo.

Los insectos en los ojos del caballo

Se describe cómo, generalmente al amanecer, el padre unce el caballo al carro, cómo agachado endereza la pata delantera que el terco caballo tiene doblada, cómo le presiona la zona superior al casco (entre el corvejón y el espolón) para que el caballo levante la pata y la ponga entre las varas junto a las otras patas; y cómo, ahora, el caballo, obediente, entra esta pata en las varas, pero, al mismo tiempo, con los cascos traseros se sale de ellas. Recuerdo cómo mi padre vuelve, hunde la cabeza y los hombros en el cuerpo del caballo y, mientras su boca lanza enérgicamente órdenes escuetas, le palmea repetidas veces el muslo justo allí donde los largos pliegues, primero, se marcan en la piel (el caballo delante del carro inicia a paso lento el movimiento con esta pierna) y, después, se alisan y desaparecen (el caballo cambia el paso e inicia el movimiento con la otra pierna); recuerdo cómo con su mano golpea la cadera del caballo y cómo después la cierra en un puño y cómo presiona su cabeza contra el vientre empapado de sudor del caballo y cómo, poco después, el animal inclina graciosamente los cascos y, haciendo remilgos, regresa dócil a las varas; cómo mi padre deja de gritar, cómo el puño se abre y cómo con los dedos libres recoge el sombrero del suelo empedrado. Luego siguen los movimientos que hace habitualmente, los movimientos para cubrirse la cabeza con el sombrero, los que hace para ir otra vez hacia adelante, los movimientos con los que anda alrededor del caballo para comprobar que esté todo en orden, los movimientos con los que, al dar la vuelta, introduce los dos extremos de las varas en los aros de las cadenas de los arcos, los que hace para enrollar las cadenas en los extremos de las varas de modo que queden bien sujetas, los movimientos con los que se pasa el antebrazo por la cara sudorosa y los movimientos con los que, después, se seca el sudor de la cara con la pechera de la camisa como quien quita «la suciedad de una hoja de navaja». Pero eso ya es parte de otra descripción, aquella en la que se explica cómo, regresando del estanque con la carga del forraje cortado, el carro vuelca, cómo, a causa de este accidente, las varas se salen de las cadenas, cómo el hombre empujando con la espalda consigue enderezar el carro que ha quedado inclinado sobre un montón de piedras al borde de unos pastos y cómo enseguida engancha el caballo a las varas por segunda vez. Pero también esto ya está hecho cuando el padre se limpia el sudor del rostro y nota las moscas que cubren el dorso de su mano y la manga de la camisa como si fueran diminutos topos (mosquitas que también yo, en verano, después de ir en bicicleta por el campo, solía tener en mi cara y una a una las cogía con la mano, las colocaba sobre la hoja en blanco de un cuaderno y me servían de signos de puntuación para las frases y propósitos que el padre me mandaba anotar).

«Las moscas están muertas.» Primero restriega la mano contra el pecho

para quitárselas; después, gira la muñeca de la mano y quita las moscas también de la manga. « Cuando está en ello, amanece. Al salir el sol, se levanta el viento cálido en la claridad crepuscular, que no es ni luz ni aurora, en la que hasta ahora los movimientos parecían como apagados y sin vida, y arranca las largas sombras de los objetos que hay en la tierra, y ahueca y quiebra el rostro del hombre», el cual, sin alzar la cabeza para ver lo que sucede, con la punta de los dedos despegga de la camisa los restos de las moscas. Al querer asir con la otra mano el freno de boca advierte que los topos negros que ha quitado han ido a parar al pantalón: las alas intactas y rígidas destacan sobre los topos. Con el dedo índice envuelto en el pañuelo rasca los topos negros de las piernas del pantalón y sacude el pañuelo para que caigan; él cree que está sacudiendo las moscas del pañuelo; más tarde, antes del mediodía, extenderá el pañuelo sobre el empedrado de la iglesia y durante la transustanciación del pan, una vez remangados los pantalones para proteger el pliegue, se arrodillará con una pierna sobre los restos de mosca pegados en el pañuelo.

Sin embargo, las cosas todavía no han llegado tan lejos. En la descripción lo hemos dejado en el punto en que sale el sol y él está ante el caballo mirando las moscas más grandes « que se han reunido sobre los ojos abiertos y húmedos del caballo como si estos fueran excrementos frescos; están tan juntas que mientras succionan y beben apenas pueden moverse, por eso, la mayoría de ellas, aunque los ojos del caballo no cesan de pestañear, permanece inmóvil en los bordes de los párpados como si fueran parte de esos ojos. Las pocas que se despegan y vuelan o vuelven inmediatamente al enjambre o se posan alrededor de los ojos en busca de alimento. Otro enjambre tiene el asentamiento en los ollares de la nariz del caballo. También por el cuerpo y por debajo de la cola, entre las nalgas, pululan las moscas y se amontonan sobre las sudorosas rayas del caballo». El padre observa el tábano que, con las alas plegadas, se abre paso hasta el ojo a través del hervidero de moscas; su cuerpo grisáceo se describe como alargado, plano y estrecho, es del tipo pequeño y en solitario es prácticamente imperceptible hasta que su picadura se nota atrás, en la piel del lomo. El tábano, que estaba sobre una de las agrietadas correas de la cabezada, justo debajo de la oreja del caballo, se ha abierto paso por entre las moscas hasta llegar al borde del ojo, sin que se haya visto cómo deslizaba y arrastraba sus patas. Se ha posado sobre el párpado superior en medio del imbricado enjambre de moscas. El hombre no pierde de vista al tábano; tiene los ojos muy hundidos y le brillan con el color desvaído de la vejez. « Los pelos de las crines se agitan al viento, se agitan los tallos de hierba entre las piedras, se agitan las sombras de los tallos entre las piedras, se agitan las sombras de los pelos sobre la frente, las sombras de las crines que se agitan sobre la frente y las sombras de los abrojos que se agitan entre las piedras se transforman en sombras del viento^[3]; pero las materias más sólidas como son la carga de forraje todavía húmedo que

transporta el carro, la horca hundida en el forraje, el mismo carro, el caballo y el hombre permanecen todavía inmóviles.» Y, no obstante, cuando el caballo, por así decirlo, estira la cabeza separándola del cuello y, por así decirlo, la levanta y, sin tener en cuenta el peso de la collera y las varas, se encabrita, entonces, también las materias sólidas que hay al borde de los pastos y sus sombras entrelazadas se movilizan con el rocín. El hombre tira de la cadena para hacer avanzar al caballo díscolo, el caballo pone el carro en movimiento, las moscas levantan el vuelo y asaltan y asedian de nuevo los ojos despejados, el forraje salta sobre las tablas, la horca comienza a tambalear, las ruedas dejan sus marcas en el terreno, las moscas vuelven a pulular sobre los ojos. «Después de la picadura, el cuerpo rechoncho del tábano que está pegado de través bajo el párpado resalta en el ojo del caballo.» Mientras yo ahora recuerdo la imagen del caballo y del hombre que camina al lado del caballo, mientras oigo el ruido de la bicicleta que cae en el patio y todos aquellos otros ruidos, mientras busco los zapatos tanteando bajo la cama, me viene también a la memoria el zumbido del tábano, el zumbido de un tábano enorme que el caballo, otro caballo, con la cabeza inclinada hacia adelante parecía que oía, aquel zumbido que al acercarse se transformó en un ronquido estremecedor y que de pronto cesó; también me acuerdo de cómo el caballo, que estaba uncido a un carro cargado de gavillas, justo antes de que el tábano lo picara, se esparrancó y con la cola se azotó los muslos; ahora que estoy de pie y voy a tuestas hasta el armario abierto me acuerdo de cómo Hans arrancó del campo un tallo de hierba rígido, de cómo el caballo, ahora que el tábano se fundía en su pelaje, dejó de ofrecer resistencia, se limitó a agitar torpemente la cabeza y su cuerpo quedó paralizado desde el cogote, de cómo Hans, sin ninguna dificultad, cogió con el pulgar y el índice el tábano por la cabeza y lo separó de la panza del caballo; mientras yo, ahora, escojo del armario el vestido de los días de fiesta, recuerdo cómo mi hermano, con el otro pulgar y el otro índice, ensarta la punta del tallo que ha arrancado del campo en el abultado abdomen del tábano, cómo el pincho duro, que se dobla, penetra poco a poco en el tábano, cómo el tábano también se dobla y retorciéndose evita el agujón^[4], cómo Hans, infatigable, sigue pinchándolo y cómo el tábano se rinde; recuerdo que, después, los tres hermanos, descalzos, están de pie entre los rastrojos del campo, que los tres —todavía son seis ojos— miran el tábano, que el tábano amarillo, enojado con su agujón postizo, está ante mí, acurrucado en mi mano, que nosotros gritamos y silbamos al unísono para animarlo a que vuele, que mis dedos siguen hundiendo el agujón, que el tábano se desenrosca, que alza el vuelo y se mantiene en el aire sobre nosotros, que después hace una pirueta y se aleja roncando, zumbando y susurrando, y que ya no podemos seguirlo por más que con manos y pies intentemos atraparlo. Recuerdo que lo perdimos de vista aquel día de verano en que lucía el mismo sol que luce hoy, un día de verano que era un domingo, que es un domingo, en el que

me desperté más pronto y, despierto y medio despierto y durmiéndome de nuevo, seguí acostado, un día en el que, hasta que no cogí el sueño, me llegaron desde el patio los ruidos del viento, un día en el que me sorprendí de los ruidos y pensé y reflexioné, en el que dormí y dormité y me dormí profundamente, en el que me llamó la atención que el zumbido de los cables de alta tensión que hay detrás de la casa hubiera cesado, que aquel zumbido haya cesado, el zumbido que, al haber cesado, me recuerda al hermano que ya no está aquí, que ahora ya no está aquí, en este edificio, en este pueblo, en esta región, esta mañana de verano en que el sol me da en la cara, en que meto las manos en el agua tibia, en el agua desabrida y de color terroso por la tormenta de la noche y con las uñas choco torpemente contra el fondo de la palangana.

¿Nadie ve la cara del ciego en el espejo?

El despertar

En el tiempo que transcurre entre que uno se despierta y se nota despejado, en el tiempo que media entre el latido por el cual, habiendo dormido, el que está acostado vuelve a ser consciente de sí mismo y el latido por el cual también los sentidos del que está acostado vuelven en sí y de nuevo puede oír y oler y gustar, en este tiempo, dijo mi hermano, la conciencia se halla desnuda e indefensa. Como todavía carece de los sentidos, el que está acostado no puede defenderse de los pensamientos que le vienen a la mente; en cambio, cuando ya está espabilado, puede llegar a un arreglo amistoso con ellos: puede ofrecerles de comer, obsequiarlos con bebidas sabrosas, apaciguarlos cuidadosamente con los dedos, acallarlos con discursos, ahogarlos con ruidos o debilitarlos con cualquier otro estímulo físico. Por contra, me explicaba mi hermano, el tiempo que media entre el despertar y el momento en que el que está acostado es dueño de su razón es un tiempo peligroso, es un mal tiempo, es el tiempo del arrepentimiento que hace encoger de vergüenza, el tiempo del sudor, dijo él, el tiempo de la verdad, el tiempo claro, el tiempo de la era glacial, tiempo de guerra, dijo él, es el destiempo.

Aunque aún tenía el cuerpo adormecido, pude sentir mis manos que colgaban a ambos lados de la cama. Cuando encogí los dedos y con las yemas rocé las palmas de las manos, me pareció que notaba en ellas el barro reseco. No notaba ni la piel de las palmas de las manos ni la de las yemas de los dedos, pero supe por experiencia qué era aquello que yo rozaba y con qué lo rozaba. La piel crujió como un papel tieso que se hubiera secado al sol. Siempre que por la noche llovía, al día siguiente yo reconocía que había caído agua por el estado de mis manos: las tenía reseca y acartonadas y colgaban ajenas y postizas de los brazos, como si estuvieran recubiertas de barro. Una vez dormí con los dedos recubiertos de barro seco. La tarde anterior había estado buscando a alguien en el depósito de arena y había amontonado a paletadas la arena que con la lluvia se había desprendido de la pendiente. Al volver, y a no me lavé las manos; me metí bajo las mantas e intenté dormirme, intenté dormir. Fue como en la época en que mi padre por la noche no volvía a casa —vete a saber de dónde— y nosotros intentábamos dormir metidos bajo las mantas; cuando a la mañana siguiente lo buscábamos, él ya estaba en su habitación, yapestaba. Para dormir había muchos trucos. Se dice, por ejemplo, que contar va bien. Pero algunas noches mis pensamientos vagaban ya muy lejos y, cuando los pescaba, me daba cuenta de que, sin yo saberlo, pensaba y contaba a la vez. Entonces, para ahuyentar los pensamientos de mi cabeza, permanecía acostado en la oscuridad y contenía la respiración, pero ellos volvían a infiltrarse por todas partes. Luego arrinconaba un pensamiento y perseguía otro que no quería venirme a la mente; me interesaba este pensamiento y en cambio el otro, el que yo había arrinconado, me

alcanzaba de nuevo y se apoderaba de mí, de mí, que perseguía otro pensamiento. O mi respiración era tan plana que, en la zona de la garganta, el pecho y el estómago, el aire formaba un resorte de acero que me hacía rebotar de aquí para allá hasta que volvía a aspirar aire y también malos pensamientos; o, mientras respiraba, limitaba mi conciencia al hecho mismo de respirar, al aire que aspiraba y espiraba, y reflexionaba sobre ello hasta que respiración y conciencia eran indistinguibles y la sangre me subía a la cabeza. Pero esto también me ocurría cuando respiraba adrede: justo antes de tomar aire, esperaba el momento en que el cuerpo, siguiendo sus propias reglas, sin intervención de la voluntad, subiría y bajaría con la respiración; entonces, sucedía que el cuerpo permanecía con el estómago hundido y que yo no oía nada, salvo aquel zumbido en el conducto auditivo que me hinchaba y henchía y aumentaba tanto mi malestar que, al final, tenía que inspirar aire voluntariamente. Luego solía ir a ciegas por el pasillo hasta la cocina, abrir a ciegas la puerta del aparador y con los dedos llenos de hormigas intentaba agarrar el pan y el cuchillo. Cuando de nuevo estaba en la cama, me comía el pan y, a cada bocado, me salía el cansancio; podía estirarme y masticar sin parar de ponerme pan en la boca, y caer dormido masticando pan y pensamientos. Pero cuando despertaba (cuando desperté), los pensamientos seguían allí: en la saliva reseca de la lengua y en el resto de pan —ahora me acordaba— que mi puño apretaba. No me moví. Noté el sabor en la lengua y también la arena que arrugaba la piel de los dedos como si afuera hubiese llovido. Una vez, así me lo pareció, dormí con los dedos recubiertos de barro seco. Después, cuando me moví (cuando me movía), el cerebro se acordó de los ruidos que el oído había percibido mucho antes y también del olor del carbón en la garganta de la estufa y de los juegos de sombras que el fuego proyectaba en las paredes; los ojos, inmensamente abiertos, ya se habían saturado de estas imágenes, mientras yo, en el breve lapso que media entre el despertar de la conciencia y el despertar de los sentidos (en el destiempo, dijo mi hermano), seguía dominado por los pensamientos, sin poder defenderme.

Dijo que yo entonces estaba sentado frente a la estufa y miraba fijamente el fuego.

La bicicleta

« Hacer unos días.»

Hace unos días paso por delante del campo de deportes y oigo gritar a unos niños. Me detengo y oigo cómo se acercan; oigo cómo chutan la pelota y cómo, poco a poco, dejan de gritar y se ponen a hablar todos a la vez y cómo hablan más alto, y cómo arrastran cada vez más sus palabras y cómo hablan más despacio, cuanto más despacio se acercan. Allí, quieto, oigo lo que dicen y de lo que hablan y los oigo hablar y decir cosas y decirse de uno a otro lo dicho. Oigo que no paran de hablar de una bicicleta; oigo que habla uno y pregunta si esa bicicleta no sería mía; después oigo a otro decir lo mismo y luego oigo a un tercero que dice lo mismo: si la bicicleta no sería mía.

¿Qué bicicleta?, digo yo.

La de delante del cine, oigo decir a uno.

¿De dónde sacáis que yo tengo una bicicleta?, digo yo.

Oigo a otro que dice que ayer yo la había aparcado allí.

¿Cuándo?, digo yo.

Por la tarde, oigo decir otra vez a uno.

Por la tarde, ¿a qué hora?, dijo yo.

Oigo a uno decir una hora.

A esa hora yo estaba en casa, digo yo.

Oigo decir a otro que a esa hora yo estaba en el pueblo.

A mí no se me había perdido nada en el pueblo, digo yo.

Oigo decir a otro que yo no estaba buscando nada.

Tampoco tenía nada que hacer en el pueblo, digo yo.

¡Y tanto que sí!, oigo decir a uno.

De ningún modo, digo yo, tenía otras cosas que hacer antes que ir al pueblo.

Oigo decir a otro que yo ponía cara de no contar la verdad.

De acuerdo, digo yo, es como decís, anduve por el pueblo empujando una bicicleta.

Oigo decir a uno que yo había pasado por delante de ellos con la bicicleta.

Está bien, digo yo, a la hora que habéis dicho me visteis empujando una bicicleta por el pueblo. Eso parece que tiene su lógica y quiero creerlos. Así pues, yo había doblado la chaqueta sobre el manillar y arrastraba la bicicleta, una mano la tenía en el sillín y la otra, en el puño del manillar; las paredes de las casas, tan pegadas unas a otras, me orientaban. Vosotros estabais en la ventana; quizás fuisteis a por sillas y los más altos os pusisteis de pie delante, sobre el suelo, y los más pequeños, subidos a las sillas, detrás. Estabais tras la ventana sin empujaros ni apretujaros y ni gritabais, ni llamabais ni hacíais observaciones referentes al hombre que, ciego, arrastraba una bicicleta por el pueblo; todo lo contrario: estabais callados, callados seguisteis mis pasos con la mirada y yo pasé

lentamente por el amplio y polvoriento margen que bordea la calle siguiendo las paredes de las casas, el sol me daba en la cara, esquivé el estacionamiento de bicicletas del mecánico, el estacionamiento de bicicletas de la primera fonda, el estacionamiento de bicicletas de la segunda fonda, el estacionamiento de bicicletas del camionero, el estacionamiento de bicicletas de la tercera fonda, el estacionamiento de bicicletas de la fonda de mi hermana, el estacionamiento de bicicletas de la tienda de electrodomésticos, el estacionamiento de bicicletas de la tienda de bebidas, el estacionamiento de bicicletas de la tienda de productos agrícolas hasta que, finalmente, llegué al cine y dejé la bicicleta apoyada contra la pared de debajo de la cartelera.

De nuevo oigo decir a otro que yo iba por el pueblo a paso moderado, como si no hubiese ocurrido nada.

En este caso, digo yo, además de vosotros, tendría que haberme visto alguien más.

Oigo decir a otro que todo el mundo me había visto, que yo no había tenido ningún inconveniente en pasearme con la bicicleta por el pueblo a la vista de todo el mundo.

Pero ninguno de los que me vieron dijo esta boca es mía, digo yo.

¡Frio!, oigo de nuevo decir a otro y añade que muchas personas habían salido de sus casas; las ventanas de las fondas, oigo decir a otro, habían resultado insuficientes para la avalancha de parroquianos que quería asomarse; los que habían salido a la calle, oigo de nuevo decir a otro, tenían tal curiosidad y prisa que se disputaban el sitio, pero que no habían alzado la voz por consideración a mí, oigo decir a un cuarto.

Lo admito, digo yo. Entonces, de acuerdo con esto, yo habría dejado la bicicleta debajo de la cartelera del cine y habría continuado mi camino.

Pues no, oigo decir a unos cuantos sucesivamente. Según ellos, yo habría apoyado la bicicleta contra el poste de la parada que hay delante del cine y después me habría quedado allí esperando el ómnibus.

Esto me convence, digo yo, pero ¿cómo os explicáis que yo dejara la bicicleta allí?

Oigo decir a uno que en el manillar había una nota; en la nota, oigo decir a otro, ponía una dirección; uno de los parroquianos, oigo decir a un tercero, incluso se había atrevido a preguntarme a quién, por el amor de Dios, quería yo enviar la bicicleta; es la bicicleta de mi hermano, había contestado yo tranquilamente; hoy he tropezado con ella en el cobertizo, es hora pues de deshacerse de ella, habría soltado yo con decisión al que me preguntaba para después añadir: con las tijeras he cortado un ojal, por el ojal he pasado una cinta de papel y he atado la cinta con la nota al manillar.

Ahora describid la bicicleta, digo yo.

Era una bicicleta con marchas, oigo decir a uno, el cable de los frenos se

había desprendido del manillar, la capa de pintura estaba ampollada y, en algunas partes, las ampollas ya estaban reventadas, se notaba que la bicicleta había estado demasiado tiempo expuesta al sol y a la lluvia; demasiado expuesta a las inclemencias del tiempo, oigo decir a otro; el guardabarros trasero estaba flojo y partido por una raja en zigzag hasta la altura del piloto. « Si pasas la pierna así, es fácil que los pantalones se te queden enganchados ahí. Tienes que ir con cuidado. La goma del pedal izquierdo está un poco gastada. Es mejor que te quites los zapatos, así no resbalarás. Ven. Es muy sencillo. Solo tienes que poner el pie izquierdo sobre el pedal izquierdo, inclinarte sobre el manillar y, al darte impulso, pasar por atrás la pierna derecha sobre la rueda trasera. Cuando pongas el pie sobre el pedal, agárralo bien con los dedos. No mires al suelo. Mira en la dirección que quieres ir. Mira hacia el poste. ¡Cobarde! Mira hacia el poste. Regresa con la bicicleta al portal y ponte en el primer escalón. Ahora, en esta posición, pasa una pierna por encima de la bicicleta. Ahora con los dedos del pie empuja el pedal hacia abajo y arranca. Idiota. Levántate. Levántate ya. Levanta la bici. Ponte en el escalón. Pasa la pierna por encima y con el pie empuja el pedal hacia abajo. Mantén la bicicleta derecha. Sepárate del escalón. Solo tienes que separarte del escalón y rápidamente atrapar el pedal con el otro pie. Luego empujas este pedal hacia abajo y el primer pedal volverá a subir y lo empujas hacia abajo. No te mires los pies. Mira hacia el poste. Mira hacia aquí. Ahora empuja. Ten cuidado con la piedra. Esquívala. Apártate. Te lo he dicho, ten cuidado con la piedra. Levántate. Levántate ya. Eso no es nada. Ven. Ponte en el escalón. No te mires los pies. Mira en la dirección que quieres ir. Así, quieto. Coge bien el manillar. No te mires las manos. Ahora sepárate. No te olvides de pedalear. Gira a un lado. Mira hacia el poste. Frena a contrapedal. ¡He dicho a contrapedal!»

Las bicicletas con marchas no frenan a contrapedal, digo yo.

Oigo decir a uno que nadie había dicho nada de un contrapedal; la bicicleta estaba pintada de rojo y blanco, oigo decir a otro; tenía pintada una flecha larga y blanca sobre el fondo rojo, oigo decir a un tercero, y, mientras yo andaba, los pedales daban vueltas y vueltas, el deformado guardabarros trasero rozaba la rueda, los radios tintineaban al entrechocar con alguna parte del metal combado de la estructura y la dinamo zumbaba.

¿Cómo?, digo yo, ¿no quedamos en que me había paseado por el pueblo en pleno día?

Oigo decir a uno que eso era cierto, pero que, al anochecer, yo estaba otra vez de vuelta.

Seguid hablando, digo yo.

Que yo no había entregado la bicicleta para que se la llevaran ni siquiera con el último coche, oigo decir a otro, y que los que bajaban habían comentado, asombrados, mi venida y mi inútil espera ante el coche abierto; que, no obstante,

oigo de nuevo decir a otro, por las bandas claras de los neumáticos, los pasajeros no habrían podido sino deducir que yo había estado andando por el polvoriento margen que bordea la calle.

Bien, digo yo, según vosotros estuve parado ante la puerta abierta del ómnibus hasta que el aire comprimido alisó los pliegues de dicha puerta y justo después, sin haber logrado mi propósito, hice el camino de vuelta por el pueblo con la bicicleta en la mano.

No, eso no, oigo decir a uno. Que al contrario, que yo había continuado allí, de pie e inmóvil hasta bien entrada la noche, oigo decir a otro.

Y yo objeto que vosotros difícilmente podíais estar allí hasta bien entrada la noche, digo yo.

Esta información se la habían proporcionado, oigo decir a uno.

¿Quién?, digo yo.

La gente que salía del cine, oigo de nuevo decir a otro.

¿No os asalta ninguna duda?, digo yo.

Que se trataba de una película corta, oigo decir a otro; de hecho, no era una película de verdad, oigo decir de nuevo a otro; en la sala del cine había habido una asamblea, oigo decir a otro más.

Que había sido un cortometraje, oigo decir a uno, o un acto de propaganda, oigo decir a uno, o un simulacro para casos de emergencia, oigo decir a uno, o un amotinamiento, oigo decir a uno, no, un llamamiento de la administración, oigo decir a otro, una manifestación, oigo de nuevo decir a otro, una alarma, oigo decir a uno, el anuncio de un estado de sitio, oigo decir a uno, una advertencia pública, oigo decir a otro más; y los oigo hablar todos a la vez y decir cosas desordenadamente y cuchichear y hablar en voz baja y en voz alta y en voz más baja y muy tímidamente, y parar de hablar, y los oigo negar una cosa y admitir otra y contradecirse mutuamente y decirse mutuamente las contradicciones, y los oigo hablar y dejar de hablar hasta que llega un momento en que estoy allí, de pie y puedo estar de pie y estar allí y mirarlos. Aunque soy ciego, los miro.

Vestirse

Mientras tanto, Gregor Benedikt (se llama así o algo parecido) se ha vestido de domingo.

Sentado en la cama, se ha lustrado los zapatos. Se ha afeitado y lavado. Ha ido hasta la cama y con el cepillo suave ha sacado brillo al cuero. Ha ido hasta la mesa y se ha sentado junto a la mesa en un taburete.

Se ha puesto los calcetines en los pies. Se ha levantado y se ha ido hasta al armario.

Con esta tarea ha perdido mucho tiempo. Para ponerse los calcetines ha empleado menos tiempo.

Ha girado la llave y abierto la puerta del armario. Del armario ha sacado el traje. Ha sacado los pantalones de la percha y ha colocado la chaqueta sobre la cama. Se ha sentado junto a la chaqueta. Ha metido la pierna izquierda en el pantalón. Ha metido la pierna derecha en el pantalón. En ello ha empleado mucho tiempo, y no porque sea ciego.

Se ha puesto de pie y se ha subido los pantalones. Se los ha abrochado. Ha pasado el cinturón por la hebilla. Se ha ajustado el cinturón. Con el dedo pulgar ha introducido la aguja de la hebilla por el agujero de siempre que, en comparación con los otros, es más grande. Ha ido pasando el cabo del cinturón por las presillas.

También en ello ha empleado un tiempo considerable.

Ha permanecido de pie entre la mesa y la cama.

De ahí ha ido hasta el armario abierto. Del armario ha cogido la corbata.

Ha ido hasta la ventana. Camino de la ventana se ha pasado el lazo de la corbata por la cabeza. Se ha abotonado la camisa y ha colocado el cuello bajo el metón. Con dos dedos, ha sujetado el nudo de la corbata y, con la otra mano, ha apretado el nudo hasta que ha quedado ajustado al cuello.

El nudo de la corbata le ha tenido ocupado mucho tiempo.

Ha ido hasta la cama y ha cogido la chaqueta. Se ha echado la chaqueta sobre los hombros y ha ido hasta el armario. Ha cerrado la puerta del armario y ha girado la llave.

Se ha quitado la chaqueta de los hombros.

Con el brazo estirado la ha sostenido ante sí.

Esto lo ha hecho estando de pie en el centro de la habitación.

Ha pasado el puño derecho por debajo del brazo izquierdo y lo ha metido en la manga. Ha deslizado la chaqueta sobre el hombro derecho. Con la mano izquierda se ha colocado bien el hombro derecho de la chaqueta. Ha apartado la mano del hombro.

Apartar la mano le ha llevado mucho tiempo al ciego.

Con el brazo izquierdo ha cogido la chaqueta por atrás. Ha metido el puño izquierdo en la otra manga. Ha tirado de la chaqueta hacia arriba y se la ha

pasado por encima del hombro.

Ha ido hasta la cama. Se ha agachado para coger el cepillo. Ha puesto el cepillo en su caja. Ha ido con la caja hasta la mesa. Ha guardado la caja debajo de la mesa.

Esta operación le ha llevado algún tiempo.

Ha ido al lavabo y ha tirado por el desagüe el agua de la palangana.

Ha permanecido de pie junto al lavabo.

Con el dorso de la mano se ha restregado la barbilla.

Después ha empleado un largo lapso de tiempo en ir hasta la puerta; un tiempo más largo, en recorrer el pasillo; y el más largo de todos, en bajar los escalones del portal de casa.

Ha cruzado el patio con rapidez.

Ha vuelto.

Ahora está junto a los escalones, recostado contra el muro de la casa con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos. Nos lo imaginamos fumando, la cabeza solemnemente inclinada; el cuello y el brazo con la mano crispada que, como siempre, tira del dobladillo de la chaqueta, los tiene todavía en la sombra, la cara ya la tiene al sol; no tiene otra ocupación que echar humo por la boca y por las cuencas de los ojos.

Los pensamientos vienen y van.

Se imagina un tren en marcha.

La entrada en escena de la mujer

Más tarde estoy de nuevo en casa, sentado en la cocina y oigo cómo mi padre, que ya ha terminado su jornada, da unos pasos por el pavimento del pasillo y, enseguida, se quita las botas estando de pie; oigo cómo primero sujeta con el empeine una bota por atrás y la presiona por encima del tacón hasta que consigue sacar el talón de la caña, cómo juega con la bota suelta entre los dedos, igual que si fuese una pelota, y la chuta contra la pared de debajo de la escalera produciendo un ruido sordo; después, oigo cómo apoya el talón del pie libre contra el marco de la pared y cómo tira fuertemente de la otra bota hasta que, pateando y palpitando, la arranca de la pierna, y cómo, sin exagerar ni moderar sus movimientos, también bombardea la pared con esta bota. Luego oigo cómo entra violentamente dando resoplidos, cómo, al pasar, arranca el cazo que cuelga de la cocina y cómo lo coloca bajo el grifo. Oigo el gorgoteo del grifo y la explosión sorda del aire cuando el padre introduce el dedo, y oigo el ruido del dedo aspirando en el vacío y la explosión del aire cuando el padre vuelve a sacar el dedo. De nuevo solo oigo el gorgoteo de las cañerías. El padre cuelga el cazo del borde de la pila al tiempo que se inclina y rodea el orificio del grifo con sus labios. Cuando aspira el aire, oigo el gruñido claro y áspero en su paladar que, para mí, es como el graznido de un faisán. Separa la boca del latón dando un chasquido con la lengua y permanece inclinado, ahora con los labios en el borde del cazo: el agua cae sobre el fondo de metal con un sonido bronco, después, sin apenas hacer ruido, cae agua sobre agua. Pero, antes de que el nivel del agua alcance sus labios, el padre da rápidamente la vuelta al cazo y lo vacía. Cuando ya sale agua fría de la tubería, el padre la recoge otra vez y se pone a sorber y a tragar alzando el recipiente de tal modo que le tapa la nariz. Por encima de la semiesfera que cubre su cara mira hacia mí (aunque beba, sus ojos permanecen inmóviles) y, sin dejar de beber agua, farfulla una pregunta que no entiendo, solo entiendo que se trata de una pregunta por el tono ascendente de la última palabra y, por eso, inclino oportunamente la cabeza en señal de asentimiento y digo la palabra que corresponde al asentimiento. Entonces, él se levanta con toda su estatura, se seca la boca, pero no con el dorso de la mano, sino con el pulpejo del pulgar y abre los labios. Después, vuelve a colocar el cazo en su sitio y cierra el grifo. Dándome la espalda, mientras levanta primero el hombro izquierdo y después el derecho y se rasca las axilas, mientras mete luego la mano en los pantalones y se rasca debajo del vientre y mientras, al final de todo, con los dedos del pie derecho se rasca el tobillo del pie izquierdo, repite otra vez la pregunta. Me pregunta (con otras palabras) dónde había estado por la tarde. Le contesto que estuve en el pueblo buscando por ahí, que tenía algunas cosas que hacer, digo corrigiéndome, y añado que no había estado ocioso. Que se alegraba de oír eso, dice mi padre (con otras palabras), mientras se seca los dedos con el

pañó de cocina. Pero, entonces, ¿por dónde has estado? Le digo que había ido a la cabina de proyecciones del cine, pero que la había hallado vacía y que, después, había ido a la fonda de la hermana y me había informado de esto y de lo otro. Al anochecer, digo concluyendo el relato, no tuve más remedio que regresar a casa. Sin dirigirme la mirada, el padre se gira, observa cautelosamente a su alrededor y se encamina hacia el aparador. Reconozco su andar, el suave chasquido de las plantas de los pies descalzos cuando los despega del suelo y el crujido que le hacen las rodillas cuando, después, se agacha y abre bruscamente el armario. Oigo como él, que está de rodillas (ya ha metido el brazo en el aparador y ya lo ha sacado con la sartén en la mano), se levanta y, cruzando la pierna, cierra de golpe la puerta con los dedos del pie y cómo lanza hacia la mesa los fragmentos de sus otras preguntas —la última palabra ya la dice de vuelta a los fogones—: si había sido yo, pregunta, el que había dejado la bicicleta delante del cobertizo. Me dice que aquella bicicleta no le resultaba conocida y que me creía pero que muy capaz de que en algún lugar, pongamos que en el pueblo, la bici me hubiera gustado tanto que yo no habría podido resistir la tentación de traérmela hasta aquí. Meneo la cabeza y digo la palabra correspondiente a este meneo. Si eso era verdad, pregunta él (con otras palabras). Que sí, que era verdad, digo yo manteniendo mi respuesta. Cuándo había vuelto yo a casa, me pregunta. Desde mi sitio, detrás de la mesa, le digo la hora a la que regresé, primero, mientras él se inclina y coge el cuchillo del cajón, se la digo directamente a la cara, después, se la repito, con la misma seguridad en la voz, mientras lo sigo hasta la nevera de donde él saca la mantequilla.

Pero antes de que él, con la sartén bajo el brazo y ambas manos ocupadas respectivamente con la mantequilla y el cuchillo, regrese a la cocina, se pase la mantequilla a la mano que sostiene el cuchillo, agarre con los dedos libres el mango de la sartén y coloque este utensilio que sujetaba bajo el brazo sobre los fogones; antes de que yo reconozca el clic del mando de la cocina, el cuchillo que raspa el papel del envoltorio de la mantequilla, la mantequilla que cae suave y resbala en la sartén que se va calentando, el cuchillo que raspa el borde de la sartén, los borbotones y el siseo de la mantequilla derritiéndose; antes de que el padre se acerque de nuevo a los fogones, ponga el huevo en la sartén, tire la cáscara en el cubo de los desperdicios y sazone el huevo; antes de que reconozca que delante de mí, junto a la mesa, una silla es arrastrada, y perciba el tintineo de los cubiertos metálicos, la sacudida que recibe el cajón atascado; antes de que mi padre, que empuja el cajón hacia dentro con el pecho y la barriga, se siente conmigo a la mesa con un silencio ávido y, sentado frente a mí, tenga ya cogida la rebanada de pan que hay sobre el hule, hinque con un movimiento transversal de arriba hacia abajo los dientes del tenedor en el huevo de la sartén y, molesto, se dé la vuelta y mire hacia ella de soslayo; y antes de que yo oiga algo que explota en mis oídos, ha entrado ella; al entrar, ha colgado el delantal al lado de la

cocina, con los pies secos y desnudos ha pasado, tranquila y segura, por delante del padre y, sin decir nada, ha llegado hasta el banco —he reconocido el ruido de los zuecos, he notado el olor a establo—, en silencio, se ha dejado caer con todo su peso sobre el banco, sin ningún cuidado ha juntado las piernas bajo su amplio vestido y se ha agarrado con uno de sus pies a la pata del banco; sentada en el banco de la pared, ha estado mirando hacia aquí tranquila y sin pestañear, no me ha quitado la vista de encima, o quizás no estaba mirando hacia aquí. Después, cuando él hace todo lo dicho, cuando se prepara la cena, ella, ensimismada y ausente, está sentada; continúa sentada, sin expresión en el rostro, cuando el padre viene a la mesa con la sartén llena y se sienta pesadamente, cuando él, dando chasquidos, se dispone a devorar la comida; cuando él deja salir de su boca los ruidos ya mencionados, ella, cabizbaja, sigue apoyada contra el respaldo del asiento, con ojos ausentes mira al ciego, que está en silencio y atento y, finalmente, pregunta al padre por aquel, como si el ciego no estuviese aquí también; sin apenas mover los labios, pregunta si el hijo ya ha comido suficiente; oye al padre que de un extremo al otro de la mesa, sin dejar de masticar, pregunta al hijo (con otras palabras) si él, el hijo, ya está satisfecho; oye al hijo que le responde al padre para que se lo diga a ella, la mujer del padre, que él, el hijo, ha comido en casa de la hermana en el pueblo y ya está satisfecho y que agradece la pregunta; y oye ahora que el padre con la boca humeante (no ha parado de comer) le transmite a ella la respuesta con otras palabras: que el hijo ya está satisfecho, que se ha puesto las botas en casa de la hermana.

Lentamente, ella se levanta y observa en el suelo de debajo de la mesa cómo desaparecen las huellas de vaho que dejan las plantas de los pies de su marido y se fija en las estrias negras del sudor sobre estos pies descalzos cuyos dedos se abren y alzan, cada vez que la cabeza del hombre se inclina para atrapar la comida.

Si me pasaba alguna cosa, pregunta ella después de que el ruido haya explotado en mis oídos. Él transmite la pregunta con otras palabras. ¿Ha sido el tenedor?, pregunto yo escuchando atentamente.

Pero solo había pasado que, al levantarse, a ella se le había caído de la mano o del vestido el papel rígido de una carta.

La línea eléctrica de alta tensión

Los cables de la línea eléctrica de alta tensión salen de la central eléctrica de Bronz: « Parten de allí en dirección este hacia la localidad de Tschau, doblan hacia el nordeste, siguen por las veredas del monte Wall, se precipitan en la misma dirección hacia la localidad de Gruden, no molestan para nada a la localidad de Schlanz, la localidad de Ritsch, la localidad de Polosch, la localidad de Tschernoglau, la localidad de Dürn, la localidad de Nütz, la localidad de Schanz y las localidades de Zwanzig, Dreißig y Mohr, giran de forma inesperada hacia el norte y continúan en esta dirección pasando por la localidad de Schlam, por la localidad de Pruch, por la localidad de Schleck, por las localidades de Sriedma, Sjutra, Trekisch, Krisch y continúan por la localidad de Anhöh y por la localidad de Übersee hasta que llegan a Öd», donde bajo los brazos de un poste estoy yo y pego la oreja a los travesaños, después de haber apoyado un pie sobre el zócalo de cemento y haber chocado una piedra contra el varillaje metálico; donde estuve y oí sobre mí el estruendo y zumbido de alas duras; donde ahora oigo un ruido ya lejano que muere hacia el norte « donde los cables pasan sobre los campos y desde la localidad de Öd continúan por la localidad de Reiting, la localidad de Kannaren, la localidad de Gariusch y con un giro hacia el oeste regresan y pasan más o menos por las localidades de Sankt Koloman, Sankt Benedikt, Sankt Johann en la sombra, Sankt Kosmas y Damian junto a la carretera, Sankt Agatha, Sankt Agnes, Sankta Luzia (ruega por nosotros)» y, siguiendo esta misma dirección, pasan por pueblos similares hasta que ya no oigo los bombarderos.

« Los idiotas se pasan el día recostados contra el muro de la casa babeando y jugando con sus sombras al reloj de sol.»

La estancia delante del muro

Mientras estoy recostado contra el muro (la descripción aún no ha avanzado), me propongo cruzar el patio hasta el cobertizo y levantar la bicicleta. Esta noche he oído cómo el viento o la lluvia que se colaba bajo las ruedas la hacían resbalar y la tiraban al suelo. Por lo menos estos serán después, durante el desayuno, los intentos de explicación del padre. Me propongo hacerlo sin que pueda dejar de refregar a derecha e izquierda las palmas de la mano contra el muro. De pie, junto al muro, marco con mi sombra la hora. Es de mañana temprano. Me propongo ir hasta el cobertizo y me digo lo útil que sería levantar la bicicleta del suelo. Permanezco inmóvil, pegado al muro de la casa. Hace un calor pesado; la lluvia del suelo se evapora. « Muchas palabras, pocos hechos. Del dicho al hecho hay mucho trecho.» Una pesadez se instala en el cuerpo. Los dedos rascan, rígidos, el muro. Se acumulan muchos pensamientos, sin embargo, ninguno de ellos hace hablar a las articulaciones, que siguen apáticas. Mi sombra en el muro se encoge. Las órdenes del cerebro chocan contra la sorda piedra. No puedo moverme de aquí, no puedo ir hasta el cobertizo. Las puntas de los dedos que rascaban el muro se han quedado agarrotadas en el granulado del mortero. El tiempo se me va de las manos y estoy furioso por la apatía de mis miembros. Y de la furia estoy a punto de perder el conocimiento. No me decido a cruzar el precipicio del patio y a transportarme de aquí hasta allá. Ya puedo ordenar a mis pies lo que sea que nada me pone en camino, y total solo son diez pasos. El muro está polvoriento. Arañas como esferas se arrastran arriba y abajo con sus largas patas. En el revoque del muro hay unos orificios que parecen impactos de bala. Durante el día, en estos orificios duermen las polillas: colgadas y con las alas abiertas. Los dedos podrían resbalar y rozar una de las polillas. Pero la polilla permanece inmóvil. Me separo bruscamente del muro. Estoy delante del muro con los ojos vendados. Aprovecho el tiempo buscando con estos ojos vendados el camino que va del muro al cobertizo. Ando a tropezones, como si justo ahora acabara de volverme ciego. A todo esto, en el cobertizo no encuentro ninguna bicicleta. Pero ¿alguna vez hubo una bicicleta allí? Mi padre todavía está regresando del estanco. La mujer del padre aún no ha salido de la casa. Hasta el momento no he tenido noticia de ningún tercero.

Me imagino un tren en marcha.

El gato

Aunque no haya hierba, en el cobertizo huele a hierba. El olor viene del segundo carro que, con las varas levantadas, se apoya por detrás sobre la corona del muro de cemento. El primer carro, que está todavía en camino, tiene destinados el espacio y la superficie por la que yo ahora ando. Bajo mis suelas noto las incisiones de las llantas que, con el ir y venir, se han marcado en la tierra arcillosa, noto las virutas y las astillas crujientes que, al serrar, saltan de la corteza de la madera. Con la rodilla choco de lado contra el mango de la azada; al tantear, noto que con el golpe de mi rodilla la hoja se ha desprendido de la barra rajada por los golpes y que, poco a poco, se inclina hacia adelante, mientras, poco a poco, el mango se hunde en mi puño. Antes de que la hoja se separe de la madera, arranco el mango y lo alzo por encima de mí blandiéndolo al aire, dejo luego que el mango todavía oscilante resbale entre mi puño flojo hasta el acero y, con mano temblorosa, introduzco el mango por el aplastado cuello de la hoja. A veces, si no le agarras fuertemente las alas, la gallina vuela sin cabeza por todo el cobertizo: da contra el cemento, choca contra la pila de leña, contra los listones, contra las latas del techo, contra las sierras que cuelgan de las latas, contra el mango de la azada que todavía tiembla, barre su propia cabeza de la tajadera, choca otra vez contra la pared de cemento y rebota contra el suelo donde, sin dejar de mover las alas, anda en círculo y, entre convulsiones, azota con el hilo de la tráquea el serrín y lo vomita de sangre. ¿O quieres otra cosa?, preguntaste.

Desde el carro en el que estoy sentado se puede oír el torrente de agua que cae primero desde el tejado del cobertizo y, más allá, desde el tejado del establo y el tejado de la casa; el agua llena el canalón y se precipita en el patio. Hay poco que ver: las gallinas en la puerta del establo, sobre la cornisa de las dos ventanas y sobre la cornisa del muro que queda frente al oscuro enlistonado del altillo. Están muy juntas, una al lado de la otra, sin moverse. No, no se pelean. Ahora expulsan a una gallina de la ventana: al caer, extiende las alas. Reconozco el aleteo y el agua que salpica del charco. La gallina picotea a derecha e izquierda de una piedra, corre de cabeza hasta la puerta del establo y se hace un sitio entre las otras: en la hilera de inmóviles patas amarillas y es indistinguible. Veo las gotas que caen en los charcos, los cráteres, las burbujas que se forman en el agua y las campanillas que se rompen. Oigo el claro golpeteo del agua sobre el tejado de chapa del cobertizo y afuera, en el patio, el ininterrumpido siseo y tamboreo. La parte inferior del portal de casa ya tiene un color más oscuro debido a la humedad; en el barniz se pueden ver las gotas que no se absorben; por las zonas que el barniz está descascarillado, la madera ya ha chupado el agua de la lluvia. Ahora la puerta se abre un poco hacia dentro, no obstante, el picaporte permanece en su sitio; el movimiento de la puerta solo es perceptible porque al

lado del picaporte las sombras crecen y se ensanchan. No oigo nada. El gato se desliza hacia afuera. ¿No se te ocurre nada mejor? Es el gato, has dicho. El gato corre escaleras abajo y camina, sigiloso, bajo el canalón que resigue la pared de la casa, ahora se detiene frente al ángulo del bajante, da un salto y continúa su camino por debajo del canalón que resigue la pared del establo. Observa las hileras de gallinas. Mientras tanto, no oigo nada. Gira la cabeza hacia las gallinas medio dormidas que están sobre la cornisa de la ventana. Súbitamente gira la cabeza hacia el cobertizo. Bajo el tejado del establo sigue al acecho. Yo sólo oigo el siseo y el tamboreo afuera, en el patio; tu reclamo no habrá llegado a sus oídos. Me ha oído. Viene hacia aquí dando brincos. Ahora está aquí, en el cobertizo. No he oído cómo venía. Sigo sin oírlo. Está sobre el serrín y se sacude el pelaje. Como ha estado corriendo bajo la lluvia y como la lluvia cae densa sobre el patio, este movimiento era de esperar. Salta ahora, confiado, sobre los leños, después, pasa al caballete de serrar y se acurruca en el ángulo. Salta de nuevo, se desliza por abajo y se aparta inquieto hacia la pila de leña. El gato está esquelético, de hecho, está a punto de morir de inanición; tiene las comisuras de los ojos llenas de pus; en las cervicales se le ve el pellejo pelado. Ahora está hecho un ovillo encima de la pila de leña, se levanta, mira de refilón, gira sobre sí mismo y corre por los leños hasta el rincón del fondo del cobertizo. En el surco que las gotas de la lluvia han ido formando en el suelo arcilloso de debajo del tejado hay un madero. El ruido de las gotas que caen sobre el madero es distinto del ruido de las gotas que caen sobre la gravilla, la arena o sobre el agua del surco. El gato está sobre la pila de leña en el último rincón del cobertizo, tiene el pellejo erizado, mira hacia abajo, pasea la mirada por su alrededor. Ahora, con la mirada puesta en el carro donde estamos juntos, recorre con el vientre pegado a la pila de leña la pared trasera. Está en los huesos; bajo el pellejo se le marcan las costillas: una, dos, tres, cuatro...

Oigo el ruido de las gotas que caen de las tejas sobre el madero; igual que absorbe las gotas, la madera absorbe también el ruido. El ruido penetra con toda nitidez en mi oído, aunque se trate de un ruido sordo y más suave que el ruido que hacen las gotas al caer en la grava o en los charcos del surco. Una capa transparente de agua cubre el madero; en los agujeros de los nudos, las gotas brillan, después, estas gotas son disueltas por otras gotas. La lluvia aminora. El gato salta contra las latas del techo, salta una segunda vez; con las patas se engancha a los hierros que sobresalen del cemento. Oigo cómo caen las gotas en el surco. Ahora el sonido es el mismo en todas partes. El gato regresa al rincón, se encoge y se acerca a pasos muy cortos; se revuelca y vuelve otra vez a su rincón; se atrinchera detrás de la pila de leña y se pone a gemir y a hacer sonidos como un niño; se yergue sobre las patas traseras y se estira hacia las latas del techo, alarga el cuerpo hasta que solo se sostiene por las garras y oprime el vientre contra la pared. Tiene el lomo tieso, la cabeza hacia atrás y con la mirada

se come el techo al que no puede acceder; con las garras delanteras araña salvajemente el cemento de la pared. Oigo los arañazos, he dicho. Y ahora oigo el silbido del aire y el ruido del impacto. Este gato es solo piel y huesos, has dicho: puedes palparlo; en el vientre tiene las marcas del encofrado de la pared. Oigo el golpe y los gemidos; los gemidos ahogan el ruido de los golpes, y los golpes provocan los gemidos. Oigo los golpes, los aullidos, los gemidos. Después, solo oigo los gemidos. Después, oigo los golpes y los gemidos. Después, solo oigo los golpes. Después, oigo los golpes, los aullidos y los gemidos. Todos estos ruidos forman ahora un compás de tres tiempos.

Separo los dedos y, por fin, los retiro del mango de la azada. Oigo que afuera, en el patio, la mujer del padre camina llevando unas camisas en el brazo. Sus movimientos están encadenados, un movimiento sigue al otro; mis movimientos, que ahora empiezan, están tan separados el uno del otro que a duras penas forman una sucesión y, no obstante, ambos cuerpos —el de la mujer y el mío— se parecen cuando dejan de andar. Yo soy el primero que percibo algo y se lo grito a ella; ella es la que enseguida confirma con sus ojos lo que yo le he dicho. Después, antes de entrar en casa, los dos escuchamos —ella ya en el portal y yo aquí, en medio del patio— el vehículo que sube la calle, gira y entra en el camino, y al padre que, desde lejos y de buen humor por el montón de forraje que cruje bajo su peso, nos grita su saludo de llegada.

El surgimiento de un episodio durante el desayuno

« Cuando estuve allí.»

Cuando estuve allí, en aquella casa, por la noche oí los trenes; hasta medianoche, oí abajo los tranvías de la ciudad y, durante toda la noche, oí los camiones de transporte de larga distancia que transitaban por la carretera de circunvalación. Distinguí todos los ruidos y un ruido lo asigné a los motores, otro a las vías, otro a las señales, otro al cambio de agujas, otro a la expulsión del vapor. Asigné los ruidos de los motores a una determinada velocidad; y la velocidad, al zapato y al pie cuya punta apretaba el pedal y también a la mano que accionaba la palanca; y el zapato y la mano los asigné a un hombre; y a este hombre le asigné una cabeza entre los hombros; y a la cabeza, unos ojos entornados, cansados; y a los ojos, miradas. Y al principio, a las miradas, no les asigné nada, pero, después, les asigné el asfaltado del carril contrario; y al carril, las señales de las piedras del bordillo; y a las señales, los bostezos de los ojos del gato y las sombras que se encogían y giraban locamente.

A los ruidos que oí, les asigné imágenes. A las imágenes les asigné ruidos que no oía. A los ruidos que no oía les asigné imágenes. Al ruido del embrague y de las articulaciones le asigné el último vagón del tranvía. A la iluminación del vagón del tranvía le asigné imágenes aisladas de pasajeros tras las ventanas; a las rodillas de los pasajeros, las carteras; a las manos, el periódico doblado con su olor a agrio, el documento de identidad, el sombrero y los guantes blancos con las marcas de pintalabios en el dedo medio. Asigné a la imagen de la boca unos sonidos y a la boca correlativa que estaba enfrente le asigné sonidos correlativos. Hice que la imagen de una boca y la imagen de la otra boca se intercambiaran sonidos y que las imágenes de los respectivos cuerpos se inclinaran el uno hacia el otro. Asigné a los labios las imágenes de los movimientos de la boca; y a los movimientos, los sonidos. Asigné a las imágenes de los cuerpos que se inclinaban la conversación. Hice que las imágenes de los cuerpos se levantaran, hice que la imagen de la cara que pasaba delante se girara y mirara la imagen de la otra cara que la seguía, hice que la imagen de esta cara saludara a la imagen de la primera. Me representé con toda exactitud la imagen de este saludo, me representé la imagen de los brazos extendidos formando una perpendicular con la barra y la de los dedos que se agarraban a esta. Luego asigné a las barras la imagen de las agarraderas que se bamboleaban al quedar otra vez libres. Hice desfilar por el tranvía las imágenes de la gente; hice que subieran, que recorrieran los vagones, que bajarán. Al silencio del tranvía y a la calma les asigné el haz de luz circular de la estación terminal, los bancos fijos sobre el césped, la parada en la penumbra y los lavabos cerrados. Y a estas imágenes invisibles les asigné ruidos que no oía y, a su vez, a estos ruidos les asigné las invisibles imágenes de la gente que partía del círculo de luz y desaparecía en

todas las direcciones, el juego de sombras sobre el pavimento de las ropas que el viento agitaba, las cabezas que se giraban antes de cruzar la calle, los cigarrillos que lentamente se extinguían y los reflejos del periódico en la papelera. Cuando ya había asignado las imágenes a los ruidos inaudibles, asigné al inaudible silencio que luego se impuso la imagen del cobrador anotando números en su asiento elevado junto a la puerta abierta, la imagen del conductor que se paseaba arriba y abajo por el círculo de luz empujando con el pie un arrugado billete de tranvía y la imagen de un hombre que venía desde la oscuridad del otro lado de la calle, pasaba por el haz de luz (su cuerpo primero era claro, después oscuro) y, cruzando el césped, se dirigía al vagón. Pero, después, empezaron los ruidos de la salida del tranvía y, como los podía oír y percibir, me cansé de poner imágenes a los ruidos de aquel sitio y de poner ruidos a las imágenes invisibles. Asigné a otros ruidos que oía otras imágenes.

Oí el lejano silbido del tren en marcha. Me imaginé el tren en marcha. Completé el silbido con ruidos que no oía, y estos ruidos los convertí en imágenes incluso cuando el silbido del tren ya había cesado. Designé cada uno de los ruidos con los signos y nombres aprendidos y, a modo de pasatiempos, los comparé con otros ruidos. Para pasar el rato, llamé bramido al ruido que se hace al frenar y comparé este bramido con el ruido de un viento que soplara intermitentemente en medio de una lluvia fuerte y densa.

Después, el bramido cesó repentinamente. Luego vino el casi imperceptible rodar de las ruedas y lo comparé con el ruido de las correas de una hormigonera cuyo motor funcionara en vacío. Oí el ruido creciente del viento que soplaba en contra de la marcha del tren, el ruido más rápido del doble golpeteo del motor y el acompañamiento final de las bielas de acoplamiento y, a partir de estos ruidos que todavía podía oír, me imaginé el tren: ahora tenía vía libre. Asigné a este tren las salpicaduras de aceite, las chispas que desprendía a lo largo de los vagones y las ventanas oscuras y opacas de los vagones. Me imaginé a los pasajeros que dormían tras las ventanas y les asigné los bancos, el abrigo doblado a modo de almohada en el pliegue del codo y la mano colocada entre la cara y la almohada para que los botones no rozaran la piel. A los pasajeros que viajaban sentados junto a la ventanilla les asigné la cortina y los dedos que tiraban de la cortina por encima de la cabeza. Me imaginé el compartimento, las tarjetas con los nombres que llevaban las maletas del portaequipajes, el movimiento pendular de los paraguas colgados de los ganchos, los cordones desatados de los zapatos rozando el suelo, los pies con sus calcetines bajados, las piernas cruzadas y pegadas al cuerpo, la piel que asomaba entre los calcetines y los pantalones. Asigné al silencio en el que yo estaba acostado el tren que cruzaba el país en la oscuridad y la guardada respiración de los que dormían en los vagones. A los vagones les asigné susurros y chirridos; y a los asientos del compartimento que todavía estaba vacío, crujidos.

Después dejé que todos los ruidos se perdiesen en el bramido del viento que soplaba en contra de la marcha del tren. Y comparé este bramido con el aullido de la audible central eléctrica y con el silbido que hace el agua en los conductos de las tuberías antes de salir por el grifo. El ruido del bramido crecía y decrecía y volvía a aumentar. Me imaginé el compartimento vacío y le puse olor de humo frío, de cáscaras de naranja, de chicle húmedo, de chocolate derretido y, para estos olores, inventé las imágenes de los pasajeros que habían ocupado el compartimento. Hice que las imágenes de los dedos y las uñas mondaran las imágenes de las frutas y asigné a esta imagen el leve resuello de las cáscaras separándose del fruto y, sobre las cáscaras, puse la imagen de los labios que se abrían. Asigné a estos labios una pregunta y a la cabeza de enfrente le asigné un meneo en señal de que no quería. Después dejé que la imagen de los pulgares abriera la imagen de la fruta y le diera la imagen de un gajo a la imagen del otro y, aunque me representé la imagen de un segundo meneo de cabeza en señal de no querer, permití finalmente que la imagen de la mano cogiera el gajo de fruta y se la llevara a la imagen de la boca, a la que yo, previamente, hice pronunciar una palabra. Dejé ahora a los dos viajeros comiendo los trozos de fruta; uno, el propietario, masticaba con rapidez y toda su cara se encogía; el otro, succionaba y mordía tímidamente el gajo que le habían dado. Luego separé las imágenes y los olores y dejé el compartimento vacío.

Asigné al silencio en el que yo estaba acostado un bramido. A este bramido no le asigné nada: acostado, me imaginaba el bramido. Después asigné al silencio el estrépito del frenado y, de nuevo, el casi imperceptible rodar de las ruedas, el segundo estrépito del frenado, el ruido del cambio de agujas, la entrada del tren. A todo esto, dejé que, por un momento, le siguiera el agudo silbido del vapor, el golpe sordo de una puerta de vagón, la sacudida hacia atrás, el silencio claro, perceptible. Al silencio le asigné el silencio y después: las imágenes de los adultos, los sonidos de las preguntas, los movimientos nerviosos de las cabezas que se asomaban por la ventana, el sonido de la respuesta, las conversaciones que de pronto resultaban comprensibles, los sonidos claros que llegaban desde el andén.

Me imagino el andén. Le asigno un carro eléctrico. Borro la imagen del carro rodando y dejo el andén vacío. Me imagino la sala de espera y le añado el crujido del altavoz. Me imagino la puerta batiente de la sala de espera y los asientos que hay detrás de esta puerta. Dejo los bancos de la sala de espera también vacíos. Sin embargo, dejo los batientes de la puerta en movimiento. Me imagino el grifo en la pared de la estación y la taza de debajo del grifo. Me imagino el compartimento vacío. Ahora asigno a la fuente un hombre de pie. Este hombre sujeta el cordón de un petate de marinero, tiene el dedo pulgar en forma de gancho pegado al hombro y, con el codo, empuja el petate hacia la espalda. Me imagino al hombre inclinándose y le asigno la imagen del cuenco de

la mano que se acerca al grifo y la imagen de los labios sorbiendo. A estas imágenes siguen el aviso y las palabras del altavoz. Me imagino, a la vez, al hombre que está bebiendo y el vagón vacío. Hago que el hombre beba más rápido. Sigue por sí sola la imagen del reloj eléctrico. Borro esta imagen. Imagino que el hombre se estira, se endereza y se pasa la mano por la boca que todavía gotea. Borro esta última imagen. Veo al hombre de pie junto a la fuente. Borro y le superpongo la imagen del reloj eléctrico. Borro la imagen del tren y le superpongo la imagen del andén. Mientras tanto, en contra de mi voluntad, en la imagen borrada se pone el hombre, este sigue de pie envuelto en el vapor y surge la imagen de los cordones blanquecinos y deshilachados de su petate que, a su vez, son los causantes de las arrugas de su chaqueta. Date prisa, digo. Veo el dedo pulgar en forma de gancho entre el cordón y la clavícula. Contra mi voluntad, veo una imagen de la rendija entre los batientes de la puerta de la sala de espera. Me abandono a estas imágenes. Sin que yo me lo proponga, al hombre se le asignan pasos; a los pasos se les asignan ruidos; a los ruidos, la imagen del agua hirviendo que salpica la caldera antes de la partida del tren. Me imagino al hombre en el escalón. Date prisa, digo. Sin embargo, esta imagen se borra. Lo veo ir desde la fuente hasta la sala de espera sorbiendo el agua de la mano. Veo la rendija entre los batientes de la puerta de la sala de espera. Por sí sola, se forma la imagen del compartimento vacío y yo percibo la inevitable sacudida de los topes que se produce debajo. Me imagino al hombre en el pasillo del vagón. La imagen se borra. Vuelvo a ver al hombre junto a la fuente, veo que inclina los hombros y que el petate que sujeta por los cordones le roza el codo. Borro la imagen del andén y me imagino el tren en marcha. Dejo que el hombre ande por el pasillo del vagón dando tropezones. Me imagino la cabeza inclinada del hombre y, a medida que este avanza, el movimiento pendular de su petate. Asigno al silencio los suaves silbidos del hombre. Asigno a los ruidos del tren el ruido de otro tren que viene en dirección contraria por la otra vía. Cuando los trenes se cruzan, les asigno unos chirridos y bramidos tales que el revestimiento del vagón se desgarran. Me imagino que el hombre, mientras camina, intenta abrir las puertas cerradas. Me represento la imagen de los que están durmiendo tras aquellas puertas. Y, no obstante, veo al hombre de pie junto a la fuente. Borro la imagen y le asigno al hombre que está de pie la puerta del compartimento vacío. Esta imagen se borra. La imagen del compartimento vuelve a aparecer y le asigno la sombra del hombre que está de pie, afuera, y a la imagen del hombre que está en el pasillo del vagón —tiene el frente apoyada contra la puerta y se muerde los labios— le asigno el movimiento de la mano; y a la mano, el picaporte vertical de la puerta.

Mientras tanto, el hombre vuelve a echarse el petate a la espalda. Lo veo regresar a la sala de espera. Borro la imagen. Me imagino al hombre que tira de la chirriante puerta. Sin embargo, lo veo abrir con el pie los batientes de la puerta

y entrar en la sala de espera. Esta imagen la borro. De nuevo lo veo pasar junto a los bancos de la sala. Convierto estos bancos en los mullidos bancos del compartimento vacío y, sin embargo, veo los bancos de la sala de espera. Borro esta imagen. Veo al hombre sentarse y, al sentarse, despojarse de su petate. Luego lo que yo veo supera la voluntad.

Veo el cuerpo del hombre en el banco, los dedos separados de sus manos le cuelgan a ambos lados. En la sala no hay nadie. Levanta la vista de los zapatos. Está terminantemente prohibido dormir en los bancos. Observa el polvo, que parece fieltro, incrustado en sus zapatos. Luego apoya ambas piernas en el suelo y, de nuevo, pasea su mirada por las paredes. No se ve ningún interruptor con el que poder oscurecer la sala y dormir.

Se ha sentado y el polvo de los zapatos le ha recordado el camino andado. Ha oído el zumbido de la luz. Ante la puerta del andén ha aparecido un policía; tiene las manos en la posición aprendida, al final de la espalda. Movidó por la rigurosa observancia del orden y la tranquilidad, el policía ha considerado que lo más conveniente era entrar y mantener de pie con el hombre sentado, que le esquivaba la mirada, una conversación sobre la edad de este, domicilio y profesión; el hombre le ha contestado la verdad. Luego el policía, que hablando y preguntando pretendía que la interminable noche en la estación se le pasara volando, se ha informado sobre los planes que tenía el otro; el interrogado le ha explicado inmediatamente sus planes; a todo esto, con sus miradas de malhumor, el hombre ha conseguido que el interrogador desistiera de seguir conversando. Ambos se han puesto de acuerdo en salir juntos por la puerta del vestíbulo al vestíbulo de la estación, pero, una vez allí, sus caminos se han separado: el policía se ha ido, aliviado, hacia la taquilla que justo ahora se abre con gran estrépito; el hombre del petate, para evitar la compañía del otro, se ha dirigido, fastidiado, hacia los lavabos.

Allí se quita el petate del hombro y saca del bolsillo dos monedas cobrizas, una la introduce en el expendedor de perfume. Luego flexiona las rodillas, acciona la manivela y el agua de colonia rocía su camisa.

Se endereza y avanza lentamente, tiene el petate sujeto por los cordones y lo arrastra tras de sí por las baldosas.

Su cara muestra la intranquilidad y rudeza de siempre, aunque, ahora que se ha perfumado, parece satisfecha.

La segunda moneda la ha introducido con la yema del pulgar en la ranura de una cabina. Ahora, con el movimiento habitual, empuja la puerta, se pasa el petate delante del pie y lo hace rodar hasta el retrete. Sin más rodeos, entra en este refugio, empuja la puerta con un golpe de tacón y se encierra.

Con las dos piernas ha hecho rodar el petate hasta la pared.

De rodillas, desata el petate y saca un periódico. Separa las hojas del periódico una a una y las extiende sobre las baldosas. Observa cómo las manchas

de humedad empapan el papel. Cubre y seca las manchas con otro periódico. El ruido del agua que baja de las cisternas en las otras cabinas disimula el ruido del papel.

Se ha echado sobre la franja de papel para descansar. Con el cuerpo reclinado y apoyándose sobre las manos se detiene a observar las imágenes y dibujos y lo que hay escrito e inscrito en las paredes.

Después apoya cuello y nuca sobre el petate.

Como la cabina es demasiado corta para sus piernas, se acuesta de lado con las piernas en posición fetal.

Ahora su postura es idéntica a la de los que están durmiendo en el tren en marcha.

En el esmaltado de la taza del retrete, ve la copia de algo que él considera su cara; en la hendidura que hay entre las baldosas del suelo y el pie del retrete ve el reborde amarronado del aceite de engrase; distingue en el aceite unos pelos, cortos como púas, y pelusas de polvo y le entran ganas de soplar; ve que alrededor de un agujero de tornillo el esmalte está descascarillado; ve el tornillo que falta.

Sin ofrecer resistencia a lo que le llega, el hombre —el brazo le cruje bajo la oreja— se entrega con la mirada al brillo opalescente que se expande y se ahonda y lo envuelve hasta que sus ojos se ponen blancos como el esmaltado.

«Duerme.»

Con la taza en las manos busco el camino que va de la boca a la mesa. Una vez he dado con la mesa, levanto las manos y, aunque parece que la piel solo transpira por la parte interior, el mantel de hule se me pega en los dedos.

La mujer que, apática, está sentada en el taburete ante los fogones —disfruta con las vistas de la espalda del padre que mastica y de la cara del hijo que traga—, pregunta monótonamente qué decía y yo hace un momento. El padre, que hace crujir la corteza del pan entre los dientes, me pregunta, ausente y con la boca llena, justo antes de tragarse el bocado (el crujido no disminuye) lo mismo que ha preguntado ella casi con las mismas palabras.

«¿De quién era la carta?», podría preguntar yo.

No obstante, me limito a contestar preguntando en voz alta si ya era la hora de marchar. Eso ya me lo haría saber a su debido tiempo, me contesta mi padre con otras palabras y volviendo en sí porque algo en la garganta lo obliga a toser. Luego oigo una gota de agua hirviente que resbala sobre el fogón y se contrae. Me estremezco. La mujer se levanta.

Pero cuando con las imágenes llegué hasta el límite de la experiencia y nada me sirvió. Acostado en la habitación oscura, entre los ciegos que dormían y los que se despertaban, ya no pude representarme ninguna imagen más. Me llegó el ruido del cambio de agujas del tranvía, el ruido de los camiones de la carretera de circunvalación, el ruido de los trenes que se cruzaban y di un nombre a los

ruidos que oía y repetí una y otra vez los nombres de estos ruidos; a los nombres de los ruidos les puse los nombres de las imágenes; y a los nombres de las imágenes, los nombres de los ruidos que no oía; y, a pesar de todo, no conseguí representarme la imagen de ninguno de ellos. Pensé en las estaciones en las que, mientras yo estaba aquí acostado, la gente se amontonaba y no pude entenderlo; pensé en el bramido y estruendo de los trenes que corrían en la oscuridad, en las marquesinas de las estaciones, en los bancos de las marquesinas, en los restos de bocadillos sobre los bancos, en el papel de envolver los bocadillos que se agitaba al pasar el tren, y tampoco pude entender esto. Pensé en los que dormían en los trenes, en las salas de espera iluminadas, en los que dormían en los bancos de las salas de espera, en los que se despertaban, en los que dormían en los lavabos de las estaciones, en los que dormían y en los que se despertaban en las marquesinas de las estaciones, en los ojos abiertos de los que dormían, en los ojos cerrados de los que se despertaban, en la saliva en los labios de los que dormían, en las imágenes y palabras cambiantes en las cabezas de los que se despertaban y de los que dormían, en la gente, en los seres vivos dondequiera que vivieran o se encontraran de paso y, sin embargo: ya no podía entender nada de esto, porque, ciego y despierto, estaba allí acostado entre los ciegos, porque el tiempo antes de que llegara el día se me hizo largo como un sueño y porque pensaba en los sucesos y cosas en las que uno puede pensar como si solamente existieran sus nombres.

En la descripción ha quedado algo olvidado. No. No ha sido mencionado a propósito. No, ha sido olvidado. No. No sé de qué

La cara del padre

Se ha descrito cómo el padre regresa del estanque: cómo desengancha el caballo, cómo con sus propios brazos lleva el forraje hasta el establo y cómo coge los extremos de las varas para entrar de espaldas el carro en el cobertizo y dejarlo en su sitio. Inmediatamente después, ha seguido la descripción del cambio de ropa y del desayuno, pero ahora, una vez que se ha descrito cómo el padre toma su desayuno en la cocina, viene la larga descripción de su cara. Entretanto, el padre habla con su hijo, le está contando algo. Por fuera, la cara del padre es descrita como apacible. Mi cabeza está inclinada a un lado para que pueda hablarme al oído. También oigo a la mujer que, con el vestido recogido y sin apenas tocar el suelo, sube corriendo la escalera exterior. Ahora ya no la oigo. Se ha detenido en un escalón y ha mirado hacia arriba: ve la viga que corona el muro que ya ha sido descrita y la cara interior de las tejas. La oigo que sigue andando más lentamente; con una mano a sus espaldas, va rozando la barandilla de modo que oigo en la madera el grito de su piel. Ha visto algo. Algo ha quedado olvidado en la descripción. Mi padre me cuenta algo. «Su cara parece concentrada en la propia boca que bajo el bigote deja fluir las palabras como agua, y parece que su cráneo escuche su propia voz.» Cuando arquea las cejas, la frente le sube hasta el nacimiento del cabello y, así, la zona blanca que normalmente protege el sombrero se le borra y la verruga que tiene en el pliegue superior de la frente queda oculta; sin embargo, cuando baja de nuevo las cejas y frunce el ceño —sus cejas parecen dos carneros enfrentados—, se le dibuja un surco vertical en la mitad de la frente y las arrugas forman pliegues muy definidos en cuyos bordes centellea el sudor acumulado; también la verruga marrón sale a rastras del cabello y, tras ella, baja la marca rojiza y horizontal que deja el sombrero. Sin mover la boca ni las mejillas, el padre se rasca el ojo con el nudillo del dedo doblado; mientras arrastra una mancha negra desde el párpado hasta el lagrimal y con la uña se quita la mosca de la cara, la boca continúa el relato en el mismo tono de antes. Apoya los codos sobre la mesa. Las mangas de la chaqueta le resbalan y las mangas de la camisa quedan al descubierto. Coloca la cara entre los puños alzados. Los puños iluminan la cara. Como está de espaldas a la ventana, la cara también recibe la luz del reflejo del sol contra la pared y parece que los huesos le ardan por dentro; la piel sobre el hueso del pómulo —desde el borde inferior del ojo hasta la mitad de la oreja— presenta el mismo aspecto mate de después del afeitado. Todavía tiene los cabellos oscurecidos por el sudor y pegados a tiras sobre la cabeza, no obstante, por debajo de la marca del sombrero, el sudor ya está seco y los cabellos se le han abombado. De las orejas y la nariz también le salen marañas de pelos hirsutos; si lo miras de cerca, verás que los extremos de sus enredadas cejas se le arremolinan sobre las sienes; por entre el bigote, donde normalmente ves un

surco vertical muy marcado, le baja un mechón gris hasta la mitad de la boca. Durante el detallado relato, el hombre se muerde el labio inferior. Así escucha la fina saliva que se va acumulando entre el labio superior y el inferior; las palabras que ya ha producido en su garganta le salen ahora como por sí solas, en voz baja y secamente; por último, la boca se cierra a toda posibilidad de hablar y se seca. El hombre está sentado a la mesa en una silla; su cara está en medio de los puños levantados; las piernas, según la descripción, las ha estirado en diagonal hacia mí por debajo del banco. Ha interrumpido su relato, algo le ha impedido seguir hablando. Ahora toma y saca aire. Como si no hubiese pasado nada, estira los labios hacia adelante y empieza a hablar con todo su rostro. Ha comenzado a hablar y, con el hilo de saliva, ha retomado el hilo de su narración. Ha contado, por ejemplo, el trabajo que le han dado el carro volcado y el cargamento de forraje.

El objeto olvidado

La viga ha sido mencionada. Los agujeros de la carcoma en la viga han sido mencionados. El serrín alrededor de algunos de los agujeros de carcoma ha sido mencionado. Sin embargo, algo ha sido olvidado. No, algo ha sido pasado por alto a propósito. Tal vez los nudos de la viga. Los números escritos sobre la madera con el lápiz de carpintero. Las marcas rojas de la plumada en los cantos. Las virutas que cuelgan. El polvo de las tejas sobre las virutas. Las telarañas en las virutas. Las bolas de polvo en las telarañas. Las alas y los cuerpos huecos y negros de las moscas atrapadas en las telarañas. Los contrapares del tejado. La corteza de la madera de algunos contrapares. El pegote de cemento petrificado en una teja deforme. Las hormigas sobre las tejas. Las gotas de resina solidificada sobre los contrapares. La hilera de huesos de cereza sobre la cara horizontal de la viga. Los restos en los huesos de cereza reseca y como de color marrón. No. Algo ha sido olvidado. Algo no ha sido mencionado a propósito. ¿Algo de la viga? No. ¿Del muro? No. ¿Del suelo? No. ¿De las tejas? Sí.

La pérdida de los nombres

Noté ruidos bajo el techo, los percibí. Percibí ruidos y voces en la cocina. Noté ruidos y voces en el patio y en el establo, los percibí. Percibí algo que hablaba en la cocina; percibí algo que andaba en la buhardilla; percibí algo que luego anduvo por la escalera, pero antes había habido algo, algo que había andado junto a la pared bajo el tejado y, además, otro algo distinto había estado sentado en la cocina frente a mí, había estado hablando y seguía hablando: estaba sentado en la cocina, pálido, y yo lo notaba. Algo había percibido otro algo distinto: aquel algo había estado sentado en la cocina y había notado al otro algo. Pero también había algo que estaba de pie, rígido, en la escalera y que, rígido, anduvo por la escalera: al subir, se había detenido en la escalera; se había detenido al andar y había hecho ruidos con el vestido y con los zapatos y yo, estúpido, los había tomado por verdaderos. Algo había contado algo; otro algo, que no era algo, había escuchado; a ese algo que escuchaba y que no era algo, yo, que no era algo, lo había escuchado y, sin embargo, no lo había percibido. La casa había estado vacía. En las habitaciones había habido sillas y bancos, camas y mesas. En una pila reventó una burbuja. Todo esto, a mí, que me diferenciaba de todo y era otro, me había asombrado y extrañado y me había sorprendido enormemente y para nada en la casa había tenido un nombre y, sin embargo, lo había percibido. Algo distinto de mí había subido y bajado por la escalera: de esto me había dado cuenta; otro algo me había contado una historia en la cocina y estaba alerta: de esto me había dado cuenta. Sin embargo, algo había estado escuchando y de esto no me di cuenta: esto no lo había percibido.

¿El nido de avispas en los contrapares? Sí.

La ida a la iglesia

Cuando la mujer volvió con el bolso de su habitación, preguntó si podíamos salir. Mi padre, levantándose, le comunicó que estábamos listos. Yo asentí y también me levanté. Ella se apresuró a preguntar si yo quería llevar el bastón. Mi padre, haciendo de intermediario, me preguntó si tenía la intención de llevar el bastón. Sí, me apresuré a responder. Sí, tradujo mi padre en discurso indirecto, y dijo que yo quería llevarme el bastón. Ella fue a mi habitación y trajo el bastón. Se lo dio a mi padre y mi padre me lo alcanzó. Recibí el bastón y fui hacia la puerta que ella mantenía abierta; mi padre me siguió; la mujer fue la última en salir al pasillo y cerró tras de sí la cocina. Enseguida nos adelantó, fue hacia el portal y me dejó salir. Mi padre me siguió. Ella cerró también la puerta de la casa y preguntó si habíamos olvidado algo. Nada que él supiera, aseguró mi padre, no habíamos olvidado nada de importancia. ¿Y el dinero para la ofrenda?, preguntó la mujer. Pues precisamente eso sí que lo había olvidado, admitió mi padre abiertamente. Ella sacó la llave del bolso y abrió la puerta de la casa. Fue a por el dinero de la ofrenda mientras nosotros nos quedamos de pie, hablando. Después, tan pronto tuvo la puerta de la casa otra vez cerrada, ella bajó los escalones y entregó el dinero al padre. Él se lo guardó en el chaleco y, en silencio, mostró su agradecimiento. Ella preguntó con cortesía si por fin podíamos irnos. Mi padre dijo que no se le ocurría nada que pudiera impedirnoslo y el hijo, en su condición de hijo, expresó inmediatamente su conformidad con lo que había dicho el padre. Ella miró a su alrededor; se colocó entre nosotros dos, nosotros nos hicimos a un lado, mi padre le ofreció el brazo, ella tomó el brazo de mi padre, que era su esposo, cruzamos el patio hasta llegar al camino y bajamos por el camino hasta la carretera. A mitad del camino, mi padre dijo que haría un día de mucho calor y nosotros, cada uno a su modo, manifestamos estar de acuerdo: yo dije que ahora ya hacía un calor bastante sofocante. Y qué calor no haría más tarde, dijo mi padre con una cierta preocupación ya que, después de comer, tenía previsto jugar a las cartas con los vecinos. Por su parte la mujer dijo que quería echarse a dormir. Al caer la tarde, cuando refrescara, los dos tenían previsto salir a tomar el aire. A todo esto, habíamos conseguido llegar sin dificultad hasta la salvadora carretera. Tomamos esta carretera y empezamos a andar más deprisa. Yo quise saber si el domingo pasaba el lechero. De ningún modo, repuso mi padre; que él supiera, los domingos el coche de la leche no circulaba. Pero las lecheras estaban en el puesto de recogida, insistí yo. Claro, dijo mi padre. Pero antes de que tomara aliento y pudiera añadir algo más, mientras seguíamos a buen paso, nos encontramos con una mujer algo entrada en años y nada fea que iba por el otro lado de la carretera vestida de domingo. Entonces, mi padre levantó su sombrero y saludó amable y en voz alta; ella devolvió el saludo, amable y en voz baja y, al pasar, añadió que tendríamos un

día muy caluroso. ¡Y tanto!, respondió mi padre. Estas lecheras, dijo inmediatamente mi padre dirigiéndose de nuevo a mí, ya están vacías porque si no, con el calor, el próximo día laborable la leche ya estaría agria. Sin inmutarme le dije a mi padre que ya lo entendía, aunque su explicación me sentó mal y acto seguido continué con mis preguntas y me interesé por la hora de llegada del ómnibus. ¿Qué ómnibus?, quiso saber mi padre. Bueno, el próximo, dije yo. ¿El de las diez?, preguntó mi padre para asegurarse. El mismo, dije yo confirmando lo que me había preguntado. Entonces, mi padre expuso con todo detalle que el primero ya había llegado a las siete; el segundo, prosiguió, llegaba a las diez, después de la misa; si la memoria no le fallaba, el tercero llegaba cerca de las dos; del horario del cuarto no se acordaba; el último llegaba a las ocho de la tarde. Yo le di las gracias. Un ciclista pasó zumbando y nos saludó, nosotros moderamos el paso y le devolvimos el saludo. Mi padre le gritó algo apropiado y, mientras se alejaba, el ciclista giró la cabeza y respondió gritando que sí, que era cierto, que lo mismo ya le había llamado la atención a la ida. Nosotros aceleramos el paso otra vez; yo pregunté quién era el ciclista y, como de costumbre, mi padre mencionó su oficio. Apuramos el paso hasta lo indecible. A la entrada del pueblo se nos juntaron otras personas; después de que saludaran y después de que también nosotros saludáramos, todos estuvieron de acuerdo y dijeron algo en consonancia con sus pensamientos. Mi padre, apoyando la opinión expresada, dijo que sí, que era cierto, que no podía sino corroborar lo que habían dicho ya que, precisamente, esto a él tampoco le había pasado por alto. Y a mí, para calmar mi precipitación, me dijo alzando la voz que nada nos corría ninguna prisa, que teníamos tiempo de sobra, que nadie nos perseguía. Yo le pregunté en voz alta quienes eran aquellos hombres que estaban allí. ¿Cómo?, preguntó mi padre sumamente extrañado, ¿yo no reconocía a aquellos viejos conocidos y me había olvidado del sonido de sus voces? Pero, ¡por todos los santos!, continuó, eso sí que era nuevo, eso sí que le hacía gracia; pero ¿cómo se me había ocurrido de buenas a primeras ponerme a preguntar por personas conocidas?, me interpeló impaciente. ¿Cómo era eso?, insistió, y ¿dónde tenía la cabeza yo hoy? ¿Y adónde pretendía llegar con todo eso? Sí..., bueno, dije yo, esforzándome en dar una explicación, sin tampoco extenderme mucho, de modo que él, después de una pausa, no pudo hacer otra cosa que abrir la boca y, condescendiente, darme una respuesta. Ese era el herrador, dijo entonces; este, el peón de la finca; aquel, el peón caminero. Yo exageré mis palabras de agradecimiento y saludé a los hombres; ellos me devolvieron el saludo. Mientras tanto, continuamos nuestro camino. Nosotros nos pusimos en el medio y cruzamos el pueblo saludando a derecha e izquierda a la gente que estaba de pie, en los márgenes, charlando despreocupadamente, y la gente que estaba charlando nos saludó a nosotros que íbamos hacia la iglesia con el herrador, con el hijo y la hija del herrador, con el peón de la finca, con el peón caminero y con

la hija del peón caminero. Los que caminábamos, saludábamos primero, los que estaban de pie devolvían el saludo; el saludo sonaba distinto dependiendo de si se andaba o no. Mientras nosotros caminábamos a toda prisa y pasábamos por delante de las hileras de gente, todos los que hablaban temían, entre suspiros y lamentos, que, sin que se notara, el asunto llegara tan lejos que sentara precedente, lo que no excluía que de la noche a la mañana muchas cosas cambiaran sin que esto fuera realmente de extrañar. Yo no paraba de preguntar quién era este y quién era el otro y quién era el que estaba junto a la bicicleta y por qué no había dicho nada cuando yo había tropezado con él. Mi padre me dijo que no lo conocía y que tampoco sabía quién era el que estaba junto a la bicicleta, suponía que eran dos forasteros que tal vez recorrían la comarca en bicicleta, quizá eran de la ciudad de Anhöh, dijo más para sí mismo que para mí, o a lo mejor de la ciudad de Krisch: no podía adivinar de dónde salían aquella caras. Sin detenernos, seguimos avanzando por el pueblo y tomamos la calleja que lleva a la iglesia. Hablábamos entre nosotros y, sin miedo, saludamos a derecha e izquierda a los que estaban en corro y a los que estaban solos o en grupo recostados contra el muro. Juntos subimos la escalinata de la iglesia. Mi padre tuvo la deferencia de ceder el paso al herrador, así que, primero, entró este de la mano del hijo y de la hija; a continuación, entró el señor Benedikt con esposa e hijo; seguidamente, entraron el peón caminero y la hija del peón caminero; y el peón de la finca fue el último en entrar. Todos, sin excepción, llegamos tarde al oficio. Sin preocuparse por ello, las mujeres se dirigieron enseguida hacia el lado de las mujeres y ocuparon los asientos; los niños se dirigieron hacia los bancos de los niños y se sentaron; a los hombres, les parecía más apropiado quedarse de pie bajo el coro. En aquel preciso instante, el pastor clamaba desde el púlpito que si mi ojo era motivo de enfado debía arrancármelo para que no me viera condenado a la oscuridad eterna, donde, me decía, aullaría espantosamente y haría rechinar los dientes hasta, que por mucho que presumiera y me jactara de mis riquezas y me creyera el más listo de los hombres, lleno de pena y remordimiento acabaría abominando de mi cuerpo y clamando al cielo^[5]. Por los siglos de los siglos, afirmó.

El hombre del petate

Una vez despierto, el hombre se incorpora y se toca con las manos las puntas de los zapatos. Se balancea hacia adelante y hacia atrás. Al ponerse en pie, levanta del suelo el petate y lo sacude. Alguien vuelve a golpear la puerta. Entonces, el hombre deja el petate en el suelo y se saca del pantalón la cajetilla, hurga con el dedo en el fondo del paquete y toma con sus labios un cigarrillo torcido. Recostado contra la pared lateral del lavabo, fuma sin llevarse sus dedos a la boca. Alguien golpea fuertemente la puerta con los nudillos de la mano. La colilla chirría al tocar el agua del retrete. El hombre recoge los papeles del suelo, hace una bola y, de un chute, la hace entrar en el retrete. Tira de la cadena y sale con el petate colgándole del brazo. El de afuera lo mira; con el ruido de la cadena no se entiende lo que dice. El hombre ni contesta ni se gira para verlo. En el lavabo se limpia el polvo de las manos. Ha salido de la cabina; sale de los lavabos; sale de la estación.

Visión desde el muro

«Guiando el uno al otro», decía en un pasaje, «los hermanos solían subir la empinada escalera de caracol de la torre de la iglesia hasta llegar al campanario.»

Detrás de las tumbas, en la parte inferior del muro se pueden ver las estrias amarronadas y oxidadas de la lluvia; arriba, en el coronamiento del muro, las tablillas sueltas del tejado; bajo el tejado, los gruesos travesaños; entre el tejado del muro y el muro, una franja de cielo; contra la franja del cielo, el sinuoso movimiento del gato que se desliza.

El gato.

Veo el gato que al deslizarse se traga el cielo. Veo una piedra que se desprende del muro de defensa. Veo las gallinas que escarban encima de las tumbas. Veo una mujer que entra en el cementerio.

La baranda.

Estoy de pie junto a la baranda. Apoyo un pie en el listón de abajo. Levanto la otra pierna. Me siento sobre la baranda. Con los dedos rodeo el pasamanos. Escupo a la mujer que pasa por abajo.

La mujer.

La mujer lleva un jarrón. Con la mano izquierda sujeta un vaso. Su mano es grande y tiene los dedos abiertos. La mano me impide ver el fondo del vaso.

El fondo del vaso.

El fondo del vaso está cubierto por los pétalos negruzcos y pegajosos de las flores marchitas. El agua decolora el resto de los pétalos. Los restos de los pétalos remolinean en el agua. La mujer se pasea entre las hileras de tumbas con el vaso y el jarrón. El segundo escupitajo cae como llovizna en el aire, igual que el primero. La mujer continúa caminando por entre las hileras de tumbas. Deja el jarrón sobre la gravilla. Coloca el vaso sobre la repisa. Coloca el vaso que había antes en la repisa sobre la gravilla. Saca el manojito de tallos negruzcos que hay en este vaso. Gira la palma de la mano hacia abajo. Se restriega la nariz con el dorso de la mano. Olfatea. Huele el agua podrida, las hojas marchitas, las flores marchitas. Frunce todo el contorno de la nariz.

La baranda.

Cabalgo a horcajadas sobre la baranda. Golpeo los talones contra los barrotes. Me inclino. Estiro una pierna. Con los dedos del pie toco el saliente del muro. Paso la otra pierna por fuera de la baranda. Estoy apoyado con los dos pies en el saliente del muro. Estoy al otro lado de la baranda. Estoy sobre el muro y miro hacia abajo.

La mujer.

La mujer va hacia la fuente. Arroja las flores y el agua verdosa. Lava el vaso en el agua de la fuente. Regresa. Las gallinas se apartan. Ella alza y baja su

jarrón. Da la vuelta a la tumba.

La lápida.

Me arrodillo. Estoy de rodillas sobre el saliente. Arrodillado me arrastro hacia afuera.

La mujer.

Tengo los talones fuera del saliente. Me separo con los dedos de los pies mirando hacia abajo. Desprendo mis rodillas del saliente.

La mujer.

Estoy suspendido en el aire, me agarro con los dedos a los barrotes. ¡Oh! estoy colgado del muro.

La mujer limpia el polvo de la lápida con la punta del vestido. Con el vestido, limpia el polvo de la inscripción. Suelta el vestido que estrujaba en la mano. Nos mira desde abajo. Tú distingues en su vestido las marcas grises de la inscripción.

« Nuestro querido hermano Matthias Benedikt, ahogado.»

La liturgia

Pero cuando arrastran el cerdo al patio, el cerdo chilla. Se necesitan cuatro hombres para arrastrar el cerdo hasta el patio: uno por cada pata. Cuando el cerdo grita, las gallinas revolotean, la arena se arremolina bajo sus garras, las gallinas se arremolinan y, cacareando, huyen hacia el tejado, desde la cima del tejado resuena el maullido del gato, áspero como el graznido de una corneja. Cuando las aves gritan, llega desde el establo el ruido de las cadenas de las vacas. Con las piernas apoyadas contra el marco de la puerta y contra el muro, dos hombres sacan el cerdo por la puerta de la pocilga; los niños esperan a la puerta de la casa; en el centro del patio, junto al caldero, hay una cuba alargada. En esta cuba situada en el centro del patio humeará el agua hirviendo. Dos hombres tienen el cerdo agarrado por las pezuñas delanteras; dos hombres, por las pezuñas traseras; el cuerpo del cerdo se sacude tenso entre sus propias piernas (también tensas) y las piernas flexionadas de los hombres que avanzan a brincos. ¿Quién se tapa las orejas? Nadie se tapa las orejas. El aro metálico del barril salta de la pared de madera del granero, una oruga peluda se desprende de los cristales de la ventana del establo y el aro se tambalea por el patio. Pero, en el momento que el cerdo cuelga sobre la cuba, calla, los picos de las gallinas se cierran, las garras de las gallinas rascan la cima del tejado, los niños aguzan la vista, entre las gallinas está el gato al acecho, el aro metálico vuelca hacia un lado, cae sobre el empedrado y suena, en el establo las cadenas de las vacas dejan de sonar. Con un ojo, un hombre hace una seña al otro. Entonces, las gallinas revolotean de nuevo y se alejan del tejado, la oruga reptante por el cristal, el vapor sube, blanco y espeso, hasta los ojos de los hombres.

He aquí el cordero de Dios, había dicho el cura, he aquí el que quita. He aquí el cordero de Dios, había repetido, he aquí el que quita los pecados. Y por tercera vez había dicho: he aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. El monaguillo había alzado de la alfombra la campanilla con cuidado de que no sonase; con gesto rápido, había doblado la mano por la muñeca hacia atrás tres veces y tres veces la había doblado hacia adelante con la campanilla; tres veces el golpe de los badajos había marcado el tiempo. Una vez hecho esto, el monaguillo no había dejado la campanilla en el suelo; con cuidado —los dedos de la otra mano rodeaban los badajos de la campanilla para que no sonasen— se había mantenido erguido hasta que el cura había flexionado la rodilla; pero, en el momento en que el cura había flexionado la rodilla, el monaguillo había sonado la campanilla por cuarta vez. Entonces, otra vez había dejado con cuidado la campanilla sobre la alfombra y había girado la cabeza hacia el otro monaguillo, que estaba arrodillado a su izquierda en el primer escalón: entonces, como un solo hombre, los dos se habían retirado del escalón; como un solo hombre, se habían levantado de la alfombra y, con las manos juntas rozando el mentón,

habían avanzado el uno hacia el otro hasta encontrarse. Se habían vuelto totalmente hacia el altar y, ante el altar, habían hecho una genuflexión. Después de haber hecho esto, habían dirigido su mirada hacia arriba, hacia la cúpula, y hacia abajo, hacia los feligreses, y luego, en diagonal, como una tijera que se abre, habían dirigido sus pasos hacia la izquierda y hacia la derecha hasta llegar a los reclinatorios. Y mientras los monaguillos, el uno al encuentro del otro, habían trazado, como con brazos de compás, las semicircunferencias para juntar las partes móviles de los bancos, las habían cerrado y así habían alzado una barrera en la zona del altar, muchos feligreses, con los brazos cruzados sobre el pecho y las cabezas mirando al suelo, también se habían acercado desde las naves de la iglesia hacia adelante; a todo esto, el cura, con el cáliz y la patena y mirando de reojo la alfombra por precaución, había bajado los escalones y, caminando por el suelo de piedra, se había acercado a los feligreses. Los diligentes monaguillos habían extendido sobre el banco los paños bordados y con adornos de ganchillo, la negra hilera de feligreses se había arrodillado, el cura, caminando de lado —avanzaba una pierna y después le juntaba la otra—, había depositado los pedacitos de pan sobre las lenguas de los feligreses. Después había ocurrido lo siguiente: los feligreses —sus cabezas inclinadas, sus gargantas tragando— habían vuelto a las naves de la iglesia, los monaguillos habían retirado los paños de los bancos; luego, trazando las semicircunferencias en sentido opuesto, los monaguillos habían abierto de nuevo las barreras, también el cura había regresado al altar con sus utensilios; en el altar, había limpiado el cáliz con el paño y lo había guardado en el sagrario. Sin embargo, después de esto había ocurrido lo siguiente: los feligreses dispersados habían ocupado, con toda calma, los espacios vacíos de los bancos; las lenguas arqueadas habían lamido los restos de pan adheridos en los paladares; con las manos juntas, los monaguillos se habían apresurado a seguir al cura hasta el altar; entonces, como un solo hombre, habían hecho una genuflexión en la mitad de los escalones; separados y con las manos juntas rozando el mentón, se habían dirigido hacia sus respectivos puestos: uno había ido hacia la derecha, hacia la hornacina del muro; el otro, hacia la izquierda, hacia su sitio en el escalón inferior. Pero después de esto —y no miento—, había ocurrido lo siguiente: el monaguillo de la derecha había tomado de la hornacina las vinajeras del agua y el vino, desde su lado había subido rápidamente los escalones y había vertido el agua y el vino para lavar el cáliz y los dedos del cura. Inmediatamente después, el monaguillo de la izquierda había subido los escalones para coger el libro y, con el mismo cuidado con que antes el cura había acercado el cáliz a los feligreses, el monaguillo había bajado en diagonal llevando el libro y el atril. Pero, después, había ocurrido lo siguiente: el monaguillo se había encontrado en el centro con el otro monaguillo que volvía de la hornacina de la pared con las manos vacías; ambos habían hecho una genuflexión, luego el de la derecha se había ido hacia la izquierda y, con el libro

en las manos, el de la izquierda había subido en diagonal hacia la derecha para dejar la carga sobre el altar. También él, con las manos vacías, había bajado inmediatamente en línea recta y, entonces, los dos monaguillos se habían recogido la vestidura y arrodillado. El cura —de ello no cabe duda— había ido hacia la derecha, hacia el libro y buscado el versículo del día: con la intención de decir algo, había vuelto al centro; *domnus vobiscu*, había dicho el cura a los feligreses; *etcuspiritutu*, habían respondido los monaguillos en nombre de los feligreses. Luego el cura había ido otra vez, ni más ni menos, que hacia la derecha, hacia el libro; allí había leído la última oración; había vuelto de nuevo al centro; ellos habían pronunciado de nuevo sus palabras, el cura había besado rápidamente el altar y, con los brazos abiertos, se había girado y despedido de los feligreses. El cura se había dado de nuevo la vuelta hacia el altar, de nuevo se había girado y con los brazos abiertos había dado la bendición a los monaguillos y a los feligreses. Luego todos se habían levantado, el monaguillo de la derecha había ido inmediatamente a por el libro, mientras tanto, el de la izquierda había ido hacia el centro; el monaguillo de la derecha había subido en diagonal hacia la izquierda llevando el libro, también el cura (qué había ocurrido) había ido hacia la izquierda y había dicho algo; a su izquierda, en el segundo escalón, el monaguillo le había respondido con una señal de asentimiento, había descendido, se había quedado de pie a la izquierda, también el sacerdote había permanecido de pie a la izquierda, en el lado derecho, solamente había permanecido el de la derecha, algo debía de haber ocurrido; con anterioridad, todos los feligreses se habían levantado de los bancos, durante unos instantes se había estado cribando arena y grava, habían hecho una última genuflexión todos a la vez, el cura había cerrado el libro y se había dirigido hacia el centro, el de la izquierda había ido a por el libro, el de la derecha, a por el birrete, los tres juntos —sus rostros hacia la cúpula y abajo, hacia los feligreses—, habían descendido del altar con paso ceremonioso, se habían girado; como un solo hombre, habían hecho bajo sus vestiduras una genuflexión, el de la derecha había alcanzado el birrete al cura, el cura se había cubierto la cabeza, de nuevo se habían vuelto hacia los feligreses, el de la derecha había tomado la delantera, casi pisándole los talones, lo había seguido el de la izquierda llevando el libro apoyado contra el pecho, el cura había salido tras ellos con una parte de los utensilios (dos en cada mano); sin embargo, no había ocurrido nada.

Je k smerti obsojen: desde mi sitio, comencé a leer el dialecto extranjero; úseme te krish na suoie rame: continuó mi hermano que estaba delante de la segunda estación; pade prauish pod krisham: continué yo; srezha svoie shalostno mater: continuó él; pomagh krish nositi: continué yo; ¿poda petni pert?, continuó él; ¿pade drugesh pod krisham?, pregunté; ¿troshta te Jesusalemske shne?, me preguntó él; pade trekish pod krisham: había proseguido yo; je do nasiga sliezhen

inu jeno so te grenki shauz piti dali: había proseguido él; po na krish perbit: continué yo; je pouishan inu umerie na krishu: continuó él; je od krisha dou uset in una roke Marie poloshen: continué yo; bo u grob poloshen, dijo él leyendo hasta el final. ¿Has oído eso?, pregunté yo. Ahora ya ha pasado, dijo él. Lo he oído, dije yo. No llegan hasta aquí, dijo él. Se reservan para las ciudades más grandes. Lo he oído, dije yo.

¿Qué?, pregunta mi padre. El ómnibus, digo yo. A las diez en punto, dice mi padre.

La ordenada salida de la iglesia

Los feligreses empujan hacia la salida. Sin embargo, solo una hoja de la puerta está abierta. Entonces, ¿cómo podrán salir los feligreses ordenadamente? Además, a ambos lados de las puertas hay una pila de piedra. Los feligreses no saldrán sin haber mojado los dedos en el agua de las pilas. Los feligreses empujan hacia la salida. Ahora uno de los feligreses se inclina hacia la hoja de la puerta que está cerrada, pero, como los otros empujan, el hombre queda tan pegado a la puerta que no hay espacio para que su brazo y su mano puedan tirar del cerrojo vertical de la puerta y sacarlo de la ranura del suelo. Como los feligreses empujan, finalmente el hombre se ve obligado a salir a la calle por la mitad abierta de la puerta. Los feligreses empujan hacia la salida. Los brazos de los feligreses se extienden hacia las pilas: los brazos de las mujeres hacia la pila de la derecha; los brazos de los hombres, hacia la de la izquierda. ¿Cómo podrá el que está en medio de la feligresía mojar los dedos de la mano en el agua? Este ni puede pasar su mano por encima de los hombros y las cabezas de los hombres y así alcanzar la pila de un lado ni puede alcanzar la pila del otro lado pasando la mano por encima de los cabellos encrespados de las mujeres. Por culpa de los apretujones de los feligreses tiene los brazos pegados al cuerpo. Entre las pisadas y el pataleo de los feligreses, no parece que sea él quien con sus pies intenta avanzar, sino que parece transportado por el mismo sitio en el que se halla. Sin embargo, otro que allí delante hace fuerza con la rodilla contra la hoja cerrada de la puerta conseguirá sacar el hierro de la ranura del suelo. Pero las hojas de la puerta se abren hacia adentro. ¿De qué sirve, entonces, sacar el cerrojo de la ranura del suelo si los feligreses, que empujan hacia adelante, impiden abrir la hoja de la puerta? A todo esto, alguien quizás quiere entrar en la iglesia. Con la cara y el cuello en la abertura de la puerta, se espera fuera, delante de la hoja cerrada, y presiona inútilmente los hombros contra la multitud de feligreses estrujados al otro lado de la puerta. Cuando consigue poner también el pie en el umbral, los feligreses le empujan hacia atrás rodilla y hombros. Aunque podría sencillamente gritar lo que tiene que decir al que está en medio de los feligreses, tiene en cuenta que se halla en un lugar sagrado y calla; se limita, entre jadeos, a morderse los labios con los dientes. Los feligreses empujan hacia la salida. Pero aunque los feligreses empujan hacia la salida, muchas veces no se mueven de sitio; unos pocos, apretujados contra la hoja cerrada por los que vienen detrás, empujan desde el lado hacia la puerta abierta y obstruyen la salida de los otros; también los que mojan la mano en la pila, al quedarse quietos, obligan al grupo de feligreses que viene detrás a detenerse. Pero así, ¿cómo podrá el que está afuera y quiere entrar dar a tiempo su noticia al otro, al que está en medio de los feligreses? ¿Cómo podrá el que está en medio de los feligreses alzar los brazos y hacer señas para que el otro lo vea? Los feligreses no paran de empujar sin

moverse de sitio, un enjambre de moscas en el ojo de un caballo. Mientras tanto, otro también ha conseguido abrir un poco más la hoja de la puerta hacia el interior de la iglesia. Ahora desde afuera tendría que venir un montón de gente que con sus hombros y sus manos empujara totalmente la puerta hacia adentro. Sin embargo, afuera solo hay una persona empujando la hoja de la puerta. Las blancas mangas de las camisas que se estiran hacia la pila forman una red que obstruye la salida. Atrás, los feligreses comienzan a murmurar contra el hombre que quiere salir a destiempo; delante, los feligreses comienzan a murmurar contra el hombre que quiere entrar a destiempo. El ómnibus ha llegado a las diez en punto. Con el clamoreo de las campanas el hombre que está en medio de los feligreses no ha oído cómo el coche partía. Pongamos que la parada que hace delante del cine dure tantos minutos. Mientras tanto, los pasajeros ya habrán bajado. Uno que los vea bajar, si corre, necesita para llegar a la iglesia tantos minutos. ¿Podrá este hombre que ahora empuja inútilmente hacia adentro comunicar a tiempo lo que ha visto? Los feligreses empujan hacia la salida. Al hombre que está en medio de los feligreses se le llenan de sudor las cuencas de los ojos; los dedos de una mano ajena mojan ahora sus dedos, el hombre arranca su propia mano de la aglomeración y se moja la frente; se pasa la mano por la frente y por el cabello y la deja sobre la cabeza: ahora bastaría una seña para hacerse notar. Una mujer que está a su lado le ha mojado los dedos. ¿Quién es esa mujer que está al lado del ciego? ¿Conseguirá él con la ayuda de esta mujer salir fuera a tiempo? Como no puede volver a bajar el brazo, lo deja extendido por encima del hombro. Siente que la piel de la espalda se le enfría; entre los empujones de los feligreses, nota bajo la piel fría las contracciones de la ardiente carne desnuda; de repente, las piernas se doblan por el peso del cuerpo; empieza a sentir un escozor intenso en las cavidades de las rodillas y de los pies; las puertas, piensa para sus adentros, deben poder abrirse hacia afuera por si hay un incendio; pero también pueden darse otros casos. Encoge la nuca y empuja hacia la salida. Los feligreses empujan hacia la salida. ¿Conseguirán los feligreses salir afuera antes de que...?

Al cruzar la puerta, tropiezo. Ella levanta mi bastón del empedrado. Se lo da al padre. Mi padre me lo alcanza. Le doy las gracias. Él dice algo sobre el sermón del cura. Sí, pero, le dice uno que va su lado para que lo tome en consideración. Por supuesto, dice él aprobatoriamente. Charlando bajamos los escalones y pasamos de la sombra del alero al sol.

La matanza del cerdo

« Ahora sumergen el cerdo en la cuba, su cuerpo da vueltas en el agua hirviente. Después, con un cuchillo raspan las cerdas de la piel escaldada. Restriegan la hoja del cuchillo contra el borde de la cuba para que quede limpio de cerdas y de la grasienta suciedad que se ha adherido.»

El pregon de las ordenanzas en la plaza del pueblo

El hombre que desde la acera comunica las ordenanzas de la administración a la muchedumbre que continúa afluendo por el callejón de la iglesia tiene el dedo pulgar en el doblez de la hoja y el resto de dedos debajo de ella. Subido al zócalo, con un codo arrimado a la esquina de la casa, ha doblado un poco la rodilla y tiene el talón puesto detrás; el pulgar de la mano izquierda lo tiene enganchado en el último ojal de la chaqueta. Es un hombre todavía joven. Desde la piedra, que es su sitio habitual, puede ver la calle por encima de las caras que lo miran llenas de curiosidad, así como también aquellos anchos márgenes a ambos lados de la calle que todavía están pringosos por la lluvia de anoche y en los que los niños y adolescentes que pasan escriben al dictado lo que él dice en la chapa y los cristales de los coches aparcados.

«Últimamente se ha observado que, durante el día, niños y adolescentes no tienen ningún tipo de vigilancia. Andan sueltos por el pueblo y, a menudo, cometen desmanes. Pintarrajean y escriben palabras con tiza en la pared del cine.» Al levantar la vista, por encima de las caras que lo miran y detrás de los niños y adolescentes que se han dado la vuelta hacia él y también lo están mirando, el hombre ve la pared ennegrecida del cine con los reflejos de las relucientes vitrinas de las carteleras y, delante del edificio, ve la placa amarilla de la parada del ómnibus salpicada de barro y a seco.

«Hay una bicicleta apoyada contra el poste de la parada; la bicicleta es blanca y roja y está salpicada de barro seco, el cuadro es rojo y tiene pintada una flecha blanca, está bastante oxidada, es una bicicleta de marchas con el cable de los frenos roto, el guardabarros no tiene piloto, al timbre le falta la tapa, el sillín está gastado», al pasar, uno de los niños da un puñetazo al sillín.

Oye el ladrido suave de los perros que están encerrados en los coches. «Durante la celebración de la misa, algunos propietarios de perros tienen la desatinada costumbre de dejarlos encerrados en los coches; los perros, entonces, saltan contra los cristales y perturban con sus lamentos la calma dominical o se esconden bajo los asientos para que no les dé el sol y gimen y aúllan y molestan a muchos vecinos.» Después, cuando abren la puerta, el coche huele a agua podrida; la lengua seca y callada del perro lame las manos que lo tranquilizan y los ojos del animal están inyectados de sangre. Ahora, para ventilar el coche, dejan que el perro salga un poco. El perro se arrastra alrededor del coche buscando la sombra y, cuando la encuentra, se echa al suelo. Al cabo de un rato empieza a respirar con la lengua fuera. A pesar de que ahora las puertas del coche están abiertas, dentro sigue oliendo a líquido descompuesto; el propietario del perro y la mujer del propietario del perro abren y cierran las puertas del coche para airearlo. El cuero del asiento trasero quema los dedos que lo palpan y de ello deducen que el coche es de un color oscuro. El perro se arrastra por

encima de los zapatos de los que ya están sentados y se acomoda otra vez en su sitio.

« Se avisa sobre esto.»

El hombre aparta la mirada de las caras que lo observan llenas de curiosidad, se pasa la hoja de la mano derecha a la izquierda y pone el talón del otro pie detrás. Luego lee la última ordenanza, la que está escrita en el pliegue del papel y que, hasta hace poco, quedaba parcialmente tapada por el dedo pulgar.

A estas alturas se ve interrumpido por un silbido.

Un silbido perturba la reunión.

El único de los presentes que ha mirado en la dirección de donde proviene el silbido es él, todos los demás lo han mirado a él. También los que están en los coches han bajado las ventanillas y lo han mirado; incluso los de las últimas filas han parado de murmurar y lo han mirado con curiosidad; igual han hecho aquellos que ya se han dispersado y van camino de casa: al interrumpirse la lectura han vuelto sus cabezas hacia él. ¿A quién han llamado? ¿A quién se le ha comunicado algo? ¿A quién de los allí reunidos va dirigido este silbido?

El que camina, se detiene. El que está quieto en su sitio, se aparta para poder ver al que ha silbado. El que no puede ver el cine porque la multitud de gente se lo impide, pregunta a los que tiene delante quién ha silbado. Solamente el hombre subido al zócalo ha mirado en la dirección del silbido, pero, como su retina aún guarda la imagen de la huella de su pulgar, no puede saber quién ha silbado. El que no ve nada depende de los comentarios de los otros. Sentado en el coche, se inclina hacia adelante y presta atención a las preguntas y murmullos. Por fin, el que ha sido llamado contesta con el mismo tipo de silbido. Desde el otro lado de la calle, el que ha silbado primero explica gritando el motivo de su silbido. Ya voy, grita el que ha sido silbado. El mundo sigue su curso. La gente vuelve a agruparse; las caras vuelven a mirar al hombre que está sobre la acera y que con los dedos busca en el papel las palabras. Lee: « En lo sucesivo quedan prohibidas todo este tipo de alteraciones ».

Dobla el papel sobre la rodilla y con los dedos se sacude la cal de la espalda. Entonces, la muchedumbre se pone en movimiento y se forman filas. Un goteo de gente avanza hacia los márgenes vacíos, oscurecidos por las pisadas, que bordean ambos lados de la calle. Las ventanillas de los coches suben y reflejan las caras de los ocupantes, los motores trituran los aullidos del perro, su aliento calienta la pantorrilla del que está sentado. El propietario del coche, la mujer del propietario que va sentada a su lado y los tres ocupantes del asiento trasero (los primeros se han ofrecido a llevarlos), una vez que el coche ha arrancado súbitamente y se ha puesto en camino, se separan de los huecos de sus respaldos y vuelven a inclinarse hacia adelante.

El relato de la hermana

Mi hermana dijo que yo quedé ciego aquel día de noviembre. Dos miembros de las fuerzas armadas me habían recogido en alguna parte y, cruzando las nieves altas y profundas, me habían traído en un coche militar hasta el pueblo. Ya era entrada la tarde. A través de la ventana, mientras ella estaba ante sus espejos, las luces de los faros del coche, que avanzaba lentamente dando sacudidas, habían descrito un círculo en el techo de la habitación siguiendo el ritmo del movimiento del coche.

El hombre del petate

Hans debe de haber perdido este ómnibus. Antes de llegar a la plaza debe de haber visto cómo el ómnibus se iba. Se habrá quedado quieto y habrá contemplado la partida del coche. No habrá echado a correr. Ni siquiera debe de haber contemplado la partida del coche. Debe de haber andado por la ciudad con la cabeza gacha, las puntas de los zapatos persiguiendo su propia sombra. Conoce esta ciudad. Ha estado aquí muchas veces. No debe de haber olvidado las calles de esta ciudad. Tampoco la salida de la ciudad. Va por la ciudad sin preguntar a nadie por el camino. Debe de haber recorrido la ciudad sin hablar con nadie: la cabeza descubierta, el petate de marinero golpeándole la cadera. Si no había pasado de la hora, habrá esperado el coche del lechero a la salida de la ciudad o, incluso más lejos, al lado de la carretera con el brazo apoyado en el puesto de recogida de la leche. Conoce al conductor de hace tiempo, solía ir a la escuela sentado entre las lecheras, la cartera del colegio —si la descripción no miente— le hacía de cojín. Como de eso ya hace mucho tiempo, el conductor seguramente no lo habrá reconocido, de todos modos, se habrá detenido para recoger las lecheras y cargarlas al coche. El ayudante del conductor habrá ayudado al conductor; el hombre del petate habrá mirado cómo los otros dos hacen su trabajo. El hombre no conoce al ayudante; tampoco el ayudante conoce al hombre que tiene el pie en el último listón del puesto de la leche y mira, en silencio, cómo ellos cogen las lecheras —a veces se oye la leche que choca contra las paredes del recipiente—, las inclinan sobre el borde y las hacen rodar por la rampa del coche. El conductor debe de haber cerrado otra vez el panel trasero del coche; al mismo tiempo, el ayudante del conductor debe de haber cogido las lecheras vacías que estaban en el suelo y, pasándolas por encima de la rodilla, debe de haberlas colocado en el puesto de recogida; mientras tanto, el hombre del petate habrá recorrido con la mirada todo el proceso y permanecido en silencio todo el tiempo. El conductor sube a la cabina, el ayudante sube por el otro lado. Mientras el ayudante se limpia los dedos sucios de leche en el pantalón, el conductor saca los brazos de la chaqueta, pero no la cuelga en el gancho que tiene detrás, sino que, cuando la chaqueta suelta le cae por la espalda, él se apoya contra el respaldo y el bulto de tela queda atrapado en la parte inferior de su espalda. Esto se lo hemos visto hacer muchas veces. Habrá sido entonces, cuando con el brazo ha dado un toque al ayudante; el ayudante debe de haber mirado al conductor; el conductor, sin mirar al hombre de afuera, debe de haber arqueado solo una de las cejas; entonces el ayudante debe de haber mirado hacia el hombre de afuera. Así pues, el ayudante se limita a decir al hombre: ¡eh! El hombre ha movido la barbilla y ha sonreído. Se habrá acercado al coche, el ayudante debe de haberle abierto la puerta, el hombre debe de haber subido, debe de haber colocado el petate entre las rodillas. Así

pues, si no había pasado de la hora, el hombre debe de haber viajado en el coche del lechero. Ha estado sentado en silencio al lado de los dos; dando cabezadas incluso debe de haber dormido. Por la mañana, la cabina del coche todavía no debe de haber hervido de calor como ahora. El coche habrá ido parando en cada puesto; el conductor y su ayudante deben de haber colocado las lecheras; la gente que pasaba por delante de la cabina abierta de par en par se habrá fijado en el hombre sentado derecho. Tenía el cordel del petate bien sujeto entre sus puños. También la expresión de su cara era cerrada.

El perro

Ahora quieto, refunfuña la mujer del propietario. ¿Te quedarás quieto?, pregunta. ¿Y ahora te quedarás quieto de una vez?, dice formulando la pregunta más claramente. ¿Te quedas quieto de una vez?, pregunta irritada. Quietos, por favor, le ruega. Quietos.

El hombre del petate

Más tarde, dentro del coche debe de haber hecho calor. Bajo la mano del conductor, la negra cabeza del cambio de marchas « habrá vibrado como las alas de un insecto ». El ayudante ha encendido un cigarrillo con el espejo ustorio; después, con este cigarrillo ha encendido otro cigarrillo y lo ha colocado en los labios del conductor. El humo debe de haber despertado al hombre que dormía y, si no dormía, igualmente le habrá hecho levantar la cabeza. El hombre habrá pedido que paren el coche. Luego, sin dar las gracias, habrá descendido de la cabina. Todo esto debe de haber ocurrido todavía en la carretera, más o menos a la altura de un desvío. Mientras nosotros estábamos en la iglesia, él ya debe de haber tomado este desvío y seguido por el desfiladero que bordea el arroyo. Mientras nosotros nos bajamos aquí y aún estamos hablando con el propietario y su mujer, él habrá recorrido todo el camino del desfiladero. Mientras nosotros subimos por el camino de la finca, él ya debe de haber llegado a la otra calle. Y ahora, cuando, a la entrada del patio, unos ruidos nos hagan volver la cabeza, él, jadeando, ya habrá subido por el camino detrás de nosotros y moviendo enérgicamente el petate sobre su cabeza habrá gritado mi nombre.

Pero los domingos no circulan camiones.

La muerte de la madre

Dijo mi hermana que, cuando murió la madre, había visto a la enferma allí arriba, sentada en el sillón. La mujer miraba fijamente a través de la balastrada de madera tallada hacia el patio. Se había inclinado hacia adelante tanto como había podido y, con el cuello estirado y la frente apoyada en la mano, la espía, o eso parecía, por entre los abombados barrotes. Detrás de la mujer, la muchacha había visto a un niño que corría. Según ella, ese niño era yo. No lo recuerdo, dije yo. Claro que lo recuerdas, dijo mi hermana. Yo te vi correr, dijo ella; cuando yo escapé, ella vio que por entre las hendiduras del entablado caían tallos de paja y granos de maíz; con los pasos, las tablas de la galería crujieron. Ella colgó la cesta de la pared del establo y desde allí llamó a la mujer. Mi hermana fue hasta allí y me reprodujo los gestos que había hecho y cómo había llamado a la madre. La enferma no reaccionó: sin levantar la cabeza de la mano, miraba ávidamente hacia el patio por entre los barrotes; desde abajo, aunque se puso de puntillas, la muchacha solo consiguió ver la mano y los ojos vigilantes de la enferma. Cuando las gallinas, cacareando y sacudiendo sus gorgueras, se lanzaron desde el cobertizo abajo, mi hermana corrió entre ellas y entró en casa. En el pasillo perdió un zapato; volvió a saltos sobre sus pasos y, sin detenerse, cogió el zapato y se lo puso en el pie. Subió las escaleras corriendo, dijo ella. Pero como cayó de rodillas no pudo oír que encima de ella, en la galería, el sillón se volcaba; tampoco pudo oír el otro ruido, el zurrido anterior a que el sillón volcara. Entonces, no miró a la mujer que estaba tendida, dijo ella, sino que primero colocó bien el sillón tumbado y, con cuidado, apiló las mantas en su interior. Me mostró cómo había levantado el sillón. No me acuerdo, dije yo. La madre estaba arrodillada en el entablado; había apretado la cara contra un agujero de la madera. Ahora, por lo que parecía, espía a las gallinas de abajo a través del suelo de la galería. Había introducido las puntas de los dedos en dos hendiduras situadas a ambos lados de una de las tablas e intentaba con todas sus fuerzas arrancar la tabla de las vigas, dijo mi hermana, y, mientras sacudía bruscamente la cabeza, su frente huesuda golpeaba el suelo. La muchacha estaba de pie y miraba hacia otra parte, alisaba y acariciaba las mantas del sillón. Al principio, no vio que la mujer estaba vomitando, dijo mi hermana; ella no se movía del sitio; yo miraba a la mujer que, encogida en el suelo, vomitaba a través del agujero de la madera sobre las gallinas del patio. Mi hermana reprodujo los movimientos que la mujer hacía al vomitar. No cayó de espaldas, dijo, sino que tal como estaba, agachada y eructando, de golpe, las piernas se le desplomaron; la mujer acercó la oreja al agujero de la madera y, con la cara visible, se quedó escuchando el cloqueo y las protestas de las gallinas. Los ojos se le saltaban de la cara, por la mejilla resbalaban los restos de la comida vomitada. De reojo miraba el cuadernillo de la novela que tenía a su lado; a su lado, no, dije

yo: al lado de su cuerpo. ¿Qué pasó?, dijo mi hermana. Habla. ¿Qué pasó? Yo no me acordaba de nada: ni de las ristras de cebollas que, para que se secaran, colgaban encima de la madre y que aún se balanceaban lentamente por el golpe de aire; ni de las preguntas de la muchacha que se inclinó hacia la madre y le separó los dedos de las hendiduras del entablado. Las cebollas todavía se movían como consecuencia del golpe que había dado el sillón al caer, dijo mi hermana. Las sombras apenas habían avanzado. Ella saltó de la cerca en la que estaba sentada contándome lo ocurrido y me representó cómo había arrancado las manos de la mujer de entre las tablas: así, dijo, y se irguió, el cabello le caía sobre la cara. Me miró por entre los mechones. Yo me quedé sentado en el listón más alto de la cerca y apoyé el brazo sobre la estaca; encogí los hombros y, confuso, alcé la mirada hacia la galería varias veces. No sé, dije. ¿Pero qué tiene que ver este suceso con la historia?

«Gregor Benedikt es un mentiroso.»

La pintada en la pared

A aquel cuyo nombre está escrito en la pared se le acusa de alguna falta, alguna acción vergonzosa o de alguna mala costumbre. Su nombre en letras grandes está escrito con tiza en la pared. Como el granulado del mortero se come la tiza, el que escribe, que solamente tiene un trozo, tendrá que ser ahorrativo con el material; esta no es la única pared en la que quiere escribir. Cuando escriba, los talones y las plantas de los pies se levantarán del suelo y tendrá el brazo tan estirado por encima de la cabeza que los dedos le comenzarán a temblar; sin embargo, a medida que escriba y las articulaciones de los pies le empiecen a doler, la línea irá curvándose y bajando. Si la pared es de un color claro, el que escribe no utilizará la tiza blanca; en este caso, el nombre del acusado se escribirá en azul o en rojo, para que resalte. Quien en pleno día se ha paseado por el pueblo empujando una bicicleta y, descaradamente, lo niega, es acusado de mentiroso. Su nombre luce en la pared del cine. No obstante, alguien que niega algo no tiene por qué estar mintiendo: sencillamente no está conforme con lo que los otros le imputan. Puede incluso estar convencido de que dice la verdad y los otros pueden estar convencidos de que escriben mentiras en la pared: pero como él, cuando ha sido interrogado, ha negado la pregunta es acusado de mentiroso y su nombre luce en la pared del cine. Con todo, no bastará con escribir la denuncia en la pared, porque en esta pared hay demasiadas pintadas de otros tiempos como para que quienes pasen por delante se fijen en la inscripción nueva y la lean. Por eso, el nombre de aquel que es acusado de una falta figurará también en los graneros. Primero se arrancarán de las tablas los carteles de las elecciones y los llamamientos para las buenas causas y, así, quedará sitio para las pintadas. Por lo general, las tablas de los graneros serán negras, por lo tanto, lo adecuado será utilizar tiza blanca; si se teme que borren la pintada con un trapo, entonces se irá de noche, a escondidas, cuando cae la niebla, con una escalera o se elegirá para escribir la tiza de sastrería, que es más duradera, o incluso yeso. Las vetas de las tablas orientan la dirección de los trazos, por este motivo, para las inscripciones se elegirán las tablas que tengan las vetas derechas. El nombre del sospechoso escrito en color blanco lucirá sobre las tablas alquitranadas del granero; en el polvo del terreno sobre el que descansa el granero se advertirán las huellas de los dedos de los pies o, en otro caso, el viento de la noche borrará las marcas de los dedos y los hoyos inclinados de la escalera. Los que pasen por allí delante leerán en voz alta las pintadas de las tablas del granero al acusado cuando este, después de una salida, por ejemplo, se asome tranquilamente a la ventana abierta y piense en su situación. Después de la larga caminata, tendrá las piernas estiradas sobre el desagüe y podrá oír lo que leen; seguramente no se preocupará demasiado.

La palabra «suceder»

Algo sucede. Para que algo suceda, algún suceso tiene que modificarse o algo que hasta el momento estaba inmóvil tiene que moverse. Si algo continúa estando quieto, entonces no sucede nada; o bien se pondrá en movimiento por sí solo o, desde fuera, algo lo pondrá en movimiento: entonces habrá sucedido algo. El movimiento no tiene por qué ser visto por nadie; no tiene por qué ser oído por nadie. También el pensamiento es un movimiento por muy invisible que sea: cuando surge un pensamiento, sucede algo. También la aparición del dolor es un movimiento; aparece en el cuerpo que alguien mira sin que el que mira lo note; sucede algo, porque algo del cuerpo que hasta el momento estaba quieto, se ha movido. Cuando algo comienza, sucede algo; cuando algo se modifica, sucede algo; también sucede algo que termina. Pero cuando algo sigue siempre igual, sea porque continúa inmóvil o porque continúa moviéndose, cuando no se modifica ni por sí solo ni es modificado por otro, entonces no sucede nada; cuando algo, aunque se mueva, sigue su curso natural sin jamás modificarse, entonces no sucede nada. En el desagüe del que siempre emana el mal olor de la leche y del agua podrida no sucede ni ha sucedido nada, pero algo sucede a aquel que, cuando se inclina, de repente nota que absorbe toda la fetidez.

Lo que mientras tanto sucedió:

La llave

Que no se lo malinterpretara, comenzó diciendo mi padre ante la entrada de la casa, con las manos bajo la chaqueta apoyadas en la cadera, a la mujer que tenía a su lado; que no se lo malinterpretara, decía mientras entornaba los ojos y miraba hacia el camino, que él no sospechaba de nadie que hubiese sustraído la llave, que lo único que quería, dijo él, utilizando otras palabras, era averiguar el lugar donde se había perdido la llave para poder salir de aquella situación de una vez por todas. Lo que ya había sucedido, dijo la mujer, ya no se podía cambiar. Quizás estaba en algún lugar del camino, observó mi padre sin hacer caso a la objeción de ella. No se sabía nunca, añadió indiferente mientras echaba una mirada a las gallinas. En la iglesia, dijo la mujer, la llave todavía estaba en el bolso. Seguramente la habría perdido en el coche, le dijo mi padre para ayudarla. En el coche, respondió ella, no había tenido el bolso en la mano. Así pues, tenía que haber sido en el pueblo, reflexionó mi padre para sí mismo. En el pueblo seguro que la llave todavía estaba dentro del bolso, le dijo ella disuasoria. ¿Estaba segura de esto?, inquirió mi padre. Que lo estaba, respondió la mujer sin vacilar; cuando ella, así lo contó, había querido sacar algo del bolso, la llave había ido a parar entre sus dedos. ¿Pero qué había sacado ella del bolso? La carta, respondió ella, y añadió que la había entregado a mi hermana. ¿Podría decirle dónde había sucedido todo eso?, preguntó mi padre animándola a que continuara. En la iglesia, recordó la mujer: mientras los feligreses empujaban hacia la salida. De modo que allí la llave estaba todavía dentro del bolso, añadió mi padre. Eso es lo que había dicho, dijo la mujer. Esa llave tenía que estar en algún sitio, se desfogó mi padre, no podía ser que la tierra se la hubiera tragado. En eso podría ser que llevara razón, dijo la mujer, pero de todos modos todavía teníamos la llave de él. De acuerdo, ironizó mi padre, ante todo había que dar la razón a quien la tuviera, pero igualmente deseaba saber dónde se había perdido la llave, porque él no hablaba por hablar. La mujer dijo que él tenía la llave en la chaqueta. Mi padre protestó diciendo que ella se lo estaba tomando demasiado a la ligera. Sí, admitió ella. De repente, él dijo que creía saber algo. Pero no, dijo después desechando la idea, con eso no iba a ninguna parte. ¡Un momento!, exclamó de pronto: ¿estaba segura de que en el coche no había tocado el bolso para nada? Que no lo había tocado, dije yo poniéndome de parte de la mujer. Mi madre me ordenó que me estuviese tranquilo, ¡solo faltaba eso! Que hiciera el favor de darse prisa, dijo la mujer, que así ella podría ir preparando la comida. ¡No estaba para bromas, él!, dijo mi padre acalorado: ¡que ella no había tocado para nada la cartera!, ¡que no habíamos tocado la cartera para nada! Y se indignó: ¡Esta sería la última vez que las cosas se hacían de aquella manera! ¡Todavía no lo conocíamos!, nos previno. ¡Por lo visto todavía no sabíamos con quién nos la teníamos!

A fe mía que el hombre se hinchó de cólera ante sus hijos con estas palabras: ¡no olvidáramos el día de hoy tan pronto!, dijo. Y continuó con su invectiva: con el perdón de la palabra, pero si de él dependiese, ¡las cosas nos irían de otra manera! ¿Cómo teníamos la osadía de presentarnos ante sus ojos?, dijo encolerizado. ¡Ya nos arrepentiríamos!, continuó atizando el fuego. ¡Maldita chusma!, dijo vilipendiando su propio nombre. ¡Sinvergüenzas! ¡Que desapareciéramos de su vista inmediatamente!, ordenó. ¿O es que no sabíamos qué éramos?, preguntó. ¡Unos miserables y unos malvados!, se respondió a sí mismo: ¡un hatajo de gandules, bandidos y salteadores de caminos! ¡El diablo en persona, éramos! Y contradiciéndose a sí mismo nos dijo: ¡degenerados, bastardos! ¡Ya nos arreglaría él! Y nos anunció que no quedaría piedra sobre piedra.

Sin embargo, se lo repensó, con largas retahílas de palabras calmó su cólera y se tranquilizó. Después, giró sobre sus talones y metió la llave en la puerta; y, antes de entrar, aunque llevaba los zapatos limpios, no paró de restregarlos contra la rejilla de la puerta para quitarse la más grande de las inmundicias. Nos miró desde arriba con la cabeza ladeada y el rostro oscurecido por la cólera. Cuando entró, los hijos siguieron oyendo el acalorado gruñido de su interminable imprecación que reverberaba y se extendía a lo largo del pasillo. Callados, entramos en la casa tras el padre.

El desagüe

En este rincón de la habitación donde ahora está el armario, el suelo es de cemento; antes había una máquina desnatadora de leche; del centro del techo, donde ahora ya solo asoman las negras hilachas de los cables, colgaba aquella lámpara de pantalla bajo la cual, de día, las moscas daban vueltas: pero en la mitad del ancho alféizar de la ventana, donde ahora hiede el desagüe, antes también hedían las moscas aplastadas y los restos de leche podrida del desagüe; en la mesa de la cocina, después de comer, si la lengua lamía los dedos todavía notaba el sabor de las alas y las vísceras de las moscas, y era un sabor como el de la costra quemada del pan. Tres veces por semana se realizaba el desnatado de la leche. Cuando la máquina estaba inactiva, se pudrían los restos de leche y nata que habían quedado en su interior y en los recipientes colocados sobre el cemento. Antes de volver a poner la máquina en marcha, los restos se limpiaban con agua caliente, pero, por lo general, se habían endurecido tanto que era necesario raspar la chapa con un cuchillo; los restos despegados se recogían en el cubo de aquí y se vertían en el desagüe. Yo me senté delante, en la silla, o coloqué el taburete contra la pared, me puse de pie sobre el taburete y aspiré el olor; mi boca estaba abierta; las aletas de la nariz no se movían; mi respiración era plana, como si hubiese estado corriendo; las sombras de la cara, me dijo, desaparecieron. En una cara contorsionada habrían resaltado las sombras, las mejillas se habrían hinchado, los labios se habrían encogido. Esa era la expresión habitual del asco, dijo mi hermano. Él estaba de pie bajo la pantalla; las moscas daban vueltas a su alrededor; las cabezas de las moscas que al volar rozaban su piel, eran frías, según dijo él. ¿Por qué las moscas daban vueltas bajo la pantalla de la lámpara? ¿Por qué no se posaban en los recipientes de la leche o sobre la máquina, o aquí, debajo de mi cara, alrededor del agujero del desagüe? Mi hermano estaba de pie, inmóvil, con los dedos temblorosos; solo me hablaba su maliciosa boca; lentamente sus manos se alzaron resiguiendo su cuerpo. Sin hacer ruido, me giré, mi oído estaba atento a él: oí cómo su boca se abría, después, el puño golpeó la pantalla; con el golpe, la lámpara se balanceó, las pocas moscas que habían quedado continuaron dando vueltas y persiguiéndose unas a otras bajo el bamboleo de la pantalla que, poco a poco, disminuía. Él se me había acercado y estiraba el puño sobre el desagüe; oí cómo los dedos restregaban y trituraban algo; el brazo se alzó, rápido; todavía pude oír una mosca que zumbaba encerrada en su puño; mientras, él ya había ido donde estaba la máquina; mezcló lo que había atrapado junto con el resto podrido del suero de manteca de un recipiente y lo vertió en el desagüe. Huele, había dicho entonces: huele ahora. Yo me incliné y oí cómo el líquido fluía por la tubería. ¿Todavía no hueles nada?, preguntó, ¿todavía nada? No, dije, y solté el aire. Pero al mismo tiempo, debajo de mí, se produjo un silencio en la tubería; como después de

hablar respiré de nuevo, tragué junto con el aire —no podía cerrar la garganta— aquel torrente fétido que salió del desagüe igual que una llamarada y anuló toda apetencia. ¿Hueles ahora?, había preguntado mi hermano. ¿Hueles? No, había respondido yo con terquedad, no huelo nada, nada de nada, simplemente no huelo nada.

El avispero

« Con el ovillo de pasta de papel entre las mandíbulas, la avispa, poco a poco, de arriba abajo y en diagonal, ha avanzado su trabajo de construcción; colocada siempre sobre el borde del pedazo recién terminado, ha continuado tejiendo la cinta blanda y empapada de saliva. No obstante, a menudo el trabajo ha sido interrumpido y vuelto a reanudar porque las provisiones se han agotado muy rápidamente. En esos casos, ha sido necesario pelar con los dientes la madera de una rama reblandecida por la humedad del aire y descolorida por el sol que se halla cerca del granero; ha sido preciso arrancar las fibras, dividir las y anudarlas y transformadas en un fieltro maleable; entonces, con el ovillo recién hecho, se ha reemprendido el trabajo de construcción que se realiza encima de donde estamos nosotros. Hemos visto cómo la avispa encogía el abdomen y desaparecía en el hueco de su construcción. Cobarde, has dicho tú. Cobarde tú, he dicho yo a la contra. Mientras nos hablábamos así, el heno nos llegaba hasta las rodillas y continuamos abriéndonos paso mientras dirigíamos, boquiabiertos, nuestras ardientes miradas hacia las tejas del granero.»

Lo que sucedió más tarde:

Los dos fuimos al cobertizo, he dicho yo. Sacamos arrastrando la escalera que había en el cobertizo. Cruzamos el patio para volver al granero.

En el cobertizo yo me subí a la pila de leña y me arrastré siguiendo la pared, has dicho tú. Descolgué la escalera del gancho. Hice resbalar la escalera entre mis brazos para dártela a ti. Apoyé el extremo de la escalera contra la pila de leña. La escalera quedó de través.

Yo presioné las puntas de la escalera de mi extremo contra el suelo, he dicho yo. Tú bajaste de la pila de leña deslizándote por los peldaños de la escalera. Yo puse la escalera de canto y la arrastré por el cobertizo. Tú agarraste al vuelo el extremo posterior, te colocaste detrás de mí y cruzamos el patio transportando la escalera.

Atravesamos el patio y volvimos al granero con la escalera, has dicho tú. Tú apuntalaste la puerta con el pie y te saltaron a la cara las cascarillas de los granos hinchados que se habían incrustado en las grietas. Empujaste hacia atrás la escalera y a mí con ella.

Enseguida fuimos al granero, he dicho yo. Yo, que llevaba la escalera por el extremo más estrecho, fui directo hacia las tablas de la pared trasera. Sin hacer ruido, solté el extremo de la escalera.

Entonces, yo enderecé la escalera, has dicho tú. Poco a poco, pasando los brazos de un peldaño a otro, quedé bajo la escalera. A fuerza de estirar el tronco, se me salió la camisa de los pantalones. Tú separaste bien las piernas y apoyaste

los pies de costado contra las puntas de la escalera. Al igual que yo, levantaste la escalera y la pusiste vertical cerca de ti. Yo té pasé la escalera.

La colocamos contra la viga de debajo del techo, he dicho yo. Tú me alcanzaste el palo. Yo subí con el palo en la mano.

Al trepar, te miraste los zapatos, has dicho tú. Y me miraste a mí por entre las piernas que se flexionaban y estiraban. Te raspaste la suciedad de las suelas contra el canto de los peldaños.

Mientras subía, te miré por entre las piernas, he dicho yo. Abajo tú apretaste las rodillas y la frente contra la escalera. Volviste la cabeza y, cada vez a intervalos más cortos, mirabas hacia la puerta. La puerta del granero todavía estaba abierta.

Al llegar a la mitad de la escalera, te detuviste, has dicho tú. Al principio no podías darte la vuelta. El palo en una mano y la otra mano aferrada al peldaño, estuviste un buen rato allí, de pie, sin hacer nada. No sabías qué hacer.

Crucé los pies, he dicho yo. Rápidamente pasé el palo de la mano derecha a la izquierda, al mismo tiempo me giré y, con la mano libre, volví a agarrar, ahora por detrás de mí, el peldaño.

Continuaste subiendo la escalera de espaldas, has dicho tú. Cuando llegaste arriba, restregaste los talones contra un peldaño para quitarte los zapatos. Los dejaste caer y te quedaste en calcetines. Los dedos de los pies se agarraron al peldaño. Te reclinaste.

Me puse a horcajadas sobre la escalera, he dicho yo. La puerta del granero seguía abierta. Tú encogiste la cabeza entre los hombros.

Tú cogiste el palo con las dos manos y golpeaste. No le diste al avispero. El golpe solamente separó un poco una teja de la viga. Los dos nos agachamos y miramos a través de la puerta abierta hacia el patio.

Solo te agachaste tú, he dicho yo. Yo inmediatamente volví a golpear. Tampoco esta vez le di al avispero. Pero del golpe se desprendió de la teja.

Cayó volando, has dicho tú. Yo me puse de cuclillas sobre el peldaño más bajo. Nuestras cabezas siguieron la caída del avispero. Primero, los dos miramos hacia el techo. Después, poco a poco, fuimos bajando las cabezas. Finalmente, los dos dirigimos nuestras miradas hacia el suelo: tú, con la cabeza hundida y yo, con la cabeza recta, hacia adelante. Permanecemos en esta posición.

El avispero cayó en espiral, he dicho yo. Flotó en el aire polvoriento y se agitó sobre el suelo del granero.

Permanecemos quietos, has dicho tú. Las miradas de las inmóviles cabezas se anticiparon. El avispero cayó delante de la puerta, sobre las cascarillas y los granos, con la abertura hacia arriba. Dejó marcas en el fino polvo del suelo.

La abertura del nido estaba vacía y deshabitada, he dicho yo. Las gallinas del patio entraron volando por la puerta abierta. No tocaron el nido, has dicho tú. Se limitaron a comer los granos que había alrededor. Después, me levanté.

Agachado, te separaste de la escalera, he dicho yo. Por si acaso, estiraste un brazo hacia atrás, el puño se cerraba. Agachado, te acercaste al avispero. Pero el avispero estaba vacío. Lo viste caer vacío del techo. El avispero no estaba vacío, has dicho tú. En una de las celdillas encontré algo. No encontraste nada, he dicho yo. Tú solo estabas delante del nido, preparado para salir corriendo. El viento del patio sopló en el granero. De un golpe de viento, el avispero se elevó del suelo. Del susto que te diste, saltaste sobre el nido.

Tomé el avispero en mis manos, has dicho tú. Una a una fui separando las celdillas. Mientras tanto, tú estabas sentado en el peldaño.

Yo descendí de la escalera, he dicho yo. Cogimos el avispero y nos acomodamos en el heno. Tú cogiste por las alas la avispa aplastada y la sacaste de su celda.

El viento ahuyentó las gallinas y, entre crujidos y crepitaciones, la puerta se cerró, has dicho tú.

Ya no puedo ver la avispa en tu mano, he dicho yo.

Todavía no está muerta, has dicho tú. Cabecea. Tiene un ala clavada en el cuerpo, de costado como una flecha. Las patas delanteras arañan el aire.

Pero ahora, he dicho.

No, has dicho tú. Se estira y cosquillea la piel de mi dedo. Le tiembla la pata. Le tiembla el cuerpo. La avispa es levantada. Temblando, levanta el ala para volar. Por dentro se estremece. El dolor, o lo que sea, la sacude con fuerza. Se tiende aquí. Junta las patas sobre el cuerpo. Se encoge, se acurruca. Las alas se contraen. Me hace cosquillas en la piel. Patas arriba, un temblor salvaje la sacude. Contrae todo su cuerpo. Podrías oír el susurro y el siseo de sus alas. El dolor, o lo que sea, la revuelve. Eso es lo que grita. Gira sobre sí misma. Gime. Expande su cuerpo. Se estira. Se extiende y.

La inundación

Hay un hombre de pie en el río, dijo mi hermano. Está en medio de los cantos y tiene la cabeza hundida; los brazos le cuelgan. Desde la orilla donde estamos sentados ha bajado hasta el lecho del río y, caminando lentamente sobre las piedras, ha llegado hasta el agua; como estamos tan lejos de él, parece que esté delante mismo de las olas: bastaría un paso para que el agua le llegara a las rodillas; un paso más, y se lo llevaría la corriente. Pero él no está tan cerca de la corriente, sino a unos metros de distancia, en la zona de los cantos, delante de las aguas estancadas de las pozas; en realidad, debería oírme hablar.

No te oye, dije yo. O solo te oye como el chapoteo de las olas que chocan contra una rama. Si gritas, se girará.

No, dijo él. Se asustaría. Si se gira demasiado rápido, resbalará de la piedra y se caerá.

¿Está mirando algo, pues?, pregunté yo.

No lo sé, dijo mi hermano. Solo lo veo por detrás; con el sol, el perfil de su cara resplandece y no distingo nada.

Tiene la boca abierta por el cansancio, dije yo. Ha caminado decidido por las piedras y ahora está durmiendo sobre el lecho del río. Los filamentos que flotan en el aire lo han envuelto y se han adherido a su cara.

No duerme, dijo mi hermano. Está mirando el agua.

Ha dado un salto desde aquí, dije yo, y entre las jarras y los colchones, ha ido corriendo hasta el agua.

No ha ido corriendo hasta el agua, dijo mi hermano. Ha ido caminando lentamente por las piedras y se ha detenido en la zona de los cantos.

Cógeme de la mano y ayúdame a bajar, dije yo. Quiero ir hasta el hombre y preguntarle qué está mirando.

Ven, dijo mi hermano.

Camina sin hacer ruido, dije yo. Se va a girar.

No nos oye, dijo él. Ahora justamente cruza los brazos sobre el pecho y esconde las manos debajo de la chaqueta para calentarse. Está de pie y mira hacia adelante.

¿Se ha puesto el sol ahora?, pregunté yo.

¿El sol?, preguntó mi hermano.

De repente hace mucho frío, dije yo.

Es que estás en la sombra, dijo él.

¿En la sombra de los árboles de la otra orilla?, pregunté yo.

No, dijo mi hermano, en la sombra del hombre. Tu cara está en la sombra del hombre.

¿Qué hace el hombre?, pregunté yo.

Mira una piedra, dijo él.

¿No se gira hacia nosotros?, pregunté.

Continúa con la mirada fija en la piedra, dijo él.

¿Una piedra angulosa?, pregunté yo.

La piedra es redonda, dijo mi hermano. Tiene la parte de abajo sumergida en una poza que comunica con el río por un surco. El agua que rodea la piedra es clara y tranquila, como si estuviera a punto de congelarse. En el barro del fondo puedo distinguir mica; del barro sobresale una rama podrida, en la punta tiene enrollado los girones de un pañuelo.

¿Y dentro no hay ningún animal?, pregunté yo. ¿Un cangrejo o una lombriz?

Hay un mosquito, dijo mi hermano.

¿No se mueve?, pregunté yo.

Está nadando en círculo, dijo él.

¿Está muerto?, pregunté yo.

Sí, dijo él.

Si está muerto, el agua tiene que moverse, dije yo.

El agua sube, dijo él.

¿Por qué sube el agua?, pregunté yo.

Llega la marea, dijo mi hermano.

Esto es un río, dije yo, y no el mar.

Es el mar, dijo él. Es el océano.

Es el río, dije yo, y estamos solos. No hay ningún hombre delante de nosotros.

Sí, dijo él. Estamos solos. Desde la orilla hemos bajado por la pendiente hasta el lecho del río y ahora estamos en la zona de los cantos, delante de una piedra. La parte superior de la piedra todavía no está cubierta de agua, tiene estrías como las espirales de una concha de caracol, las estrías están rellenas de barro seco; aparte de esto no hay nada que ver.

Quizás una hormiga, dije yo.

Dos, dijo mi hermano, dos hormigas. Se han puesto a salvo sobre la roca y se arrastran de un lado al otro. Desde el avión parecen hormigas. Nos hacen señas y gritan.

¿Son niños?, pregunté yo.

Sí, dijo mi hermano. Están tumbados sobre la roca, agarrados a los líquenes. Un niño se pone de pie y mira el agua. ¿Subirá más?, dice al otro: no puedo ver nada. Tengo frío.

Yo también tengo frío, dije yo.

Ponte mi jersey, dijo mi hermano.

Mejor será que volvamos, dije yo.

No, dijo él.

¿Qué pasa?, pregunté yo. ¿Por qué gritas?

El agua, dijo él.

Habla más alto, dije yo. Con el ruido de los motores no entiendo nada de nada.

El agua ha ganado terreno y a los dos les ha quedado una superficie muy pequeña, dijo él. Uno de los niños arrastra al otro detrás de él. De todos modos, el agua ya se ha calmado otra vez; no se nota ni un movimiento. Un techo de paja se mece en el agua, sube y baja; mientras el techo se mece, la veleta de la cima gira muy deprisa; allá abajo debe de soplar un vendaval. Donde se ha desprendido la paja que recubría los contrapares, ondean los vestidos que había en los armarios y los arcones; el agua ha aplastado y deformado el techo.

¿Qué hacen los niños?, pregunté yo.

Hablan, dijo mi hermano.

¿De qué hablan?, pregunté yo.

Hablan del agua, dijo él.

¿Cómo es de grande el espacio que aún les queda?, pregunté yo.

Es un espacio en el que podrías dar unos tres pasos, dijo él. Los niños están sentados uno junto al otro con las piernas estiradas y con las palmas de las manos apoyadas en la roca. El agua les llega a los talones; un agua clara y tranquila. Entretanto, han empezado a gritar fuerte, lo noto en sus caras oscuras que gesticulan y se dirigen hacia aquí arriba, hacia nosotros; a uno le sale sangre de la nariz. Este niño ya solo tiene el zapato derecho cuya punta también señala hacia nosotros; veo que tiene el calcetín izquierdo arrugado, y a solo le cubre los dedos. El otro niño tiene los pies desnudos y se friega un tobillo contra el otro.

¿Dónde está nuestra sogá?, pregunté yo.

Nos la hemos dejado, dijo él.

¿Y el agua?, pregunté yo.

El agua continúa rodeándolos, dijo él. Están sentados en el centro del círculo seco y hablan bajo y aceleradamente. De repente, alzan las cabezas y se fijan en la veleta; ahora que ya no gira, oyen cómo chirría; nosotros aquí arriba no nos enteramos de nada de esto. Justamente ahora el agua avanza por una parte del círculo y salpica el tacón del zapato del niño. Aunque en la oscuridad no ven el agua, dejan de hablar los dos a la vez; sin embargo, no se acercan más el uno al otro; permanecen sentados, atentos, boquiabiertos. En este momento

No, dije yo.

En este momento, dijo mi hermano, emerge de la oscuridad un cerdo muerto y pasa flotando lentamente por delante de los niños. Sin tener conciencia del movimiento de sus brazos, se restriegan los ojos con el dorso de las manos y miran fijamente el cerdo. El vientre del cerdo, con sus tetillas meciéndose, brilla en el agua; choca contra el techo, roza un momento la viga y ahora continúa rodando. Un cerdo, dice todo asombrado uno de los niños. Un cerdo, dice el otro y, lleno de asombro, se lame la sangre de los labios. Y mientras ellos continúan sentados hablando del cerdo, en el horizonte, en el fondo del agua se produce un

temblor que se extiende por los pueblos y bosques sin que nosotros lo veamos.

¡Volvamos, dije yo, volvamos!

Y de pronto, dijo él, de pronto, de pronto sube el agua, sube el agua, de pronto sube el agua y, el agua sube de pronto, el agua sube, el agua sube y y y y y y

yyyyy

No, dije yo.

Y ahora, dijo él.

La avispa muerta

Huele como un fósforo quemado, he dicho yo. Huele como pan masticado. Huele como el fango después de una inundación. Huele como fuego bajo la lluvia.

El hombre del petate

Al mediodía, las casas y los otros edificios de un pueblo están cubiertos de agua clara e hirviente. Sobre los tejados, donde las tejas rojas calientan el agua, alguien que observe puede ver cómo las olas vibran y tiemblan. También el calor del humo incoloro, bajo el cual en todas las casas se cuece la carne para la comida, roza y encrespa el agua. Sobre los tejados de las casas, sobre el asfalto, sobre los techos de los coches que aparcen, el agua reluce y se abolla por los golpes de las llamas. El agua ahoga el ruido de los pasos; con el rostro hirviendo, descompuesto y el brazo en diagonal cubriéndole los ojos, el que está ahí afuera avanza con paso firme contra la masa. Tiene los labios pálidos y pelados por los dientes; las pupilas, negras como el carbón. El agua también entra por la boca abierta, pasa por encima de la lengua hinchada y baja por la faringe, y el que camina, mientras sigue su camino sin detenerse, ni siquiera puede tragársela. En realidad, ni camina: sin andar, las aguas lo empujan lentamente hacia adelante. Las cintas del polvo de la calle son algas marinas que se enredan en el agua; en el fondo ruedan, silenciosas, las bolas de papel y las gavillas de heno que ha esparcido un vehículo; las orugas pegadas al asfalto se estiran y contraen, pero, de hecho, ya no mueven los miembros por sí mismas, sino que la rejilla sobre la que están tendidas las arquea y eleva; su movimiento es prestado, igual que son prestados los movimientos del polvo, del heno y del papel.

Aquí, donde ha llegado el caminante (el pueblo ya queda muy atrás, porque en la zona habitada de un pueblo no hay animales que se arrastren por las calles), el agua ya solo hierve en el asfalto que limita con el cielo. El cielo se extiende y se ensancha a medida que avanza el caminante, y también en torno a él mismo, que va vestido de oscuro y lleva al hombro un petate negro ribeteado de cuero. Ya no puede mirar a los lados; los ojos también le hierven; redondos y fijos, se le han salido de las órbitas. Ya no oye el ruido de sus propios pasos; nadie, aunque se acercara a él y escuchara atentamente, podría oírlo andar sobre la blanda calle. Alguien que observara lo vería moverse silenciosamente como las bolas de papel. El hombre no podría sentarse sobre la piedra del bordillo y, aunque pudiera, sus piernas abiertas hacia atrás no podrían cerrarse y abrazar los bordes de la piedra para no caer: sin que se diera cuenta, antes de que el hombre del petate se hubiera sentado, la incesante corriente de agua ya habría arrastrado y empujado su cuerpo hacia adelante.

Cuando el agua hierve, el papel no sube inmediatamente, más bien el calor de la ebullición lo despedaza poco a poco y lo hace jirones, los cuales con el movimiento de la resaca se arremolinan y suben uno tras otro desde el fondo del agua hasta la superficie.

La hierba que bordea la calle está cubierta de moho; el alquitrán que rodea los postes revienta y chorrea; el zumbido del interior de los postes aumenta y en

los oídos suena como el trote de los caballos.

Los ojos escaldados también han quedado desprotegidos detrás de las miradas: las imágenes que la memoria, como defensa, ha formado detrás de la retina han sido ofuscadas por las llamas; mientras el caminante avanza, el fuego cae en su cerebro sin que nada lo impida.

La irradiación le penetra por las suelas de los zapatos. La sombra reducida y compacta que proyecta el petate de marinero aún abultado, flamea detrás de él. Si el observador decidiera acercarse, no le pasarían inadvertidas las manchas de alquitrán que el hombre tiene pegadas en las plantas de los pies. Parece como si deseara llegar hasta el próximo pueblo envuelto en su propia sombra.

Cuando el caudal le dobla cuello y cabeza sobre la nuca, él nota sobre sí toda la ilimitada extensión del agua ardiendo en llamas.

En otro momento, al pasar por un pueblo, se da cuenta de que el pueblo se alza desierto entre estas llamas.

Al mediodía, los badajos de las campanas repican contra la madera.

Al frenar, los coches se suenan la nariz en la calle con un ruido sordo.

Si escuchas con atención, podrás oír cómo el sol bosteza de vacío.

Antes de que el agua de la olla hierva completamente, se forman en el fondo unas burbujas brillantes: el agua hace burbujas, dice la expresión.

Con las sombras se encogen también los pensamientos.

El último refrán lo dijo mi padre entre los improperios que soltaba mientras iba por el pasillo.

El cansancio

A veces, sentado aquí, me entra el cansancio. Precisamente ahora acabo de notar debajo de mis brazos sueltos los barrotes redondeados del sillón; la madera incrustada en la piel tensa que une el dedo índice con el pulgar; acabo de oír el crujido del armario; el desagüe olía ahora a hormigas escaldadas; la habitación se describe como relativamente fresca; afuera, una bandada de pájaros que estaba en la cerca ha pasado volando muy bajo hacia el tejado. Pero luego, sin que yo intervenga, las piernas se estiran lentamente sobre el suelo y el tacón, trazando el gesto propio del cansancio, rasguña el entablado; la cabeza cae pesadamente sobre el respaldo.

De repente, el cuerpo queda taponado con cera. Del tejado llegan, desconocidas, las risas de los pájaros; el crujido del armario se ha convertido en un chasquido y un susurro; los cables de alta tensión han enmudecido, antes mi oído los percibía, pero ahora están tan callados que su silencio ya no me afecta. Los ruidos y olores se concentran en la piel, pero no pueden penetrarla. El cuerpo está obstruido por la cera e inmóvil por el cansancio. Mientras estoy sentado, surgen pensamientos. Porque no sé dónde estoy, porque he olvidado que estoy en la habitación y espero que me llamen a comer, porque me he olvidado de mí mismo, porque ya no me llega nada desde fuera que me indique dónde se encuentra mi cuerpo y porque ningún ruido me retiene, los pensamientos me llevan de aquí para allá en tierra de nadie; no son pensamientos elaborados por mí, sino pensamientos que surgen en mí.

Veo pasar ante mí imágenes y lugares que jamás he visto; las mondas ennegrecidas de un plátano en un sendero polvoriento me asombran; me causan extrañeza las fibras amarillentas en la cara interior de las mondas, y la sombra de un pájaro de vientre blanco que allí se agita.

Pero todavía no me he dormido. En las olas del aire los ruidos chocan, se repiten y se hacen más fuertes, duros y fríos como las cabezas de las moscas que rozan la piel cerrada. Yo los oigo, mientras estoy aquí sentado, como ruidos sin origen, separados de la boca, o lo que fuere, que los produce allá fuera. Luego caen piedras en el espacio vacío en el que estoy sentado; a causa de los ruidos la cabeza apoyada en el respaldo del sillón es atraída hacia adelante, de tal modo que se precipita desde una gran altura sobre el cuello y, durante la larga caída de la cabeza, el aire silba en los oídos.

También los ruidos que antes se han concentrado sobre la piel, ahora penetran en el cuerpo. Son ruidos que al principio pasan de largo, suaves, pero después se adhieren a la piel y, cada vez más agudos y duros, empujan con insistencia y penetran ávidos en el cuerpo. El ruido derrite la cera y rompe el cansancio. Ahora el ruido está tan cerca que el oído lo percibe como un sonido que dice mi nombre. Las llamadas hacen que la cabeza se levante de nuevo del respaldo y

que las manos se separen de los barrotes del sillón; todavía parecen muy suaves; pero cuando (ahora) afuera, se abra la puerta del pasillo, entrarán de golpe en la habitación, expandiéndose por todas partes.

El relato de la hermana

Al ver los reflejos de la luz del *jeep* en la pared, ella había bajado corriendo a la Gran Habitación, donde las mujeres que habían comparecido tras conocer la noticia rezaban sus oraciones al hermano muerto; su cara y su cuerpo ya habían sido lavados y le habían puesto un vestido de fiesta. Sin embargo, ella no había dicho nada del *jeep* a los asistentes al velatorio; con la cara vuelta a un lado se había acercado a la mesilla donde estaba el aspersorio y había rociado a diestro y a siniestro el agua bendita de un vaso, que antes se usaba para beber, sobre el ondulado lienzo que cubría los restos mortales del hermano ahogado. Después, cuando ella se había retirado de espaldas al banco de la pared y, sentada en el banco con las rodillas muy apretadas, se había quedado mirando con ojos bien abiertos la puerta, las mujeres, que sentadas a la mesa hablaban a coro, decían lo que decían moviendo libremente, arriba y abajo, solo los labios, sin que estos llegaran a tocarse, y parecía que las palabras de sus rezos no dependieran de la articulación de los labios y que no las recitaran seres vivientes, sino muertos que habitaran bajo la tierra; las mujeres hablaban con las manos unidas sobre la mesa y, en el ir y venir de sus movimientos —que era el movimiento regular del áfono coro—, restregaban los cercos que las tazas de té habían dejado sobre aquella mesa de madera tratada con sal.

Sin ponerse los oscuros atuendos ni atarse los pañuelos negros de seda a sus cabezas (hasta ahora todavía no lo habían hecho), las mujeres se habían sentado muy juntas en torno a la mesa; llevaban botines altos de goma y medias de lana con topos de barro. Habían llegado por el mismo orden en que estaban sentadas a la mesa. Al saber la noticia, lo habían dejado todo, estuviera como estuviera, para correr desde todo el vecindario a través de la nieve que caía cada vez más espesa —sus pañuelos y vestidos volaban al viento— y poder asistir al difunto, y procurarle todo lo él que necesitaba; una vez cumplido esto, al caer la oscuridad, se habían sentado en torno a la mesa y rezaban: una de ellas preguntaba y las otras levantaban las cabezas a su manera, y todas a la vez murmuraban las respuestas hasta que la primera, que durante la respuesta había bajado la cabeza, retomaba sus preguntas alzando de nuevo la cabeza.

Ella miraba fijamente la puerta, dijo mi hermana; al parecer, ninguna de las mujeres había oído el *jeep* que se había detenido; aun así, creía que de un momento a otro las mujeres interrumpirían sus rezos y, mirándola de reojo, empezaría a cuchichear y a secretar con toda naturalidad. Pero no había ocurrido nada de esto: concentradas en sus oraciones, no se habían enterado de lo que sucedía fuera, en el patio. Allí fuera, delante del portal, por algún contratiempo que la hermana no había podido adivinar al momento, los miembros de las fuerzas armadas se habían visto claramente impedidos de entrar y se habían retardado más o menos el tiempo que puede durar un breve

intercambio de palabras; ella había caído en el error de pensar que quizás antes hubiera oído mal, pero luego los soldados, después de haberse quitado la nieve de las botas, habían entrado con pasos fatigados en el pasillo.

La puerta de la Gran Habitación, donde se hallaban ella y las asistentes al velatorio, había sido barnizada de marrón; por el motivo que fuera, por la parte de dentro, la llave colgaba, suelta y de costado, de la cerradura.

Los soldados habían rozado la pared con el codo y la camilla, pero, ni siquiera a causa de este perceptible ruido, las que oraban habían visto alterado su recogimiento.

Por el pasillo me traían a mí. El tono de la voz que indicaba el camino y la puerta a los que me transportaban, dijo ella, la había afectado tanto que se había apresurado a levantarse del banco y dirigir sus pasos hacia la puerta; o para ser más exactos, dijo ella: al instante, la puerta o la visión de la puerta que ahora se abriría de golpe la había atraído sin saber por qué. Mientras tanto, así lo contó ella, un tercero y un cuarto soldado se habían sacudido el calzado en la entrada de la casa.

¿Qué harías tú si en el preciso instante que alargaras la mano hacia el picaporte o si ya lo tuvieras en la mano, de pronto, desde fuera, bajaran el picaporte con tu mano incluida y la llave suelta cayera del cerrojo?, me preguntó ella.

La mujer ha entrado y, sin decir una palabra, me ha pedido que fuera a la mesa.

El comienzo de la comida

Callado y con la cabeza hundida en el periódico que no lee, el padre acumula la cólera en la cocina. Yo separo con las rodillas la mesa del banco para poder pasar entremedio y me acomodo frente a él. La mujer va y viene distraída y, sin prestar atención a los dedos del hombre ni al periódico abierto, extiende el mantel blanco sobre la mesa. Callado, mi padre levanta los brazos con el periódico y, revolviendo los ojos, observa cómo ella extiende y alisa el mantel. Mientras ella coloca las pinzas en los cantos, él vuelve a bajar los brazos, pone el periódico sobre la mesa y alisa la portada con el pulgar hasta que oigo cómo lo abre bruscamente por el pliegue central; después, suelta la hoja y la deja caer, floja, sobre mis manos. Yo retiro lentamente los dedos, de modo que el periódico que él aparenta leer resbala y cae plano sobre la superficie de la mesa. Esto hará que él o bien se incline sobre la mesa para poder descifrar las letras y deletrear las cifras o que adelante más las manos, se acerque la lectura a la cara y se aproxime con la silla a la mesa, si es que no quiere dar la mala impresión de los que, a fuerza de leer, pierden el mundo de vista. Se decide por colocar los codos sobre el periódico y, con las manos en la barbilla, sostener la cabeza para evitar que le caiga. Con los platos en la palma de la mano y sujetos por arriba con el pulgar y la sopera en la otra mano, la mujer se acerca a la mesa igual que si caminara por la cuerda floja. Yo estiro a ciegas el brazo hacia ella y lo pongo sobre la mesa con el plato ante mí. El hombre —la cólera le remueve las entrañas— saquea obstinadamente las noticias del periódico; mientras tanto, la mujer le desliza bajo las hojas el recipiente para la sopa. Sin embargo, él calla, solo se yergue en la silla y engulle con sonoros chasquidos la palabras que no ha pronunciado. Al oír esto, sigo su ejemplo y, como él, encojo las piernas hacia mí. La mujer coloca el salvamanteles redondo sobre la mesa y la sopera encima. Pero el hombre no deja que ninguna maniobra, sea de la índole que sea, le estorbe la lectura de su periódico; incluso soporta el vaho de la sopa en la cara sin decir una palabra. Ahora ella se dispone a servir la sopa en los platos; espera con el cucharón lleno por encima del periódico; como el padre ni se inmuta, ella misma retira el plato de debajo del periódico y vacía en él el cucharón. Aunque las gotas le salpican el chaleco, el hombre no dice palabra; tampoco da muestras de que vaya a dejar su ocupación hasta que oye que, frente a él y a su lado, están comiendo. La visión de dos personas regalándose con sendos platos de sopa, inclinándose sobre dichos platos y alejándose de los mismos, cuando, en realidad, él todavía tendría que estar de morros con ellos, no es lo más indicado para ayudarle a mantener su obstinación. ¿Acaso tiene que contemplar cómo se atiborran a costa de su dinero? Así pues, alza el periódico, lo dobla y busca con la mirada a su alrededor. La mujer se levanta, toma el diario y lo lleva al aparador. Por debajo de la mesa yo agarro los flecos del mantel; con el almidón de

después del lavado se han pegado unos con otros y parecen brochas. A todo eso, en silencio, ella se une de nuevo a nosotros. El hombre acerca el cuerpo al plato y, cuando se lleva la cuchara a la boca, el vaho le entra en los ojos; con el cubierto en la sopa, vuelve a mirar a su alrededor con expresión oscura y amenazante. La mujer también encoge las piernas, los dedos de sus pies arañan el suelo. Todos los que ahora están listos para comer tienen los pies bien recogidos debajo de la silla: en este triángulo de pies se ha formado un espacio libre en cuyo centro hay un imán con dos radiaciones. El hombre hunde la cuchara en la sopa y la saca del plato mediante una presión del pulgar de su encorvada mano. Nosotros lo imitamos. Al mismo tiempo, fuera, en el patio, sucede que desde el pie del muro hasta la ventana de la cocina ha comenzado a subir la procesión de las hormigas; como ya estamos engullendo la comida y, además, el hombre continúa enojado, ninguno de nosotros pronuncia una palabra.

El enojo desaparece

¿Puede persistir el enojo en alguien que está comiendo?

Si el enojado come pan y el pan ya está tan duro y enmohecido que miga y corteza son un maltrato para las encías, entonces, entre miradas sombrías y amenazantes, comenzará a masticar con más fuerza y furia. El impulso de los alimentos cuando pasan por la garganta pone de manifiesto la intensificación de su sentimiento; en el interior de los zapatos, los dedos arquean la planta del ensañado pie. Pero, por suerte, ahora el enojado no está comiendo este pan, sino la sopa bien condimentada; además, el espacio donde come apenas está afectado por el ruido de los otros con los que él está en estrecha relación; para evitar que se excite demasiado, los otros procuran comer la sopa silenciosamente. Así, él se ve obligado a escuchar sus propios ruidos mientras, con todas sus fuerzas, sigue intentando permanecer enojado.

Come siguiendo su costumbre: primero, se inclina sobre el plato y, apenas tiene la cuchara a mitad del camino entre el plato y la boca, acerca los labios a los bordes del cubierto y sorbe la sopa; pero ahora, como el silencio es casi total, oye el embarazoso chapoteo de la sopa que le cae de la cuchara al plato; el silbido se le escapa entre los dientes sin que lo pueda evitar; los chasquidos que hace con los labios lo torturan a traición; finalmente, los ronquidos y gruñidos que se producen en la garganta del hombre a cada sorbo que pasa por su laringe lo transportan hacia otros pensamientos.

¿Puede, por tanto, persistir el enojo en él cuando está comiendo? La batalla contra los ruidos en la cocina prácticamente silenciosa, ¿no acabará distrayéndolo de sus acalorados sentimientos?

Al final sucederá que, para que los otros dejen de notar los ruidos que hace cuando traga la comida, el hombre se tragará primero las ganas de venganza, se sentará derecho y empezará una conversación, pongamos que sobre la hormiga alada que tras entrar por la ventana abierta ha ido a parar al suelo de la cocina y, ahora, empuja de cabeza su cuerpo por una rendija porque quiere regresar a la tierra, aunque debajo de la cocina no haya más que inmundicias y fango.

Las hormigas

Todos los veranos, decía, llegaba el día en que salían de la tierra; antes y después, solo algunas veces se podían ver unas pocas en fila, haciendo su camino por el muro. Justamente acabas de deslizarte por el revoque desde el alféizar de la ventana hasta el patio; en las manos y atrás, en los pantalones, no has notado nada; pero antes de irte ya oyes cómo salen de la tierra por la grieta horizontal. Te giras: ves subir por el muro alquitrán líquido, en el alquitrán ves flotar pequeñas piedras grises y planas, ves las piedras cargadas sobre las espaldas del enjambre que sube burbujeando hacia la ventana; aunque ahora te acerques, no puedes distinguir cada uno de los insectos del enjambre, si pudieras, verías la hormiga alada; los insectos no te dejan ver ni un grano del revoque. Das unos pasos atrás mientras miras fijamente el enjambre, una mancha que, sin pausa, trepa muro arriba; miras y miras hasta que ya no puedes apartar la vista, y pierdes el mundo de vista. La ventana de la cocina todavía está abierta. Si llamas, vendrá alguien. El que ha venido hasta la ventana apoya las manos en el alféizar y se asoma; como todavía tiene el cansancio de después de comer, sus brazos han clavado con fuerza las manos en el alféizar y ahora ya no las puede retirar; así pues, él está asomado a la ventana con las manos clavadas; cuando las ve venir, le sale el grito de la garganta. Entre tanto, ellas ya han atrapado sus dedos e invaden los copos de pelos que los cubren, avanzan por las hondonadas de entre los nudillos, siguen por las venas, arremeten contra los pelos del antebrazo y suben hacia los puños de la camisa arremangada. Tú crees que él se retirará, que irá por la cocina sacudiendo los brazos, restregándolos en todas las direcciones contra el marco de la puerta, contra la mesa y contra el asa de la cocina. Sin embargo, él permanece en la misma posición: solo abre los brazos ennegrecidos, llenos de hormigas y, así, obstruye la abertura de la ventana. Mientras tanto, el enjambre, que no se ha detenido, se escurre por debajo de las mangas de la camisa; las hormigas aladas se elevan y revolotean zumbando por su cara. Luego puedes ver cómo, afuera, las otras se amontonan en el muro y en el alféizar de la ventana: unas montan sobre las otras y las de atrás empujan a las de delante formándose una muralla ante el cristal; las piernas que resbalan, las cabezas que colisionan, el líquido animal que esparcen y el roce de las alas te llegan a los oídos como un suave hervor, como el murmullo del aire en la hierba corta y húmeda. Van levantando una montaña oscura delante de los cristales. Ni puedes mirar en el interior de la cocina ni oír ningún sonido que venga de allí: absorto, contemplas el espectáculo. Cuando la puerta de la casa se abre hacia adentro, tú sigues concentrado y solo ves una sombra que camina hacia la ventana siguiendo la pared. Entonces, rápidamente sacudes la cabeza y ante tus ojos la sombra se completa; identificas las manos que sostienen un cazo esmaltado de color marrón, identificas las mangas de la camisa que, ahora, caen sobre las manos y,

en la cara por la que revolotean y zumban las aladas, identificas debajo de la nariz, que resuella con fuerza, el bigote que te es conocido. El hombre no sostiene el cazo con las dos manos arqueadas en vertical, sino que ha enrollado el pañuelo en el mango y agarra el cazo con una mano, sin apretarla mucho; cuando inclina la boca del cazo, ves que por arriba el aire se encrespa, sin embargo, hasta ahora no ha salido ni agua ni vapor, tu impresión es que el líquido viscoso está adherido en el interior. Entonces, por fin salta el chorro y ataca la muralla. Al instante, el hombre levanta el cazo y lo aparta de sí mientras con la cabeza inclinada observa la ventana. Tú puedes ver cómo el enjambre brilla y humea; el olor de los cuerpos escaldados te penetra otra vez por la garganta; tragas saliva y sigues mirando hasta que ves que el asalto a la ventana todavía continúa y que las de arriba, que están muertas, caen porque las de abajo empujan. El hombre se hace a un lado, con el recipiente toma impulso —desde atrás y desde muy abajo— y arroja con fuerza el agua hirviendo contra la pared, apuntando bien hacia la expedición militar, que ya llega hasta la mitad de la ventana. Entonces, ves cómo el hombre golpea el cristal con el puño y cómo la avanzada del enjambre invasor se retuerce, despega y precipita sobre las otras que yacen en el alféizar. Él se vuelve hacia ti y, con un movimiento de cabeza, te ordena que corras a la casa. En la cocina hallas a una mujer que está sacando con el cucharón el agua que hay sobre los fogones y, sin prisas y con cuidado, la echa en el enorme barreño; coges una taza de encima de la mesa y la ayudas. Con el paño de cocina y los jirones de una cortina vieja enrollados en las asas del barreño, lo arrastráis, encorvados y cojeando, hacia afuera, hacia el patio, donde está el hombre. Cuando ya estás fuera, caes en la cuenta de que, en los aros de los fogones, hay granos achicharrados y, entre las tablas del suelo, granos abiertos y aplastados; caes en la cuenta de que, en los platos y las bandejas con los sabrosos manjares —han sido preparados para la comida y apenas tocados—, hay pedazos de los insectos, tostados y desgajados, como excrementos de ratones, que tienen un sabor agrio, y por debajo y por encima, las alas arrancadas de aquellas que son voladoras. Colocáis el barreño delante de la ventana, tú retiras del asa el paño de cocina. Cuando te dispones a golpear la pared con el paño, ves que también en los pliegues del paño hay miembros aplastados; además, el hombre te indica con la mirada que te apartes. Así pues, te retiras a los escalones, te sientas y miras cómo el hombre intenta acabar con la vida del enjambre. Cuando el hombre avanza e introduce el cazo hasta el fondo, cuando desentierra el cazo lleno hasta los bordes, cuando hace girar el brazo con el cazo para tomar impulso, cuando luego las aguas chocan contra la pared, oyes el enjambre que aún sigue invadiendo los cristales, todavía te parece oír los chillidos y zumbidos de la muralla que se ha formado allí, sigues tragando, igual que respiras, ese intenso olor agrio que se te bloquea en la garganta. Ves que la mujer está ahí: no mira; no te mira: mientras está así, con las manos en la cadera —como se suele decir—,

no mira hacia ninguna parte; o, si mira hacia alguna parte, no lo sabe. Que ahora y a lo podría dejar estar, le dice al hombre: que lo podría dejar estar. Pero él no abandona: con el mismo movimiento —cuanto más lo repite, tanto más se distancia de él y, paralizada, se encierra en sí misma—, él inclina la cabeza sobre el barreño, hunde el cazo en el agua, arroja el agua contra el enjambre, hunde otra vez el cazo en el agua y otra vez arroja el agua contra el enjambre. Mientras tanto, puedes ver que dos de las aladas (o quizá más) están pegadas a su cara, que no da muestras ni de gusto ni de disgusto; las otras corren y nadan por las cascadas de agua, se precipitan muro abajo y desaparecen, pequeñas como migajas, en las grietas de la tierra. Entonces, la mujer pasa con sus movimientos tranquilos por entre el hombre y la ventana. Ahora, él para de agacharse y levantarse y, aunque se trata solo de un compás de espera, con esta pausa se le pasa la obcecación. Mira a la mujer y le pregunta algo; ella no contesta, pero como, con los movimientos circulares del trapo de cortina, enjuaga el agua que chorrea del alféizar, él suelta el cazo de la mano y lo deja caer en el barreño vacío. Con los zapatos arrastra arena del patio hacia el muro y rellena las grietas; pisa la arena, la pisotea y pateo hasta que el suelo queda seco. Mientras pisa el suelo, mira los pies de la mujer para no hacerle daño: esto puedo verlo antes de que él se me acerque con las hormigas en la cara y se siente en el escalón superior, más arriba de donde estoy yo.

Entonces, de repente oigo hablar a las personas desde otro sitio; que él tiene algo en la frente, oigo decir a la mujer. El hombre todavía no se calla. Pero luego lo nota sobre la piel: una hormiga, oigo que dice él desde otro sitio. Sin embargo, no se atreve a apoyar contra el borde del plato el cuchillo con el que acaba de cortar la carne y darse un golpe con el dorso de la mano; ni siquiera sigue masticando; tampoco mueve los ojos, aunque si paseara las pupilas en esta y la otra dirección, la piel no se estiraría. El bocado que retiene en la mejilla hace su cara montañosa; los huesos lucen « con el color desvaído de las casas antes de la tormenta ». No se atreve a mover los párpados o a arquear las cejas por encima de estos; el bocado que no ha comido proyecta una sombra inmóvil sobre la oreja; el brillo del pómulo se disipa. ¿Cuánto tiempo podrá seguir sentado sin que la saliva haga deslizar el bocado por la faringe y, con este movimiento, se ponga toda la cara en movimiento y el insecto se asuste y excite o algo parecido? Porque no es una hormiga, dijo mi hermano.

Ya basta, dije yo.

No, dijo él.

Sí.

No.

Sí, dije yo.

No.

¡Sí!

Sí, dijo él.

No, dije yo.

Basta, dijo él.

No.

Puesto que él sigue comiendo, puesto que sigue hablando « como si nada hubiera pasado », puesto que, cuando se llevó la mano a la frente, su voz, solo cambió un poco y se hizo más lenta, seguro que solo se quitó de la cara la punta quemada de un tallo de hierba.

Las puertas

« En aquella casa había cinco puertas.»

En aquella casa había, y hay, cinco puertas por las que pasaba, por las que paso, hasta llegar a mi habitación. La casa estaba edificada, y está edificada, en lo alto de la ciudad, desde la cual subo hasta la casa. Lo primero que se encuentra en el muro es la puerta por la que entro en el patio y me dirijo hacia el portero; luego cruzo el patio en diagonal y entro en la casa por la puerta; ahora estoy en el zaguán. En tercer lugar, viene la puerta batiente por la que paso para ir del zaguán al pasillo que da la vuelta a la planta baja; por este largo pasillo llego hasta la puerta batiente que me lleva de la planta baja a la caja de escaleras; finalmente, por el pasillo de la última planta, llego hasta la puerta de mi habitación.

Así pues, bajo del tranvía y subo por la colina hasta la puerta del muro. Llevo una cartera de cuero cuyo color no identifico, pero que, según creo, es oscuro porque arde levemente por el sol bajo el cual camino. Voy paso a paso, llevo el bastón y la cartera en la misma mano y, mientras camino, me aferro con los dedos libres al dobladillo de la chaqueta. Antes de llegar a la puerta, oigo que alguien pasa por mi lado y me adelanta. Reconozco que puede ver porque camina ágil, con pasos vigorosos y firmes. Pasa cerca de mí y me adelanta, es un hombre, quizás no sea de la ciudad ni de una zona de población densa; lleva unas botas altas y rígidas, de suela herrada, hiede a cabras y a estiércol. Llegaré antes que yo a la puerta; por eso, aminoro el paso y, sujetando la cartera con la barbilla, saco las tiras de las hebillas y me pongo a revolver en su interior, mientras busco y rebusco por todas partes y simulo ante el hombre que no encuentre algo, camino, como es natural, más lento. Pero, entonces, oigo que el hombre, que ya ha abierto la puerta y nada le impide entrar en el patio, se queda ahí con el picaporte en la mano y espera; espera, pienso yo, que alguien, una autoridad por ejemplo, venga del interior de la casa, cruce el patio, salga y le deje la entrada libre; por eso, yo también me quedo donde estoy y espero. Sin embargo, ahora oigo que el hombre también sigue quieto y me mira, aguardando. Cierro la cartera, hago ver que meto a toda prisa en el bolsillo de la chaqueta el papel que supuestamente buscaba, paso al lado del hombre y entro rápidamente en el patio. Mientras camino por el patio, oigo que detrás de mí el hombre cierra la puerta con la punta del zapato y las dos manos y que, sin miramientos, se recuesta en la garita del portero para formular con habla campesina las preguntas que en la primera visita son de rigor. Con la intención de ganar tanto tiempo como sea posible, atravieso el patio en dirección al edificio, con las prisas empiezo a renquear, los pantalones tiran de mis piernas hacia atrás. Oigo que el hombre agradece de pasada la información y que luego camina detrás de mí; todavía anda despacio; mientras echa una ojeada a su alrededor,

examina el muro y la puerta que le han indicado, incluso se detiene y mira hacia atrás por si acaso el hombre al que él ha preguntado le indica con un movimiento de cabeza si va bien encaminado o se equivoca. Ahora yo tendría tiempo de entrar en la casa, sin embargo, me quedo donde estoy, con el viento que me pega los pantalones contra los tobillos. Sucede que el hombre me ve indeciso, entonces pasa por mi lado, sigue adelante y se apresura hacia la puerta. Yo voy tras él; él se queda detrás de la hoja abierta, y observa cómo yo le paso por delante y entro en el zaguán. Guardo silencio y voy derecho hacia la puerta batiente; mientras tanto, a él le dará trabajo cerrar la hoja abierta de la puerta, se sorprenderá de que la hoja no se deje cerrar y se oponga a la presión: porque este hombre no conoce las puertas que se cierran solas. Sin embargo, no pierde el tiempo con la hoja desobediente: sin detenerse, me pasa por delante, aligera el paso aún más y llega incluso a empujar la puerta batiente antes que yo. La empuja hacia adentro, pasa delante y a la vez coge el pomo de la puerta y tira de la hoja consigo hacia atrás, describiendo un arco perfecto. También yo, en mi lado, me retiro hacia la pared para evitar que, cuando se cierre, la puerta me dé en la cara. Sin embargo, la hoja de la puerta no regresa; el hombre está de pie frente a mí y sigue con el brazo extendido, sujetando amablemente la puerta al ciego. Sin hablar y sin tampoco expresar nada con gestos, tomo impulso y paso por delante del hombre hacia el pasillo. En las paredes había, y hay, unas barras horizontales, una especie de pasamanos que guían a los que viven en la casa en sus trayectos: ahora, cuando el hombre suelta la hoja de la puerta, la corriente de aire me empuja por detrás hacia el pasamanos. Me detengo y continúo por la pared hasta que también percibo los pasos del hombre: un hierro de su bota está roto, así que al rozar el suelo esta chirría y rechina. Ahora voy rápido hacia la derecha (o hacia la izquierda) delante de él hasta la puerta que lleva a la caja de escaleras. Por el otro pasamanos avanzan con la cabeza gacha los ciegos que se disponen a comer en la sala. Entonces, me quedo quieto; oigo pasar delante de mí la larga fila que forman estos ciegos; oigo que andan a pasos cortos y arrastran los pies; cuidadosamente —caminan con los pies abiertos y los apoyan de plano en el suelo— van guiando sus conocidos y desconocidos cuerpos; agarrados en fila india al pasamanos, se giran y hablan fuerte y excitados del campesino que se les acerca; no lo conocen y unos a otros se piden información en voz alta. Mientras tanto, él va hacia la puerta con la intención de abrirla; si después de abrir la hoja de la puerta, mirara hacia el pasillo, podría ver correr a alguien que, con la oreja orientada hacia la puerta, tiene el brazo extendido y los dedos de la mano abiertos, tanteando; podría ver a este ciego solo que avanza con presteza cogido del pasamanos. El hombre espera pacientemente; ha tirado de la hoja de la puerta hacia sí y espera a que yo pase. Así pues, yo cruzo la puerta y, amable, le doy las gracias. Cuando yo haya subido la larga escalera, él estará allá arriba esperando para abrir también la puerta de la habitación. Subimos juntos las

escaleras; como él todavía sigue callado, yo también me guardo mis palabras. Felizmente, llegamos al último piso. Ahora se puede elegir entre dos direcciones. Yo voy en mi dirección, él mira hacia la otra y luego me sigue. Si me conoce, luego verá ante qué puerta me detengo, irá hacia allí y me la abrirá. Uno tras del otro avanzamos cada vez más lentamente por este pasillo; ante una puerta (una cualquiera), me detengo y espero; él da pasos cortos, busca y, mientras murmura los números que lee en las placas, pasa por el espacio que queda entre la puerta y yo, y continúa así, murmurando, pasillo arriba. Yo voy tras él.

La seducción

Tu mano se acerca con los dedos abiertos al agua. Como la piel de la mano espera encontrar el agua fría, primero se encoge y cierra sus poros. Sin que te des cuenta, antes de sumergirse, la mano se arma contra el frío haciendo que la piel de la punta de los dedos se encoja. Al mismo tiempo, aparece una pesantez en los huesos de la mano producida por la fuerza de succión del agua que está tan cerca. Este peso, que aumenta en las puntas de los dedos, arrastra la mano hacia la seductora masa. Antes de que la mano se sumerja en el agua, las líneas húmedas de sudor se dilatarán y humedecerán los pliegues de la piel; luego el agua las diluirá. En realidad, no es que el peso en las puntas de los dedos tire de la mano hacia abajo, hacia el agua, sino que, al parecerse fría, es la misma agua la que produce el peso en la mano y atrae las puntas de los dedos hacia sí cuando tú, con el brazo extendido y la mano abierta, caminas despreocupadamente hacia la cuba para que el agua fría te refresque. Cuanto más te acercas, tanto más aumenta en los huesos de la mano aquel tirón que irradia el frío que la mano espera encontrar. El líquido al que se acerca tu mano sudorosa está tan frío, piensas tú, como normalmente lo está el agua al aire libre. Antes de que vayas hacia el agua y también de camino al agua, sin que tú lo sepas, tu mano se adapta al frío que esperas.

Todavía despreocupado, sumerges la mano en la cuba.

Sin embargo, el agua de la cuba hierve por la lumbre.

Después de la comida, la vajilla está sucia: a fin de que la vajilla esté limpia para la próxima comida, en el lavado se emplea agua caliente o, incluso, agua hirviendo. Previamente, se pone sobre el fogón grande de la cocina un caldero o, por lo menos, una olla con suficiente capacidad, lleno de agua todavía fría; encima se coloca una tapadera de hojalata que, cuando ahora la corriente caliente el fogón, servirá para que el agua hierva y burbujee; el caldero retendrá primero el vaho y, después, el vapor.

Mientras tanto, se apila la vajilla sucia sobre la cocina, al lado del fregadero, para que cuando se la quiera coger esté a mano. El tapón de goma redondo se introduce y se aprieta bien en la boca del desagüe y se vierte en el fregadero el agua del recipiente. Se agita la mano para echar en el agua los polvos blanquecinos que, primero, todavía secos y granulosos, se quedan en la superficie, pero, después, cuando el agua de alrededor los absorbe, se pulverizan y, ya reducidos a fino polvo, descienden. Con los dedos cubiertos por un trapo deshilachado, ahora la mano limpia las tazas del desayuno, el cazo en el que hirvió la leche y la cafetera con el poso del café. De las tazas han salido las vetas descoloridas de los restos de café que aletean en el agua y las costras de azúcar que, poco a poco, van disolviéndose. Con el estropajo de acero se rasca el anillo de nata grueso y abultado adherido al cazo de la leche; del fondo del recipiente

ruedan los grumos de leche que estaban pegados al metal y, en el agua, se tornan azulados, marrones y amarillentos; el agua humeante desplaza por sí sola a empellones los restos de líquido de la cafetera. Los cacharros limpios se van amontonando en la otra pila del fregadero. La otra mano, la que tiene el trapo, ya está cogiendo los platos sucios de encima de los fogones y regresa con aquellos al agua; la primera mano, liberada ya de las tazas limpias, también vuelve a meterse en el agua —las manos casi se tocan— y sujeta uno a uno los platos mientras la otra mano los va fregando y refregando con el trapo. Los charcos grasientos de la sopa se separan y flotan en el agua, el polvillo de la pimienta sube por iniciativa propia desde el fondo del plato hasta la superficie, ahora la pimienta y los ojos irisados de la sopa se balancean con las pieles de la nata en medio de los torbellinos brumosos del agua.

La mano que no tiene el trapo saca los platos limpios y apoya las piezas de la vajilla una contra la otra en la otra pila del fregadero. Limpia las costras de cebolla de la sartén, con un cuchillo raspa la grasa fría y endurecida, con el cepillo frota los restos negruzcos de las hojas del condimento pegados al fondo de la sartén, coloca la sartén sobre los platos limpios, sumerge la cacerola en el agua y, dándole la vuelta e inclinándola, rasca la capa reseca y amarillenta que recubre sus paredes, con el estropajo de acero, separa los grumos requemados de la base y, finalmente, coloca la cacerola limpia sobre las tazas limpias y sobre los platos y sobre la sartén.

Ahora sumerge en el agua caliente el batidor; los dedos que sujetan el trapo se meten entre las varillas, las separan y doblan y van desplazando y empujando los restos de puré desde el mango hasta la cabeza abombada del batidor, desde aquí, los sólidos grumos del puré caen al agua. Luego ella coloca el utensilio derecho en un hueco entre las cacerolas limpias y, sin parar, limpia con una escobilla las fibras de la carne cruda que han quedado en las estrías de la tabla para picar. Con las uñas extrae también las fibras de entre los pinchos del mazo de madera. Después, coloca el mazo y la tabla para la carne sobre el montón de cacharros limpios.

En el paso siguiente, ella sumerge en el agua la fuente con los restos de chucrut hasta que el recipiente se llena totalmente y se hunde. Desde el fondo, las ondas verde claro del vinagre colorean el agua, y los tallos de la col suben en remolinos hacia arriba y rozan los bordes de la fuente, entre tanto el brazo se mete entre los restos de col y trata de pescar los cubiertos del fondo. Los cuchillos y tenedores y cucharas que la mano saca a la luz, son inmediatamente agrupados y repartidos por los huecos que quedan entre la vajilla limpia de la pila de la izquierda. La otra mano ya está sacando el tapón redondo del desagüe. Aunque la mano permanece inmóvil bajo el balanceo del agua del lavado, al bajar el nivel de esta, la impresión óptica es que aquella sube: la marca del agua sucia en el brazo desnudo desciende a empujones. Enseguida la mano que está

libre abre el grifo y el chorro de agua arrastra consigo hacia el agujero el agua del lavado, las tiras de col, las fibras de carne, la piel de la leche y los grumos de patata adheridos al brazo para conducirlos hacia la fosa que tienen asignada.

Así están las cosas cuando alguien pide una taza para beber que está en el fondo del fregadero. La que lava los cacharros se opone, argumentando que el ruido podría molestar a aquel que después de la comida ya se ha retirado a descansar. Entonces, ¿para qué sirve la taza?, reza la enojada pregunta. Los platos, los cubiertos, las cacerolas, la sartén, el batidor y la fuente están colocados de tal modo que un solo cambio de posición significaría la caída del conjunto, entonces, ¿para qué sirve pedir que se desmonte todo y se vuelva a amontonar en la otra pila del fregadero? Si te estás muriendo de sed, dice la mujer, también puedes utilizar para beber el cuenco de tu mano o una de las tazas que están en el aparador o la jarra que tienes frente a ti sobre la mesa o esta taza de aluminio que está aquí, a mi lado, sobre la cocina. ¿Pero para qué quieres beber? ¿O es que en realidad no quieres beber? ¿Quieres solamente oír cómo se rompe la vajilla? ¿O quizás incluso romperla tú mismo? ¿Quieres acercarte y romperla tú mismo? ¿O quieres que te ayude? ¿Quieres que colabore y rompa contigo la vajilla? Y si..., digo yo, y ella rompe su fingido asombro y se echa a reír: ven, dice, ven aquí: y como yo no entiendo: ven aquí conmigo, pero ven ya, ¿no quieres venir conmigo?

« Siempre que una mujer », se dice en la descripción, « no importa dónde, por qué, cómo o cuándo me decía que fuera con ella (ven, venga usted hacia mí, venga usted ya, ven ya) o me preguntaba si quería ir con ella (quieres, por favor quiere usted venir, cuándo quiere usted, cuándo quieres venir), tuviera la edad que tuviera la mujer, estas palabras me asustaban tanto que por un cierto tiempo no podía moverme.»

La siesta

En esta estación del año, mi padre acostumbra a descansar después del almuerzo. Se tiende solo en su cama de la Gran Habitación: las manos a los lados, la cara mirando hacia la ventana. Duerme con la boca abierta. Antes de retirarse, se queda un buen rato sentado a la mesa en silencio y con las manos sostiene ante sí el plato vacío; con la mirada da a entender su malhumor a los presentes; desde su cabeza oscura y amenazante los espía; mientras él suelta el plato y lo coloca con furia sobre la mesa, los zapatos golpean fuertemente contra el suelo de forma alterna. Pero como el mantel es grueso y el hule que hay debajo amortigua la furia, el golpe suena plano, como si el plato cayera sobre fango. Esto vuelve a enojar a mi padre de forma visible; de repente, se le ocurre otra cosa y se levanta. La calma estalla. Tramando algo para sus adentros, va hacia atrás como para emprender la embestida; a toda prisa y sin ningún orden se sube las mangas, se arremanga hasta las axilas y se inclina hacia adelante mientras murmura alguna cosa; de mal humor, rodea la pipa con la mano y se retira a descansar.

Entonces (cuando esto ya ha pasado, cuando esto ya ha sucedido, después, más tarde, luego), entonces él (el ciego), completamente ciego, quiere ir al pueblo para esperar la llegada del ómnibus.

Las avispas

Ella, la esposa del hombre, descansa en la alcoba que antes pertenecía a la hermana. Según la descripción, se trata de una habitación clara, la cortina es de las que no oscurecen la ventana, sino que deja pasar la luz del sol, pero el armario no tiene que estar abierto. Descansa en la cama sin dormir, descansa como ella descansa, descansa como quiere descansar. Tampoco es necesario, o es necesario, que lentamente se desvista, rápida o lentamente y que, despojada de la ropa, cubra la cama. Está acostada de tal forma que su cuerpo parece relajado, pero, en cambio, tiene las piernas juntas. Está acostada vestida, estaba vestida a excepción de los zapatos que están ahí, tirados por la habitación con los tacones hacia arriba; sin embargo, en la imagen nada indica que ella tenga otra intención que la de descansar, aunque con las piernas encogidas es difícil hacerlo.

Ella está vestida. Descansa como el hombre: sin hasta el momento cambiar de postura. Todavía no se mueve. No pasa un minuto sin que eche una mirada rápida hacia la ventana. Ha colocado los brazos sobre el pecho y tiene las manos cruzadas sobre los hombros. Mira, ríe, suelta una carcajada, mira hacia otro lado. No ha colocado los brazos sobre el pecho porque ahora sucede que retira los brazos (los codos formaban ángulo) de ambos lados de la nuca; tampoco estira los brazos separándolos de sí, sino que los deja caer sueltos junto al cuerpo extendido y, paulatinamente, vuelve las palmas de las manos hacia arriba y cuanto más las gira —comparadas con los dorsos, las palmas de las manos son mucho más claras—, parece como si aportaran más luminosidad a la habitación. Sus ojos están cerrados, por lo tanto, duerme o, cerrando los ojos, finge dormir, pero el temblor de sus párpados la delata claramente. También contribuye a que el descanso no sea completo el que sus oídos perciban aquel fastidioso zumbido procedente de fuera, del tejado, de los contrapares del tejado. La mujer tiene los dedos secos, sueltos y muy abiertos sobre la manta, o sobre las tablas, si es que descansa en el suelo. Pero ella está acostada en la cama. También la cara está seca, los cabellos todavía huelen al agua de la cocina, saben a plumas secas, en cambio, las raíces de los cabellos saben a humo. La boca ahora está dura o endurecida; los labios, una corteza endurecida, se cierran y adhieren. En el interior de la boca, donde no llega el sol, la piel de los labios seguramente será más húmeda y blanda. La franja costrosa en la parte exterior de los labios, áspera y reseca por la quemazón del sol, cierra y pega su boca y esta crepita y se agrieta, pero no sangra, sino que más bien se limita a mostrar una nueva franja de piel pálida debajo de ella. Una franja de la franja se ha desprendido de los labios y cuelga de la apretada boca, sin embargo, la mandíbula, que ya tiembla, transmite su movimiento hacia arriba y sacude la piel granulosa de debajo de los ojos y los obliga a temblar; a su vez, este temblor hace brillar y sudar toda la frente y se extiende hasta las sienas y la raíz de los cabellos que

nacen sobre la oreja que percibe el zumbido y que ya saben a plumas de gallina humedecidas, caldosas. Ahora los labios se separan hasta que la boca se abre y expulsa la gruesa lengua como si se tratara de ahogarse.

La mujer yace tranquila en la alcoba y duerme.

No. «No» tampoco es la palabra que dice, porque ella no dice nada, sino que calla y se guarda las palabras mientras fuera, en el nido de avispas, las avispas gimen rabiosas. Los labios arden; ahora la mujer ya no tiene los dedos secos: los tiene húmedos y bien agarrados a la cama. Al parecer, la mujer no puede conciliar el sueño que desea, pues está tensa y se contorsiona y revuelve sin parar y, por si esto fuera poco, empuja hacia un lado la otra fuerza con tal furia que su cuerpo solo se apoya por la cadera y, sin miramientos, se defiende con manos y pies. ¿Cómo (eso corre a su cuidado) podrá dormir en estas condiciones, con el zumbido y gemido de las avispas en la cabeza? ¿Cómo podrá descansar con los muslos tan apretados, con la piel de los muslos fundida que muy adentro ya está resbaladiza y caliente y húmeda? También eso corre a su cuidado.

Por eso, llegará el momento en que ella se tumbará boca arriba y, finalmente, condescenderá. Ahí está la cicatriz sobre su rodilla, pero ella no necesita señal alguna; no tiene ninguna cicatriz, eso es la piel arrugada que luego, cuando encoge las rodillas contra el cuerpo, se alisa y queda tersa. Ahora se trata de perseverar hasta separar estas rodillas con la otra rodilla; se trata de que arriba la lengua, que tiene un insulso gusto a barro, se pegue al paladar, de abrirle los brazos con los brazos y luego, una vez amarrados en diagonal a los cantos de la cama, mirar lleno de curiosidad hacia abajo para ver reír su rostro, destrozado; puesto que ella, quebrantada y quebrándose, yace debajo, se trata de observar con detenimiento cómo alza los hombros apoyándose con los codos, cómo poco le falta para levantarse, cómo a pesar de todo vuelve a caer, sin fuerzas y cómo alzando sus dedos temblorosos intenta asir el aire, mientras sus talones o bien refriegan las mantas de la cama o embadurnan de sudor las tablas del suelo (según el lugar sobre el que esté echada), y cómo ella con esta boca —la boca ajena que gime y la amordaza— respira con dificultad, cómo poco a poco la cara de los ojos vidriosos se desmorona y se aboba, cómo ella, ahora con la expresión auténtica, no fingida, se duerme, cómo cae en un sueño intranquilo, agitado y febril del cual solamente una vez —ahora— su cuerpo salta hacia arriba igual que si estuviera en el agua, sin que, sin embargo, salga ni un sonido de sus labios amoratados, cómo, pues, el cuerpo salta de golpe —me aclaró mi hermano— y, todavía en el aire, es sacudido por el estallido de un fuerte temblor que ni siquiera aminora cuando el enjambre de las avispas zumba haciendo ondear la cortina, sino que más bien aumenta y se intensifica, mientras el enjambre de avispas se amontona sobre la piel líquida y humeante, y ardorosas y soberbias clavan los agujones en la carne; pero se trata de avispas pequeñas, me dijo para tranquilizarme, avispas medianas, dijo, ni siquiera tan largas como

la uña de un dedo de tu pie, apenas son como esta que tengo aquí, sobre mi mano, dijo.

La mujer

La mujer descansa en la habitación tal como debía haber descansado; descansa como quiere descansar. Como descansa, cierra el paso al otro. El otro está sentado contra la pared y piensa qué puede hacer. El viento que pasa por la cortina hace chocar ruidosamente los aros de la varilla y forma cráteres y sinuosidades en los pliegues. La cortina flamea, y a mí me da el sol, y a la mujer, la luz y, para evitarla, se cubre los ojos con el antebrazo, de tal modo que queda ciega y de ella solo asoma la hilera de dientes de su boca. Ha encogido los hombros y los ha dejado caer contra el respaldo. ¿Al pueblo?, pregunta; ¿ahora? ¿Por qué tienes que ir ahora al pueblo? Otra posibilidad es que ella se incline hacia adelante; a él, que permanece callado e indiferente, que en cierto modo no está allí, puede observarlo y, al mismo tiempo, con las manos entrelazadas rodearse las piernas, apretar las rodillas contra el pecho y llevar la cabeza redonda de una rodilla hasta debajo del mentón: así, en esta postura clásica tantas veces descrita, ella puede volver la cara hacia él y observar su cráneo por detrás.

Sus labios están reseco; después de mordérselos durante su ataque de rabia, han encogido y unas grietas verticales los surcan; con los bordes de los labios ahora se rasca y araña ligeramente el dorso de la mano. Dobla el dedo y a un lado de la nariz, sobre la mejilla, abre de arriba abajo un surco en diagonal y, apenas su color claro destaca en la piel, la sangre oscura lo cubre y vuelve a colorearlo. Mientras ella se aparta de la mejilla esta mota de polvo, o lo que sea, tira con fuerza de su piel hacia abajo, hacia las comisuras de los labios: ¿Por qué ahora?, pregunta con el rostro deformado: ¿Por qué quieres ir ahora al pueblo?

Él está sentado junto a ella en la silla; cuando se levanta, se nota dentro de su limpia camisa blanca que, por fuera, en las mangas, todavía tiene las marcas de la plancha, nota sus pantalones almidonados, cuyas vueltas, al levantarse, caen sobre los pies, y nota sus zapatos calientes y siente como si su cuerpo estuviera recubierto de cemento: se siente fuera de lugar. Se siente extraño con este atuendo que lo retiene en este lugar; aquí no se le ha perdido nada; querría irse, querría pasar por delante de ella y seguir andando. ¿Qué le ha sucedido? ¿Es esta vestimenta que no nota o que, si la nota, nota extraña, es esta vestimenta la que lo retiene aquí en la habitación a esta hora del día, a deshora?

Por un instante vuelve a ver, como semidormido, un sendero gris calcinado y, allí mismo, las mondas ennegrecidas de un plátano con la sombra del pájaro de vientre blanco que se agita. No, no ha dormido o como mínimo todavía estaba consciente cuando él, sentado aún en la silla, ha oído que ella preguntaba algo (¿cuándo fue eso?), no, no ha oído a nadie que preguntara, solo ha oído las preguntas que, por sí solas, desde alguna parte, le preguntaban algo, y en los ruidos ha penetrado un sonido que él, en su estado, no ha podido explicarse; es cierto que ha oído el sonido, pero no ha sabido identificar su procedencia; piensa:

entonces; y piensa casi divertido: yo estaba sentado, oía, pensaba, en este tiempo que para él es un tiempo ya transcurrido y pasado. Pero ahora (piensa: ahora) recuerda que él estaba allí, sentado sobre la cama o en la silla y oyó el sonido que ahora reconoce como el toque del reloj, como el único toque del reloj en la Gran Habitación y sigue recordando: cómo después del primer toque, cuando el sonido apenas había hecho caer su mano de la rodilla, muy por debajo de la rodilla, no, cuando el sonido apenas había separado la mano de su cuerpo y, mientras la mano caía, sonaron los dos otros toques y aquello que, ajeno a él, se desplomaba y presentía el frío se sumergió en agua hirviendo, cómo, sin embargo, el susto se limitó a los dedos, que ya no le pertenecían, mientras que el cerebro continuaba intacto. Ahora designa los sonidos que, prácticamente seguidos, golpearon su mano estremecida como el paso de un cuarto de hora, y el sobresalto de la mano penetra tenaz en el cerebro.

Él se encuentra junto a una mujer desconocida en una habitación desconocida. La mujer está tumbada transversalmente sobre la cama, lleva una ropa amplia cuyos pliegues le llegan por encima de las rodillas que ahora gira de tal modo que las desnudas plantas de los pies tocan ligeramente el suelo; la cabeza de la mujer cuelga del otro lado de la cama; esta tumbada de espaldas y mira hacia el techo. Al pensar en esto, a él le viene otra vez el mareo. Desde la pared, la cara de la mujer no se puede ver porque cuelga por debajo del borde de la cama; solo resulta visible (para quién, piensa él) el cuello estirado y el triángulo formado por los huesos del mentón y de la mandíbula inferior; desde donde se halla él, la mujer está descabezada; asiente con el desnudo muñón de su cuello y el triángulo de sus huesos suavemente redondeados; el mentón parece el puño de un bastón, piensa él; no, el cuello es por sí mismo un hueso y el mentón es la cabeza de este hueso.

Con esta mujer él tenía algo entre manos. Ahora quería irse. ¿Qué te lo impide? ¿Qué le impide salir fuera y, siguiendo la viga del techo, dirigirse hacia la escalera? Solo tiene que alzar el bastón, alzarlo, estirarlo e ir avanzando por el camino, su camino, tanteando los contrapares del techo. Sin embargo, dice para justificarse, él no puede distinguir la izquierda de la derecha, arriba de abajo; ciego como es, añade. No, ella no estaba colocada transversalmente en la cama porque él no oye que se levante: más bien, mientras él estaba sentado, ella estaba junto a la ventana con la cara medio hundida en las cortinas y no fue el viento lo que de un golpe desplazó los aros. Doble caída de pliegues, piensa él: suave caída de los pliegues del vestido desdibujada por los miembros del cuerpo; caída dura, derecha, en vertical, de los pliegues de la cortina.

No ha oído cómo ella se levantaba; tampoco ha oído que se moviera de su sitio. De pronto, ella está frente a él y, sin decir una palabra, lo lleva hacia afuera, lo conduce por la pared paralela a la viga de cumbrera, con cuidado, procurando que él ralentice sus pasos demasiado precipitados; lo conduce hacia abajo por la

escalera que cruje, por el pasillo, pasando de largo por delante de la habitación donde duerme el padre que, en su enojo, chasquea la lengua, y lo conduce por el portal de la casa; ya de lejos, a él el calor le abrasa la cara y, de golpe, se encuentra expuesto al sol donde continúa solo el camino sin detenerse porque el tiempo le apremia.

Él piensa sobre sí mismo como si se tratara de otro; piensa sobre lo que le sucede, cuando sucede, como si ya hace mucho tiempo le hubiera sucedido a otro; y, a veces, piensa sobre uno al que ya hace mucho tiempo le sucedió algo como si fuera uno al que todavía le ha de suceder algo. Una vez él se quedó ciego.

El halcón abejero

Este no es el camino. ¿Era pues un camino como el que lleva al depósito de arena? No, tampoco era el camino que lleva al depósito de arena; era un camino extraño que nunca he visto, un camino de campo que no pasaba por campos. A este pájaro con el vientre blanco lo vi una vez, pero no estaba aleteando ni tampoco sobre las mondas ennegrecidas de un plátano; también una vez vi las mondas del plátano, pero no en un camino, sino sobre el zócalo de cemento de un alambrado que cercaba la escuela sobre la que después cayeron las bombas. El pájaro que yo vi oscurecía con su sombra las mondas abiertas del plátano; aunque estaban tiradas en el polvo, indefensas, las mondas se estiraban y erguían bajo los fuertes golpes de la sombra^[6]. Yo vi este pájaro delante de un árbol, junto al depósito de arena; sin embargo, no cavaba y escarbaba en la tierra, como se suele describir su actividad, sino que miraba hacia el árbol con el pico « fuertemente encorvado », abierto; nosotros lo vimos erguido, mirando el árbol. Iba y venía tambaleándose, avanzando a pasitos cortos, recorrió brincando un cuarto de circunferencia y otra vez miró de reojo hacia el árbol, después, empezó a gritar. Nos arrastramos hacia él y con los cuellos encogidos lo oímos gañir, vimos cómo expulsaba sus heces y dejaba un largo rastro tras de sí, entretanto batió sus alas y se fue. Las piedras que nosotros arrojamos cayeron torpes y silenciosas detrás de él, en la arena. Yo vi este pájaro, vi ondear la sombra de este pájaro, que me era conocido, sobre las mondas negruzcas de un plátano y, de tan cerca que estaban las alas del pájaro, su sombra levantaba polvo. No era el camino por el que voy ahora: no vi ninguna piedra, ni vi este tacón de suela de cuero con esta hilera agrietada de agujeros que ahora piso, ni esta lata de conservas aplastada o estas tapas de botella; no vi estas boñigas de caballo polvorientas y pisoteadas; no vi este papel de aquí que quizá, no, que no es una carta y que después de la lluvia de la noche es duro y quebradizo al tacto, tampoco había este surco aplanado, ya sin grasa, de las llantas del carro que rebajan y pulverizan las piedras que sobresalen en el camino; no era el camino en el que ahora, ahora, piso un pedazo redondo de madera podrida, no el camino en el que ahora piso una mazorca de maíz desgranada, no el camino en el que el siguiente paso me llevará a un saco de cemento vacío; no era el camino que hace que el zapato se coloque sobre un clavo grueso, sobre este tornillo, sobre este cartucho vacío que la punta del zapato chuta hacia la hierba; no era el camino en el que ahora, de este paso, surgen los pasos cortos con los que, camino abajo, piso las crujientes cañas del forraje que se perdió, el forraje —cuanto más avanzo, tanto más montones encuentro— que me indica que estoy en la pendiente que traza el camino al acercarse a la carretera; no era este camino de aquí por el que con paso apresurado me dirijo hacia la carretera: la sombra del pájaro ondeaba sobre otro camino.

La veo de nuevo: ahora ya no ondea; está quieta y se pierde en las mondas negruzcas. El pájaro se lanza hacia abajo y al caer aspira su sombra que le queda bajo el vientre; despedaza la sombra y también las mondas, que igualmente podrían ser las de una naranja podrida. El interior de la fruta queda desgarrado, convertido en una serie de cráteres claros y deshilachados; alrededor de este escenario, el polvo recibe el impacto de los pedazos que caen del pico del pájaro. Pero no es solamente en este fruto donde se enroscan los dedos del pájaro; en vano me esfuerzo por ver qué estruja el pájaro entre sus garras; porque ahora, cuando bate las alas, el polvo las envuelve; el polvo se arremolina sobre las alas y sobre las mondas y sobre el camino y oculta, gris y calinoso (como se lee en muchos relatos), la vista, de modo que, por mucho que yo me esfuerce, la humeante polvareda no me deja distinguir ni el lugar del impacto ni lo que lo rodea. Los pasos ya empujan y desplazan el pie hacia el caliente alquitrán líquido.

El sol

Me dará igual si no ha venido nadie porque lo pienso. Si pienso que allí no hay nadie, me dejará indiferente que no haya venido nadie. Tengo que decirme a mí mismo que me dará igual para que, si no ha venido nadie, me dé igual. Del mismo modo que hace un sol que abrasa, yo tengo que pensar eso y, pensando, prepararme para que mi hermano todavía no haya llegado. Si pienso eso, me dará igual, porque antes ya habré pensado que él no vendrá. Este es el sol bajo el que tengo que pensar que, cuando yo llegue al pueblo, no descenderá nadie o que quien descienda me será desconocido. Como no conozco a nadie, el autobús me dará igual. Me dará igual si no ha venido nadie, de modo que allí no hay nadie porque lo puedo decir. Porque pienso si llegará alguien, mientras viene el sol, cuando a mí me da igual. Como escribe él en la carta, donde el sol avanza para que nadie sepa dónde está el sol. Me dará igual si el autobús llega vacío porque el sol ya avanza, cuando aquí está parado, antes de que llegue el vehículo. Del mismo modo que sigo avanzando, para no tener que estar parado, porque antes ha sido pensado, para que el sol me atraiga. Como escribes tú en la carta, para que nadie sepa que esto es el sol. Del mismo modo que ahora puedo hablar, porque él está allí bajo el sol, aunque eso a mí me da igual. Dará igual si no ha venido nadie porque lo pienso. Porque lo pienso, aunque el sol me atrae, me deja indiferente. Para que esté preparado, cuando lo pienso, aunque el sol me atrae. Y si él pasa de largo, me dará igual, puesto que el sol ya se mueve, aunque cuando ha sucedido, esto me deja indiferente, porque lo he pensado.

El paseo del domingo

Al segundo jugador de cartas —el primero con el que él se cruza en la calle — lo llaman cocinero, aunque es carpintero, por su difunto padre, porque, tiempo atrás, su difunto padre trabajó de camarero en un pueblo más grande de la misma comarca. El jugador sigue su camino bajo el ancho y umbroso sombrero, cuya ala, que cae sin apresto por todos los lados, parece abatida a quien la mira; así pues, aquí, tomando una parte por el todo, el sombrero será denominado sombrero acampanado. Cuando el jugador advierte la presencia del otro, aminora el paso, pero sin llegar a detenerse del todo y le pregunta por lo que le viene en gana preguntar. Certo, contesta secamente el otro, y el jugador cree que el otro tiene prisa porque cuando pasa por su lado no mira: parece como si llegara tarde a algo y no pudiera darle tranquilamente una respuesta para que él, el jugador, esté informado y no llegue a la partida antes de que los de la casa se hayan levantado, no llegue ni demasiado pronto ni tampoco demasiado tarde. El otro camina deprisa sin que por eso se le empape la espalda de la camisa, avanza atropelladamente mientras su calzado husmea, mientras la cabeza se inclina, la oreja se estira hacia adelante y el brazo libre lo protege de un eventual choque con alguna pared, un ciego que juega a la gallinita ciega, pero sin moverse en círculo, sino en línea recta, porque adivina dónde está el escondite del que se esconde, con el aire de quien está a oscuras y busca el interruptor de la luz, pero con la cara de astucia, con la grandeza y valentía de los ciegos, con los desnudos párpados cerrados, con esta expresión cerrada que el sol luciente enmascara de negro y que hace que los otros dos hombres que van juntos y se le acercan —de lejos él ya los ha identificado como el primer jugador de cartas y el tercero, el que abre el juego— no puedan resolverse de inmediato a dirigirle la palabra hasta que, finalmente, el tercer jugador, a quien, en memoria de su padre ahorcado en un fresno durante la guerra, llaman el bandolero, aunque de hecho él se dedique a sepultar a los muertos, pregunta susurrando al primer jugador al que, aunque de hecho sea tejador, apodan el extranjero porque una vez su padre, que murió de muerte natural, alimentó el (infructuoso) plan de emigrar al extranjero, pregunta, pues, al primero, susurrando, dudoso y guiñándole el ojo, si podrían molestar al otro en su camino, ya que, si no se engañaba, parecía que el ciego hoy tuviera algún objetivo, como si fuera a llegar tarde al cine o al partido de fútbol; no obstante, al pasar por su lado, los jugadores guardan silencio o se limitan a dar las pocas, amables palabras del saludo para que de ninguna manera él sienta que lo interrumpen, ahora que, sin agarrarse a nada (porque hoy no lleva una chaqueta a cuyo dobladillo pudiera agarrarse), se conduce a ciegas (por así decirlo) a sí mismo y avanza tan deprisa que, dando tumbos y sin pensarlo dos veces, se coloca en el arcén de la carretera, o ahora que los coches lo confunden y se desvía de su rumbo y ya no sabe adónde va y al final incluso

se olvida de que está andando, aunque ya se comprende que eso es imposible porque bajo sus suelas siente la grava o la arena que lo guían y, si se desvía, como los conductores tienen ojos en la cara, lo verán y frenarán. Esto por un lado. Y por otro lado: él ya está pasando junto al campo de deportes y allí hay gente suficiente que le puede gritar o avisar, cosa que de todos modos no considero necesaria porque, al fin y al cabo, este es su camino habitual, ahora bordeado a derecha e izquierda por dos hileras de niños, que, sin embargo, hoy domingo no pretenden, como es su costumbre, hacer pasar un mal rato al ciego, formando, por ejemplo, una cadena que le corte el paso. Por el ciego los niños no dejan de mirar el partido de fútbol, no sea que se vaya a pensar que él es importante para ellos, aunque en el fondo sea un mentiroso, de eso se le acusa en secreto, no obstante, de momento, las voces que le insultan no van a alzarse sobre las otras porque la evolución del partido es lo primero y mantiene las lenguas atadas, así que cuando finalmente ahora (¡venga! ¡empecemos!) se lanzan a dar los tan esperados gritos, esto ya no tiene ninguna importancia porque aquel (el caminante ciego) ya está lejos, delante de la señal indicativa de la localidad, donde ya no puede oír al cabecilla, el hijo todavía pequeño del carnicero —los compañeros lo apodan por el oficio del padre— que ha tomado la delantera y cede la palabra al que tiene más cerca y a este siguen luego los dos hijos todavía pequeños de la comadrona —los compañeros los apodan por el oficio de la madre— de los cuales el primero, apartando su mirada cansada de los cansados jugadores, cede la palabra, acompañándola de un adjetivo, al segundo y este la cede a otro; ahora que el ciego ya ha dejado atrás la señal ya no puede percibir el griterío que sale de los carrillos hinchados de todos ellos, o quizás los gritos no iban dirigidos a él, o solo un poco y en todo caso mucho más a los jadeantes jugadores que, en la cancha, no se toman en serio los gritos. Una vez ha dejado atrás el rótulo de la localidad, el ciego se topa con una multitud de personas que, después de un reparador sueño, salen despejadas a la calle. Encabezan la muchedumbre las tristes hijas del maestro, apodadas las «tristes hijas» por su padre recientemente muerto, acompañadas de un hombre de mediana edad a quien en el pueblo se recurre para asuntos administrativos de poca monta, apodado «el expósito» (lo hallaron en territorio estatal) por sus padres adoptivos, acompañado por el «segundo maestro», por motivos incomprensibles apodado «tercer maestro», acompañado por la tía de las hijas, la maestra, directora provisional de la escuela, apodada «sistema escolar», acompañada por la madre de la tía, apodada «iglesia» por sus convicciones, acompañada por el director de la administración, elegido como representante de los ciudadanos, apodado «sistema político», acompañado, además, por los hijos ya mayores del director, apodados «los camaradas», acompañados, además, por el doctor borracho, apodado «el tronco» (es decir: idiota) por el hijo que engendró en una borrachera, acompañado, además, por los hijos ya mayores del «segundo

maestro», apodados A, B y C, acompañados, además, por los hijos ya mayores del veterinario, apodados «el auténtico» y «el falso», acompañados además por el hijo ya mayor del secretario de la administración, apodado «el guerra» por las conversaciones de su padre y, finalmente, acompañado por el hijo diminuto, todavía pequeño, del peón de la finca, apodado «el paz» por las conversaciones de su padre; todos ellos no se separan para nada de las «tristes hijas» del maestro que, a paso lento y entre chistes y jugueteos, salen del pueblo para recrearse; todos sin excepción tienen la mirada puesta en el ciego que anda a toda prisa, que no tiene la culpa de ser así, porque no puede defenderse (mete baza desde atrás el hijo del peón de la finca), como si tuviera alguna importancia ser así, porque de todas formas, sí, por su parte, debería decir una buena palabra, aunque, sin haber dicho nada, los espectadores no aciertan a comprender por qué el ciego no se deja guiar, pues no deja de ser cómico andar con esa precipitación (¡basta ya! ¡ahora, ya basta!, exige enfadada la madre de la tía). A todo esto, puntualmente, entra el coche en el pueblo en medio de una gran polvareda. El gendarme, llamado así aunque no vaya armado, ve bajo la ventana, desde la cual en caso de emergencia divisa tan bien como puede el pueblo, al hijo del señor Benedickt que está a punto de correr en línea recta entre la polvareda hacia el coche detenido. Prescindiendo de que mientras avanza a toda prisa hacia el coche de línea parece un poco agotado y desastrado —seguro que la larga caminata bajo el sol abrasador ha contribuido a ello—, el chico da una impresión tan clara de actuar de buena fe y de ser digno de confianza que la sospecha que su desproporcionada precipitación despierta en el gendarme queda totalmente disipada y, más aún cuando, hasta la fecha, que este sepa, nada desfavorable ha llegado a sus oídos contra la persona de aquel. Delante del cine hay plantados dos hombres —los dedos pulgares en sus cinturones— a los que apodan Toto y Lotto^[7], los cuales, cuando ven al ciego mover a toda prisa los pies y hacer un visible esfuerzo por llegar al coche antes de que este se vaya, interrumpen su conversación y siguen con curiosidad sus pasos. Pero antes uno de ellos se ha vuelto hacia el coche abierto en el que, justamente ahora, mientras el ciego se acerca a través de las nubes de polvo que todavía flotan en el aire, el conductor cierra la cartera con los billetes y la cuelga de la correa que tiene a su lado y, mientras el ciego (llega o no llega) tropieza por atrás con su bastón con el tubo de escape, el conductor cierra las puertas —ahora ya ha esperado bastante— (más deprisa, qué sucede, no te rindas, no te pares, no se irá, hasta la puerta, solo tienes que llegar hasta la puerta), aprieta el embrague, pone la marcha e, inmediatamente, suelta el freno de mano y, a medida que lo suelta, va apretando el acelerador y suelta también el embrague y se pone en marcha, de modo que habrá ganado o el uno o el otro, porque los dos habían hecho una apuesta, aunque este desenlace ya era de esperar, desde un principio era previsible.

La partida de cartas

Una vez estaba yo sentado debajo de la mesa mientras ellos jugaban a las cartas y ya no pude salir. Había dormido allí debajo y, cuando desperté, me vi rodeado de ocho zapatos y ocho piernas que eran los barrotes de mi reja. Me puse en cuclillas y di con la coronilla contra la mesa, al chocar, los cubiertos del cajón tintinearón. Me agaché y exploré con la nariz los olores que desprendían los jugadores; con el oído, los sonidos que emitían y con los dedos, las manchas del zumo que escupían al suelo por entre los muslos que ya separaban con esa finalidad. Por lo general, la mano que palpaba el suelo topaba con los restos cristalizados del zumo derramado en domingos anteriores, por eso, a los dedos les cogía por sorpresa cuando resbalaban en los pocos restos recién escupidos. Acurrucado bajo la mesa, meneaba yo la cabeza pensando cómo hallar una solución: los zapatos de mi padre, que reconocí porque tenían los cordones desatados metidos bajo las suelas y las lengüetas colgando, estaban bien separados el uno del otro, en cambio, más arriba, en los pantalones, las rodillas se rozaban entre sí; quedaba ahí un espacio amplio que por la parte de arriba se estrechaba, por lo tanto, el que quisiera salir solo tenía que animarse, abrirse paso por entre la piernas y quedaría en libertad. Me retiré un palmo hacia atrás hasta que mis talones tocaron los zapatos del tercer jugador y calculé el espacio que tenía que recorrer. ¡Arrastro!, gritó mi padre. Yo me decidí y me introduje por entre los barrotes de la reja, pero entonces mi padre, mientras recogía, enérgico, las cartas de la mesa y se las acercaba, apretó las rodillas, juntó los pies y aprisionó el cuello de su hijo, el cual quedó como entre las mordazas de un tornillo de banco: ¡ha pasado!, dijo mi padre triunfante con la mano plana sobre la baraja; recogió las cartas y las barajó sin levantar los brazos de la mesa, sin respirar y sin aflojar las mordazas de debajo de la mesa; con el pulgar izquierdo, que regularmente se llevaba al labio inferior, retiró una a una las cartas de la baraja que sostenía con la mano derecha, las cartas restantes las colocó en el hueco de la mano izquierda entremezclándolas con las que ya había separado y luego, después de que a su derecha también el primer jugador pusiera la mano sobre la baraja, repartió las cartas en círculo, empezando por la izquierda y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, pero ahora con la ayuda del pulgar derecho (antes se había servido del izquierdo) que retiró, humedecido, de los labios; por lo demás, tenía el cuerpo enderezado contra el respaldo de la silla y así dio a cada uno la carta que le correspondía. Cuando tiré hacia atrás la cabeza con las orejas plegadas hacia adelante, el padre no obstaculizó los movimientos del hijo. ¡No pasará!, gritó mi padre al que era mano, a lo que este respondió: ¡eso ya lo veremos!, a lo que su compañero añadió gritando: ¡quien ríe último...!, pero el último jugador les preguntó en voz baja qué era lo que estaban diciendo y les hizo callar severamente. Las piernas del padre estaban cerradas,

pero se podía pasar por ambos lados, no obstante, cuando quise hacerlo, él puso hábilmente el zapato aquí y después allá mientras, arriba, dirigía su mirada burlona a este y al otro y tranquilo les repartía las cartas. Yo me senté y miré hacia arriba, hacia el cajón, en la parte trasera tenía una juntura por donde se podían poner los dedos; ¿qué pasa?, gritó mi padre, ¡voy!, gritó el mano, ¡no lo toméis a mal!, gritó su pareja, ¡ya veréis!, amenazó por lo bajo el último mientras yo le hundía el cajón en el estómago; él, por su parte, cerró el cajón con suavidad y añadió triunfante: ¿qué os había dicho?, y con ello causó a los otros un disgusto tan grande que se les cortó la respiración. Oí cómo con todo el brazo doblado recogía las bazas hacia su montón sin darles la vuelta ni cubrirlas. ¡Aquí se ha hecho trampa!, gritó pasado un buen rato el mano, que estaba sentado en el banco de la pared y, por lo tanto, no me sirvió de nada que, al hablar, levantara los zapatos. Me arrastré hasta una pata de la mesa y con la mirada inspeccioné los calcetines de su pareja que parecía excitado por el juego: ¡seguro!, gritó este por encima de mí a los de la mesa, ¡aquí hay gato encerrado! Pero, cuando estas palabras salieron de su boca, avanzó un zapato y lo colocó en vertical delante de mi cara. Me arrastré de nuevo hasta el centro de la mesa. Me tumbé boca arriba. Me tumbé boca abajo, me arrodillé y, arrodillado, me puse a dar la vuelta. Di la vuelta de rodillas, rozando con los hombros los barrotes de mi reja y, no obstante, los hombres ni se inmutaron. Agarré las piernas de mi padre por encima de los tobillos y examiné la habitación a través de ellas: sobre la cama del rincón se acurrucaba mi hermano y me devolvía la mirada medio dormido. Con elocuentes miradas le di a entender lo apurado de mi situación, no obstante, él no dio muestras de que pensara hacer algo, más bien, inmóvil y como mirando sin ver debajo de la mesa, fingía un estado de somnolencia posterior al sueño que, en cierto modo, lo dejaba aturrido, aunque fuera solo a la vista de aquella cabeza que empujaba a través de las rodillas del hombre que estaba sentado. Pero este, mi padre, con una mano juntó de golpe en una pila todas las cartas que había esparcidas sobre la mesa y se inclinó con el otro brazo bajo la mesa para librarse de las garras del hijo; a todo esto, arriba, su voz alterada mostraba enojo y, respirando con dificultad, dio a entender (en otros términos) entre un torrente de palabras que, tan cierto como que él estaba sentado ahí, no podía seguir contemplando cómo en su propia casa no se respetaba el derecho a la morada y, menos aún, que un don nadie, un filibustero, lo desacreditara. Continuó reprendiendo a los presentes, no obstante, en lo que siguió no quedó claro quién o qué lo había molestado de aquella manera que imposibilitaba que él contuviera su enojo. No contento con esto, encareció a todos que aguzaran bien el oído y reflexionaran sobre las mentiras y falsedades que se contaban hoy en día, infundios tales, vaticinó él, que el vecino tendría que controlar al vecino, y el marido, a la mujer, para que un día, al despertar, no se encontraran con los graneros y los establos desolados, porque eso, como se

podían imaginar, no sería precisamente un plácido despertar. ¡Se acabó el juego!, gritó, después, demoledor, con la cara cada vez más enrojecida llena de desagradables manchas. ¡Hay que ir al fondo de la cuestión!, gritó aprobatoriamente el mano. ¡Por supuesto!, gritó su pareja. Pero tú has repartido, dijo en voz baja el último jugador desentendiéndose del injustificado reproche. ¡Y mal repartido!, dijo el mano recogiendo la acusación. ¡Hubieras cortado como es debido!, dijo mi padre pasando el reproche en el sentido de las agujas del reloj. ¡Cortar como es debido!, se atrevió a contradecir la pareja, ¡como si la cosa dependiera del corte! ¡Una palabra más y...!, lo amenazó peligrosamente mi padre. ¡Vayamos al grano!, dijo el último jugador. ¡Al grano!, intervino el mano. ¡Y sin pérdida de tiempo!, añadió su pareja. ¡El juego ha terminado!, se resignó finalmente mi padre, después de mirarlos uno a uno con arrogancia durante un buen rato. Le hice una seña a mi hermano; le hice una segunda seña; le hice señas intermitentemente. Luego yo mismo me convertí en una seña cuando, desde abajo, con la mesa apoyada sobre la cabeza, estiré los brazos y abrí las manos para sujetarla; junté los pies talón con talón y los separé dando un paso hacia adelante, se me agarrotaron; cuando por encima de las mejillas miré de refilón los brazos pude ver a través de la camisa el temblor de mis músculos. Las rótulas se pusieron blancas de tan afiladas, vi cómo los dedos del pie se entrelazaban unos con otros y perdían estabilidad, apenas la mesa tuvo aire por debajo, sentí en los genitales el tirón del miedo y mis ojos se nublaron. Levanté la mesa con sus cuatro patas y quedé paralela al suelo de tal modo que los hombres hubieran podido poner sus zapatos debajo y, si hubieran querido, la mesa habría descansado sobre los zapatos. Pero cuando yo, testarudo, me volví hacia mi hermano, la mesa resbaló por un hombro y cayó de lado; oí cómo la mesa volvía a tocar el suelo con dos patas. Entonces, agaché la cabeza y la mesa tocó el suelo con las otras dos patas y quedó tal como estaba antes, solo que, según comentaron luego los hombres entre ellos, las sumas de dinero que había encima de la mesa tintinearón y sonaron un poco. ¿A quién le toca?, gritó arriba mi padre, sí, ¿a quién?, gritó el mano, ¿eso me pregunto también yo!, gritó su pareja, te toca a ti, dio a entender calmadamente el último jugador, ¿yo?, gritó el mano, ¡no lo veo nada claro!, gritó su pareja, ¡reparte ya de una vez!, dijo el último en voz baja disipando todas aquellas dudas y ya no dejó hablar a nadie más, y así fue cómo se enfadaron en serio y no volvieron a estar contentos en toda su vida.

La palabra «esconderse»

Me gustaría esconderme. Por lo tanto, me voy y me escondo. Mientras camino, voy pensando dónde puedo esconderme. Luego pienso que no soy yo el que camina, sino que son esos pies de abajo los que caminan, y que no soy yo el que piensa, sino mi cerebro. Porque, si se tiene en cuenta que estos pies me pertenecen, que son mis pies los que caminan, entonces no puede ser que sea yo el que camina; y tampoco el cerebro, que piensa como mi cerebro, puede ser yo, porque es mi cerebro, porque el cerebro es mío y lo que es mío no puede ser yo. No puedo ser yo el que está aquí pensando. No puedo esconderme. Mi cerebro ha estado pensando si yo podía esconderme de los otros, pero yo no puedo esconderme, porque una cosa no puede esconderse a sí misma. No puedo esconderme. Por lo tanto, tampoco mi cuerpo puede esconderse: no puede esconderse; una de dos, o soy yo el que puede esconder mi cuerpo o mi cuerpo puede esconderme a mí. Pero yo y mi cuerpo no somos lo mismo: esta es la razón por la que no puedo esconderme. No obstante, puedo gastar bromas; como no sé qué es *yo* y, sobre todo, tampoco sé qué es *me*, puedo gastar bromas si me pongo a disimular y hago ver que no me extraño, hago como si supiera qué soy yo y así, en el momento adecuado, puedo esconderme de los otros sin que, debido a la conmoción de las venas, los pies ya no puedan transportar el cuerpo. Me burlo de algo o, mientras busco el escondite, me burlo de mí mismo y me divierto. Me divierto, me escondo, me pregunto quién es yo como si fuera posible preguntarme a mí mismo. A todo esto, mi cuerpo es escondido por los pies. De mí mismo no hace falta que me esconda, porque yo no puedo verme a mí mismo; porque soy ciego, es decir, mis ojos son ciegos, es decir, mis ojos no son ojos, es decir, por así decir, yo no soy. Pero, mientras me escondo, puedo burlarme un poco de mí mismo y olvidarme de mí.

El vestíbulo

« A esta hora el vestíbulo del cine todavía puede hallarse vacío. La mujer que vende las entradas mediante las cuales se alquilan los asientos el tiempo que dura la película ya ha estado antes en el vestíbulo, creyendo buenamente que, entonces, más o menos una hora antes del comienzo de la proyección, algunas personas desearían entrar en este espacio fresco y aireado y estarse por ahí, mirando los carteles y las fotos y, según la expresión de las caras, deducir si la película sería una comedia o un drama. Pero luego, al ver que los que esperaba no venían (¿cuál podría ser la causa?), o bien se ha quedado dormida en la taquilla y se ha perdido, por así decir, en el trabajo de dormir —el antebrazo apoyado poco más o menos sobre el mostrador, la boca prieta, sin hacer ruido, el otro brazo detrás de ella, colgando laxo sobre el respaldo de la silla—, o bien se ha ido y, al irse, ha olvidado cerrar la puerta. Como es sabido, en el vestíbulo se está fresco o, al menos, esto es lo que parece al entrar. Ahora es posible seguir dando vueltas porque el vestíbulo está vacío. No se oye nada: esta es la expresión. Uno puede probar las distintas posibilidades que hay para sentarse en los distintos bancos y ponerse de acuerdo sobre cómo seguir procediendo. Cuando uno mete su cuerpo entre las mesas y bancos pulidos y barnizados, las yemas de los dedos dejan sobre el barniz cuatro líneas de sudor con cuatro bordes que se difuminan. Ahora, encajonado entre la mesa y el banco arrimado a la pared, se ofrece la posibilidad de meditar sobre la situación. Uno hará esto, el otro no hará nada; el otro no hace nada mientras está sentado a la mesa en silencio. Ningún ruido molesta al que está sentado, de la pared le llega un frescor agradable, de la mesa también le sube un frescor por los dedos que tiene como separados de él, igual que si se los hubiese destornillado. Las condiciones le son favorables: tal como está sentado ahora, aún tiene tiempo; aquí, sentado en su rincón tiene, así es como se dice, las piernas estiradas; aquí tiene la posibilidad de librarse de lo que le sucede; puede aprovechar el lapso de tiempo que va desde el momento en que entró él hasta el momento en que entrarán los primeros espectadores para, con todos los medios a su alcance, sumergirse en sus pensamientos a fin de que estos, pacíficamente, se pongan de acuerdo entre sí. La calma (esta es la segunda expresión que recuerda) murmura en su cabeza. Mientras está sentado y recuerda, a veces su cara se abre y, rápidamente, vuelve a cerrarse; en vez de pensar, mientras sonríe y mientras no sonríe, despidе más y más nubes de calor hacia la mesa, hacia el banco, hacia la pared y hacia el aire que lo envuelve hasta que los primeros espectadores golpean los cristales de la taquilla para despertar a la mujer y a él lo echan del vestíbulo.»

El sistema de alarma

El operador de cine, con una botella de cerveza entre las rodillas; el operador de cine, con tres rebanadas superpuestas de pan en las manos, con tres rebanadas superpuestas de pan en la boca, masticando nerviosamente; el operador de cine está estirado sobre tres sillas o sobre dos sillas y un pequeño taburete, está estirado en su cabina, atrás, sobre el jardín, la botella vacía con los restos de espuma está de pie donde está o está tendida donde se dejan las botellas vacías, debajo de donde está el hombre o en otra parte. Él duerme o no duerme, ha bebido o ha permanecido sobrio, pero, duerma o no, lo que es seguro es que sigue masticando el pan y, si es verdad que hasta ahora ha dormido, entonces, ahora y a no duerme más. Y sin embargo, aunque no duerma, cuando se levanta de la mesa donde ha estado pegando la cinta y, balanceándose y tambaleándose, se dirige hacia el magnetófono igualmente parece como si no estuviera despejado. Se despierta a sí mismo cuando, al girar el interruptor, la cinta que se pone en marcha roza sus uñas y le da un sobresalto. Pero si esta sensación arenosa en las uñas todavía no lo ha despertado, entonces (esta es la tercera expresión) serán el altavoz de la cabina así como el altavoz de la sala de abajo, que ha sido encendido paralelamente y emite la música que siempre suena antes de la película, los que sacudan el sueño del operador de cine. Y no obstante, sus movimientos, que ahora lo acercan hasta la ventanilla que hay entre los dos proyectores, siguen siendo los mismos; el único signo de que está despierto es el crujido de los dientes que mastican con fuerza y, al morder, dientes y mandíbulas cubren de sombras las mejillas. A través de la ventanilla subida —una línea horizontal sobre su cráneo—, el operador espía la sala de abajo: ve, una detrás de otra, las quince (más o menos) hileras jaspeadas de negro en los bordes superiores de los respaldos, azules por la luz lila que proviene del techo de cristal opalescente y, cerca de las salidas, anaranjadas y violetas por las luces rojas situadas encima de los batientes de las puertas. Todavía no ha entrado en la sala ni un espectador, y eso que la música invita a pasar. La estufa redonda, esta es la cuarta expresión, despide destellos metálicos desde el centro de la pared sin puertas. La pantalla de proyección y la tarima que está delante de la pantalla, de momento, están excluidas de la descripción. La gruesa cortina roja de la entrada con los bajos ennegrecidos por la grasa se abomba pesadamente cada vez que, afuera, uno de los espectadores, o uno que tiene que anunciar algo en voz alta, entra en el vestíbulo y también cada vez que los que vinieron abandonan en grupos el vestíbulo. No obstante, afuera, los demás conversan con una discreción y tranquilidad admirables; la chica del quiosco vende sus golosinas y su entonación es tan peculiar que tanto su voz como lo que dice destacan entre las voces confusas de los espectadores y son perfectamente audibles incluso en la cabina de proyección. Pero como el operador de cine está comiendo una

manzana y, al morder, le rechinan los oídos, no ha entendido nada de lo que ha dicho la chica. Por esto, también le tienen que repetir una y otra vez la pregunta que le han hecho en la cabina de proyección mientras él sacaba la cabeza de la ventanilla y, sin enderezarse, se retiraba hacia atrás con la visión de la sala vacía todavía en la mirada. ¿Qué relación tiene esto con el olor a cola? ¿Qué relación puede tener esto con el siseo del aparato? ¿Es una lima eso con lo que él vuelve a raspar la cinta ya tensada en la prensa? Mientras abajo, al otro lado de la cortina, otra chica, todavía desocupada, cruza las piernas y se muerde las uñas para tenerlas a punto cuando corte las entradas, arriba, el operador ya indica al visitante que está sentado en el taburete donde tiene que acomodarse y este con oído complaciente puede entender su explicación. El operador de proyección y su visitante se conocen desde jóvenes. Aunque la entrada a personas ajenas no está permitida, el visitante viene aquí con frecuencia a pasar el rato y, sentado, escucha la película que ponen mientras mastica algo, igual que el operador. Sin embargo, hoy plantea una pregunta porque siente curiosidad por ese primer y denso murmullo que viene desde la calle y que él mismo no acierta a explicarse; mientras habla, su mano rasguña los restos de la cola para películas que se ha derramado detrás de él, por eso, cuando luego se lleva la mano a la cara, esta sabe a cola y a laca. La sala todavía está vacía. ¿Cuál puede ser el motivo por el que la gente aún no ha entrado en la sala?, pregunta el visitante mientras se limpia los dedos con un pañuelo.

En la pantalla solo se ve una imagen fija, anodina, que hace publicidad de algún producto; las palabras sobreimpresas que hay debajo de las diapositivas sonoras con el nombre de la entidad comercial son reforzadas por el altavoz para que se escuchen bien. El operador, esta es la última expresión, se encoge de hombros; hinca los dientes en la manzana tan ablandada por el sol que parece goma y, de paso, con los labios arremangados se saca de la boca las palabras para la respuesta. La cortina roja ahora no para de abombarse y alisarse; los compradores de entradas abandonan ordenada y rápidamente el vestíbulo por la puerta que se abre hacia fuera; la última en abandonar el cine es la mujer de la taquilla, la cual, después de haber oído varias veces el murmullo, corre el cristal de la ventanilla y sale sin que su modo de andar o comportamiento demuestren excitación alguna. El operador, que sin parar de masticar ha sacado la cabeza por la ventanilla de la cabina de proyección para poder observar la sala, gira ahora su cara hasta la mitad por encima del hombro —sus mandíbulas son muelas de molino— y, ahora, con la barbilla hundida en la clavícula podría intercambiar una mirada significativa con su visita aunque no tendrían por qué entablar conversación. Sin embargo, el visitante se pone locuaz y adopta un aire de despreocupación, totalmente exagerado, mientras tantea en el cajón de la mesa que tiene a sus espaldas buscando una manzana; cuando hinca los dientes en la fruta, hace una pregunta sobre el alumbrado de emergencia que deja al operador

desconcertado. Entonces, este, extrañado, pregunta a su vez si el visitante pregunta solo por preguntar. ¿Qué sucede si la película empieza a arder?, pregunta de forma más concreta el visitante. Enseguida el operador le explica que en el proyector hay un mando llamado interruptor de incendio y, al decir eso, se pasa la palma de la mano por el cuello trazando un semicírculo, desde la nuca hasta la nuez, como si quisiera secarse el sudor, luego mete la mano por entre los botones de la camisa y continúa explicando al visitante que el interruptor consta de dos tubos de transmisión unidos por una mecha de nitrocelulosa y que, en caso de que la película arda, arde también la nitrocelulosa, la tapa de seguridad contra incendios cae y, en la sala, dice, inmediatamente se enciende el alumbrado de emergencia, el cual, especifica el operador mientras debajo de la camisa su mano pellizca la piel de su pecho, no depende de la línea general de electricidad, sino que es alimentado por una batería. El operador añade que el alumbrado al que se refiere está instalado en el techo y, para más exactitud, dice que se trata de dos cristales acanalados cada uno con dos lámparas de tantos y tantos vatios que emiten una luz de una claridad deslumbrante. A todo ello, el visitante pregunta si, en un primer momento, la sala no queda completamente a oscuras, y se da prisa en engullir el bocado para no perderse la siguiente respuesta del operador. Este contradice al visitante argumentando que, a menos que falle toda la red eléctrica, siempre queda el alumbrado de emergencia del zócalo en funcionamiento, pero que, no obstante, concede con seriedad mientras va hacia la puerta de la escalera y escupe los restos de la manzana en el jardín, si se da el caso de que toda la red deja de funcionar, sea por una tormenta sea por un suceso inusual, la sala, en la que hasta el momento únicamente la luz de la película proyectada atraía la mirada, quedará de golpe (de golpe, el visitante caza la palabra al vuelo) a oscuras como en la plaga de Egipto y luego clara como el día (clara como el día) gracias al sistema de alumbrado de emergencia al que ya se ha referido al inicio de la explicación. Durante la película, los espectadores no habrán apartado los ojos de la pantalla, dice el operador para ejemplificar lo expuesto, entonces, de repente, sus ojos se verán atacados por la oscuridad egipcia y el espectador ya no sabrá dónde tiene la cabeza y, por ende, perderá la orientación sin poder determinar si está allí sentado o tumbado, si está en el aire o bajo el agua, con lo cual, prosigue el operador, no es raro que suceda que, ante esta incertidumbre y a fin de asegurarse del lugar en el que están o de que como mínimo están presentes, los espectadores empiecen a silbar, vociferar y patear, como si armar jaleo fuera un medio para convencerse de la propia presencia y de la existencia. El operador aclara que luego, con la luz, es como si los ojos abiertos de los espectadores explotaran, pero inmediatamente debilita el efecto de sus palabras añadiendo que, con las golosinas y los chicles pegados al paladar, si los espectadores —en realidad ya no merecerían ser llamados así— buscaran dichas golosinas, solo hallarían una sensación de asfixia en la faringe y

una opresión y un dolor en el esófago. Para confirmar lo dicho, el operador explora con la lengua su paladar y un ligero hormigueo le indica que en alguna parte todavía debe de quedar un resto de la manzana. Encuentra el resto en la mano. ¿Pero qué pasa si los interruptores de incendio no funcionan? En ese caso, prosigue el operador que no se cansa de dar explicaciones, hay un mando de emergencia conectado a la cámara de lámparas con cuya ayuda esta se desconecta y, entonces, las tapas caen y protegen la película del fuego. Pero ¿qué pasa si el mando de emergencia también falla?, pregunta el operador adelantándose a las preguntas que el visitante ya tiene en la punta de la lengua. Entonces todavía quedaría el llamado mando de evacuación, que está fuera, al lado de la escalera de madera, con el cual se puede dejar sin corriente la cabina incluso durante la evacuación. De acuerdo, todo esto está muy bien. Pero ¿no podemos también imaginarnos que no sea la película la que empieza a arder, sino las butacas de la sala o los vestidos, en invierno, por ejemplo, por culpa de alguna chispa que se escape de la estufa que funciona con serrín? O dejemos el fuego y centrémonos en otra cosa: ¿no podemos imaginarnos que un día caiga una bomba sobre la sala completamente llena?

Mientras tanto, el operador se ha vuelto a agachar y mira por la ventanilla. Ya era hora, dice aliviado al oír otra vez abajo, en el vestíbulo, los pasos de la gente que se acerca y que, después, pálida y todavía sin habla, separa las cortinas y entra en la sala. La gente todavía no se precipita hacia la salida porque no sabe lo que le espera. No le espera nada a la gente, dice el visitante mientras ahuyenta los pensamientos con los que ha estado jugando disparatadamente. Pero, como no ha expresado sus otros pensamientos, el operador, que con un dedo hurga en una semilla que le ha quedado entre los dientes y además está ocupado en otras cosas (la cinta vibra en el proyector), no puede entender qué quiere decir la visita con estas palabras.

La gente esparcida por la sala —después del alboroto que se armó delante del cine se había quedado sin habla— recupera el habla como de milagro; con los brazos apoyados en los respaldos de las butacas libres, un ojo bizco hacia la pantalla, la gente habla (esto el operador no puede oírlo bien) de una desgracia o de un incidente o de un suceso especial ocurrido en la calle.

La noticia

¿Por qué se apresura él de ese modo? Cuando oye que algo sucede en este momento o que ya ha sucedido (hay un incendio en algún sitio, alguien ha tenido un accidente); cuando oye que ha sucedido algo, pero no puede entender qué cosa ha sucedido o no entiende el nombre de la persona afectada en el incidente, entonces, lo que ha oído lo deja paralizado en su sitio: primero, se considera a sí mismo la causa del alboroto y se palpa por si acaso está ardiendo o, como ya ocurrió una vez, por si le vuelve a salir sangre de la cabeza. Cuando oye que en la calle rien a carcajadas sin que pueda adivinar el motivo de las risas, entonces, inmediatamente se lleva las manos a la cara o a la ropa por si hay en él algo vergonzoso o degradante. Luego se da cuenta de que la cosa no va por él o, al menos, no personalmente, sino que tal vez hablan de alguien muy cercano a él. Ninguno de los que siguen reunidos a ambos lados de la calle se atreve a decirlo. No hace falta que interrumpen la conversación o que empiecen a cuchichear cuando él se acerca; para confundirlo, basta con que siga la charla o que esta parezca un intercambio serio de palabras acerca de los ciclistas de una carrera que pasó zumbando por el pueblo: todos los interlocutores acalorados comparando sus versiones no coincidentes de los puestos de los deportistas. Lo despistan acerca del verdadero suceso justamente porque él, cuando pasa por su lado, agudiza todos sus sentidos para captar las conversaciones. Está preparado para lo peor, sin embargo, disimula expresando con el rostro lo que se denomina indiferencia, creyendo que así les facilitará las palabras difíciles; pero ellos continúan hablando de los ciclistas que a él no le importan para nada. No se deja apocar por sus conversaciones: a su hermano le ha ocurrido algo. Porque, mientras arrastra las piernas a duras penas y aminora todavía más la marcha, puede oír a sus espaldas cómo las caras se vuelven furtivamente hacia él; lo sabe porque los sonidos de la conversación se hacen más claros y abiertos. Hasta hace un instante es como si la gente hubiese hablado tapándose la boca con las manos ahuecadas; ahora, uno tras otro van dejando caer las manos mientras su boca, sin mayores esfuerzos, sigue hablando y diciendo lo que ha dicho hasta el momento. Al andar frena sus pasos con mayor frecuencia y espera; esto podría darles valor, piensa él para sus adentros. Un saludo o cualquier otra palabra no serían para él una mala señal; que simulen no verlo intranquiliza tanto al bastón que sostiene entre los dedos que este casi se le escapa. Buscará una respuesta. La casualidad ha querido que su hermana tenga una fonda no muy lejos de aquí.

La pelea

Una pelea le impide entrar en la casa de su hermana.

La pelea es como la guerra en pequeño, pero con la diferencia de que la guerra se desata entre personas ficticias, los estados, de tal manera que las personas físicas de carne y hueso solo son utilizadas como medios; en cambio, en la simple pelea, los que pelean son los dueños de su propia voluntad y no súbditos de la persona ficticia a la que obedecen cuando hay guerra.

El duelo se describe como uno de los elementos de la guerra. La esencia del duelo consiste en, mediante un acto de violencia, obligar al contrario a que este cumpla nuestra voluntad. De la disputa verbal en la que todavía no hay empleo de la fuerza, surge la pelea a puño limpio, y los puños quieren imponer su voluntad.

Uno no puede luchar consigo mismo, si acaso serán sus pensamientos los que están en lucha.

Difícilmente podrá la mano izquierda pelear con la derecha y todavía es más difícil que un ojo pelee contra el otro. Tiene que ser posible aplicar la violencia que requiere la pelea a otra persona que no sea uno mismo; esta segunda fuerza se arma con las invenciones de las ciencias y las artes para enfrentarse con la primera fuerza. La primera fuerza actúa de la misma manera.

El cristal de las mesas es, sin lugar a dudas, una invención de la ciencia. Los puños son algo que ya tienen los que pelean. Las palabras precedentes a la pelea a puño limpio, las palabras que van y vienen, son una invención del arte.

En una fonda cuyo funcionamiento es delicado debido a la cantidad de vasos rompibles hay reglas de comportamiento. Estas reglas de comportamiento son quebrantadas cuando de una pelea verbal y gestual se pasa a las manos. En este caso, la fuerza que ahora, en la pelea normal y corriente, debe emplearse es el medio para forzar la voluntad del otro, el enemigo; para lograr este fin de forma infalible es preciso desarmar al adversario: este, se dice, es el verdadero objetivo de toda acción bélica. Cuando dos adversarios luchan el uno contra el otro, las reglas son quebrantadas y lo primero que se origina es una irregularidad; en este caso, una silla ha sido cambiada de lugar porque, de repente, uno de los adversarios se ha levantado y la ha puesto contra la pared, pero, regularmente, una silla está junto a la mesa.

Nuevas reglas solo pueden surgir cuando las antiguas han sido quebrantadas. Al quebrantarse una regla y surgir una de nueva, surge también una lucha. Sin reglas, las luchas no serían un placer.

En un juego, toda regla surge porque alguna otra regla ha sido quebrantada. Una lucha desordenada, en la medida que degenera, se convierte en un juego falso que, por falta de reglas, no divierte a ninguno de los participantes.

En una lucha honesta entre los dos implicados que son necesarios, para los

espectadores rige la norma según la cual los luchadores no deben ser sobresaltados; solo se permiten los gritos.

Alrededor de los luchadores se forma un círculo. Quien llega tarde, tiene que respetar este círculo y no está en su poder traspasarlo. No obstante, a aquel que, bajo su responsabilidad, decide entrar en el círculo donde uno mide al otro con la mirada, se le hace retroceder tirándole de la ropa; los dos que luchan pueden hacer lo que quieran.

Las preguntas se dejan a un lado. Los que ya se habían ido, regresan. Los más bajos se han puesto delante; los más altos, atrás. Al que llega demasiado tarde se le cierra el paso y provoca repulsión y antipatía cuando, no obstante, él se abre paso empujando con los hombros; si ahora todavía vienen otros, no podrá moverse ni hacia delante ni hacia atrás.

Antes de que de la discusión verbal se pase a las manos, se produce un silencio. La dueña de la fonda —los brazos sobre el mostrador sosteniendo su cara— observa todo el proceso. Cuando en las filas de atrás empieza un murmullo, ella arquea las cejas para imponer silencio.

Sucede entonces que, antes de emprenderla a puñetazos, los adversarios dan una discreta vuelta uno alrededor del otro. Uno de los contendientes es de complexión robusta, es también más alto que el otro y la osamenta y musculatura que luce son muy potentes. Sus manos son calificadas de palas. Las rodillas son macizas, los músculos de las pantorrillas bajo los pantalones son fuertes. Además, parece que tiene mayor radio de acción. Los nudillos de sus puños son temidos en todas partes; el brazo del hombre que rodea una cabeza ajena es conocido en el pueblo entero. Pero ¿podrá también este hombre soportar lo que sea y tragárselo? Los escépticos espectadores tienen algunas cosas en mente que no les acaban de cuadrar. El aspecto del otro hombre es muy distinto; debido a un largo periodo de inactividad se le ha puesto el vientre fofo, el tronco se le ha encogido, en los muslos y el pecho se le ha acumulado visiblemente la grasa; a casi nadie se le escapa que, además, hoy ha bebido y no tiene un buen día. ¿Podrá moverse con suficiente rapidez? Por lo demás, su juego de piernas sigue siendo digno de consideración. Si sabe sacar provecho de los puntos débiles del otro, seguro que tiene posibilidades a pesar de su aspecto pusilánime, sus brazos bamboleantes y su cara que parece vacía y desolada. Con la rapidez de su vista es probable que pueda compensar la mayor experiencia del primero. Por eso, la mayoría apuesta por el más bajo y le lanzan gritos de aliento para que pase al ataque; en cambio, al más alto lo insultan también a gritos y le repiten que es un cobarde.

Con todo, esta lucha acaba antes de empezar.

Generalmente son las autoridades las que ponen punto final a la lucha, invalidando, con las reglas de la ley, las reglas, contrarias a la ley, de la lucha. Pero si sucede que, por intereses personales, los órganos de la justicia no están

dispuestos a intervenir en el caso, entonces la justicia queda desamparada y, si el representante de la ley permanece al margen, cualquiera puede considerarse autorizado para hacer valer sus reglas. Porque la justicia no evita la injusticia. La justicia a la que debe aspirar todo orden público es, como suele decirse, ciega. ¿Por qué, entonces, no puede un ciego que siente la amenaza de una desgracia y que lleva rato en la entrada empujando e intentando que le dejen paso, tomarse la justicia por su mano y con rostro fiero —los que lo rodean apenas lo reconocen, como si fuese otro y hubiese recuperado la vista— y con el brazo más o menos alzado, bramando y pataleando, abrirse camino entre la masa y penetrar a lo bruto en el círculo de acción de los luchadores?

Una regla ha sido quebrantada por una irregularidad. Después, esta irregularidad, en virtud del tradicional tácito acuerdo, ha cedido ante la nueva regla de la lucha. Esta nueva regla ha sido invalidada por la actitud, contraria a las reglas, del ciego. Si el reglamento no prescribe otra cosa, dos irregularidades implican la revalidación de la antigua regla, máxime cuando, además, transcurrido cierto tiempo, toda forma externa que no tenga un contenido, y este es el caso de los dos luchadores que se han rodeado recíprocamente sin llegar a las manos, produce aburrimiento. Y el aburrimiento conduce a un cambio, aunque, ahora, las observaciones que algunos de los espectadores hacen a propósito de la interrupción de la lucha así como la expresión de rudeza con la que los adversarios (sus manos abiertas están listas para el ataque) miran al ciego que se ha interpuesto entre ellos y que ahora tartamudea algo a la dueña que está en el mostrador, no prometan nada bueno y, por un momento, parezca que la lucha esté a merced de la arbitrariedad de un único individuo. No obstante, el ciego, por mucho que tartamudee, no les dice ni una palabra: imparable, decidido y con la boca repleta, se ha abierto paso entre esta pandilla sin dirigir la palabra a nadie que no le incumba lo que él tiene que decir. Ahora dice a su hermana lo que hace ya mucho se dijo a sí mismo; sus labios se abren y cierran nerviosamente, la lengua choca contra los dientes, de la rabia le sale espuma por la boca, los dientes disparan las palabras.

Mientras tanto, los contendientes entran en razón y toman en cuenta al chico; tiene suerte de que es ciego, si no se habría enterado; se ponen a hablar de nuevo; sus rostros tienen que relajarse por fuerza, porque con un cara tensa no se puede tener una discusión verbal.

Como los contendientes continúan la refriega con insultos y como también los espectadores, mientras avanzan, mientras se separan, mientras se van, mientras se retiran a sus sillas, tachan a los dos luchadores de cobardes, la dueña no puede entender lo que está diciendo el hermano. Ella le hace señas con la mano para que se acerque, luego se lo dice con palabras y se inclina hacia él para que, entre tanto ruido, le hable al oído.

Con un ojo la hermana mira al ciego, el ciego está tan asombrado de sí

mismo que se queda sin habla y se detiene y ya no puede salir del asombro por lo que le ha sucedido a su lengua; con el otro ojo la hermana mira a los contendientes: el más bajo retira la silla de la pared y la acerca de nuevo a la mesa, mientras que el alto, bajo las miradas furiosas que lo recorren de arriba abajo, se deja caer en un sillón como si hubiese realizado una proeza. La dueña tiene una mano sobre el hombro del ciego y con el dedo de la otra dibuja una sonrisa en el vaho de la cafetera.

Sacramento, comienza el más bajo, que ahora está de pie junto a la mesa. Santamaría, sostiene con aires de superioridad el alto. Sacramento es mejor, insiste el bajo. Santamaría, repiquetea despreciativo sobre un cenicero de hojalata el alto. ¿Visteis en aquella época a Sacramento?, pregunta el bajo a los clientes buscando testigos; ese sí que sabe. Santamaría, bosteza el alto. Sacramento. Santamaría. Sacramento. Santamento. Sacramaría. Sacramantía. Santamerto. Santrament. Santanto. Santro. Sand. Santamía. Stanto.

La guerra no es un pasatiempo. Es un medio serio para un fin serio. Aumenta la incertidumbre de todas las circunstancias y altera el curso de los acontecimientos. La guerra es el territorio de la casualidad.

El sueño

Una noche llegó a mis oídos que mi hermano había vuelto y que estaba al otro lado del patio, acostado en el cobertizo. Corrí al dormitorio de mi padre y lo desperté: el hermano está acostado en el cobertizo. Ha vuelto. Levantémonos y vayamos hacia allá. Mientras yo hablaba, los vecinos se habían colado por la puerta; murmurando, se habían colocado a derecha e izquierda de la cama del padre y se inclinaban sobre él, y mi padre se apoyaba con los codos e intentaba despertarse. Después, también oí que la gente decía que mi hermano estaba enfermo. El hermano está muy enfermo, dije a mi padre y, como de nuevo se limitó a mirarme, empecé a ir de un vecino a otro implorándoles en voz alta que tuvieran la bondad de ponerse de una vez por todas en marcha. Les suplicaba con insistencia, les increpaba a voz en grito, me retorcia las manos sin vergüenza alguna: mi hermano yace enfermo en el carro del cobertizo, vamos, tenemos que ir todos para allá y traerlo hasta la habitación. Sin embargo, los vecinos, que llevaban unos sombreros negros puntiagudos de los que colgaban cintas de colores, me dieron la espalda y se retiraron juntos hablando maliciosamente de aquel hombre que estaba tumbado en silencio a sus pies, sobre un jergón de paja, con unos pantalones tan gastados que dejaban ver su miembro flácido y encogido « igual que las hendiduras en el entablado de una porqueriza dejan ver los cerdos durmiendo ». Yo veía su pecho delgado y sin vello, con grandes manchas; veía el ombligo rodeado de una suciedad similar a la que se incrusta en los peines usados. Así las cosas, al seguir yo con mis súplicas dando vueltas en aquel cuarto descolorido, de repente, sentí una rabia y una tristeza tan incontenibles que tuve que apartar la vista, y, entonces, vi tras la ventana una noche clara y coloreada, y en la noche vi extenderse un puente que nunca había visto, y sobre el puente vi pasar un autobús de una construcción parecida a aquellas que algunas empresas eléctricas utilizan para presentar sus productos, y el autobús era más largo que un pueblo, y más largo que un tren de mercancías largo, y era inabarcable con la mirada, y la visión no tenía fin. Y de nuevo oí que se decía que mi hermano la acababa de palmar miserablemente en el cobertizo, donde hacía un instante yo había visto el azadón tirado sobre el serrín y la pila de leña desparramada. Pero, cuando miré, vi como si las ruedas del coche rodaran al paso de alguien que lo acompañaba, o quizás solamente vi pasar las nubes tras los cristales y de este movimiento inferí que el coche rodaba; vi la larga y ancha superficie de la cabina de cristal dividida horizontalmente en dos mitades por un suelo de tablas de abeto resinosas y recién pulidas sobre el cual yacía el hermano a oscuras, con los zapatos en vertical que se separaban a partir de los talones. Pero lo que veía ahora ya no estaba fuera de mí, tampoco sucedía que no pudiera saber si era realmente así o si era simplemente que yo dormía; ninguna diferencia espacial me separaba de lo que yo veía, ninguna distancia medible con el metro que, para

superarla, yo hubiese tenido que ir desde el sitio donde me hallaba hasta el sitio donde estaba eso que yo veía ahora y, una vez allí, dibujar con los dedos, por ejemplo, unos signos sobre la chapa polvorienta del coche que me demostrarían que yo estaba allí y que me había desplazado desde mi sitio a otro. Lo que yo veía, no era algo que vieran mis ojos, tampoco algo que luego el cerebro valorara y le diera los nombres aprendidos, tampoco era algo que resultara aceptable o inaceptable a los nervios y de lo cual quizás surge un sentimiento; lo que yo veía, no lo veía por medio de la vista, sino por medio del estremecimiento de las cosas inanimadas mismas, que yo ya no percibía como distintas y alejadas de mí porque ellas, por el mero hecho de que yo las veía, me abrían las venas, como si aquello inanimado, gracias a que, de alguna manera, había dejado de ser visible, pudiese estremecerse de dolor para aquel que contemplaba sin ojos, y transmitirle ese dolor ajeno, y como si esta ridícula aflicción en mi interior, que hacía que los vecinos se rieran a grito pelado y se golpearan los muslos con las palmas de la mano, no fuera sino la inextinguible e incesante aflicción de estas cosas: del perfil bien recortado de los neumáticos de las ruedas con los claros granos de grava incrustados en ellas, de las reseca y grises salpicaduras de los insectos aplastados en los cristales, de la lona que ondea lentamente, como si estuviera en el agua, sobre el varillaje del techo, de la escalera metálica de la parte trasera que, desplegada, emerge luminosa de la niebla, de los tallos de heno enredados en los parachoques y en el tubo de escape que van barriendo el asfalto del puente.

La estancia en el café

Cuando uno está borracho, va por ahí contando su historia. El talento de un hombre equivale a la historia que vende de mesa en mesa cuando está borracho. No hace falta que esté borracho por haber tomado alcohol u otro estupefaciente, a veces es el sol lo que confunde y emborracha, y más habitual es que esté borracho por culpa del propio e infundado cansancio. Cuando se sienta con la gente, su lengua habla por él con elocuencia sin que, no obstante, él haya tomado algo que no sea este café solo que tiene delante, y la misma lengua le exige que vaya por todo el local de uno a otro, apoye el brazo sobre la silla libre y, así, de pie, cuente al que está sentado su historia como si siempre hubiese deseado contársela. Arregla para sí mismo su historia para que resulte comprensible a los otros y, mientras tanto, más abajo, sus manos rompen el celofán y vierten el azúcar de la bolsita en la espuma marrón de la cual, con el impacto de los cristales, surge el café negro, tanto es así que, ahora, también los cristales de azúcar sueltos que salen al agitar la bolsita vacía, cuando caen en el café a través de la espuma, al espectador le parecen negros. Luego hay que revolver cuidadosamente el líquido con la cucharilla de acero inoxidable. Las palabras no le salen de la boca. Desea que alguien se acerque a él y le pregunte algo; solo desea conversar con alguien sobre algo; querría hablar sobre los colores del empapelado de la pared, sobre el papel en el que se pueden escribir cartas, querría oír su propia voz saliendo de sí mismo y contando su propia historia, querría también que todos los otros viniesen, se sentasen en la mesa de siempre, junto al perchero, y que uno tras otro le fuesen contando sus gloriosas historias. A la dueña del local querría pedirle un favor: quiere que ella le traiga un vaso de agua; él quiere que ella deba traérselo. Él quiere. Ella debe. Él justifica lo que quiere por el hecho de que ella es pariente suya y, por lo tanto, está obligada: ¡como si esto fuese razón suficiente! ¿Dónde está la carta?, tendría más que ganas de preguntar. ¿Qué carta? La carta de mi hermano. ¿Estás borracho? Quiero la carta. Mientes. Mi hermano Hans escribió una carta en un papel de hilo, en un pedazo de papel de envolver. Escribió sobre la tapa blanda de una libreta, con un lápiz, en un papel de seda, en el delicado papel con que se envuelve el pan. Otra vez mientes. No. Para escribir se sentó sobre la hierba, en una hierba espesa que hay junto a un pantano, en una hierba de pantano; mientras escribía, el viento agitaba desde arriba las matas de hierba. Intentó copiar las sombras de los tallos en el papel, pero solo se pueden ver unos trazos torcidos, enmarañados, porque el viento no cesó de estorbar la calma de la hierba. No puedes para de mentir: como siempre. Para escribir dobló el papel y, así, como es muy fino, evitó que el lápiz lo rasgase. Primero intentó escribir en el hueco de la mano porque lo que quería escribir era algo breve. Pero luego se sentó —el viento le arrugaba el papel que tenía bajo la mano— y continuó

escribiendo sobre una superficie de cuero, sobre un cuero empapado por la lluvia cuyas estrías quedaron marcadas en el dorso de la carta; con los cantos de la mano pegó el papel sobre el cuero y, sin levantar el lápiz, continuó escribiendo, y el viento levantaba ampollas en el papel humedecido. Sí, se puso a escribir sobre el cuero de una maleta, sobre el cuero de una cartera, sobre los ribetes de cuero de un petate de marinero; el lápiz resbaló y rayó el papel, y él, pálido, fue garabateando las palabras. Entonces, empezó a caer una lluvia sucia, o alguien que corría por la hierba pantanosa salpicó el papel con esas gotas. El hombre escribió su mensaje con un bolígrafo porque en la carta hay unos anillos azulados que se hicieron al caer estas gotas sobre las letras. Por lo tanto, fue entre una hierba alta y espesa, piensa él para sí mismo, bajo un cielo que ya estaba nublado, porque si no, con el sol, el papel pronto se habría puesto amarillo; el viento soplaba desde arriba y secaba los tallos de hierba y las hojas de los árboles, el cabello del hombre se encrespaba y caía de nuevo sobre su cabeza. Se echó de espaldas entre aquellas altas y espesas matas de hierba que ondeaban, el viento devoraba los tallos, dobló las piernas y deslizó sus manos por debajo de las rodillas, solo se oían las sombras de los tallos que se arremolinaban sobre su cara. Pero esta no es tu historia; esta es la historia de otro. Su propia historia le obstaculiza los pensamientos y sigue siendo oscura para él. Ahora desearía dejar de seguir con la cabeza los pasos de su hermana, desearía, además, animarse y atreverse a abrir la boca y hablarle bien alto. Mientras tanto, ella va atareada de un lado para otro, coloca entre tintineos las botellas de cerveza vacías en la caja de detrás del mostrador, endereza, mientras va a las mesas, las etiquetas de las turbias botellas llenas, examina en el espejo escondido por las estanterías las espirales que dibujan sus manos mientras levanta los ceniceros y los vasos de una mesa y con el paño o con el delantal enjuga la humedad de la superficie: con el paño estrujado en la mano traza lentamente círculos concéntricos hasta llegar a los bordes de la mesa. Le trae expresamente lo que él ha pedido en una bandeja y se queda de pie, junto a su silla, en cierto modo a su disposición mientras se mira en el espejo y se ata el delantal por atrás. Ahora podría tirarle del brazo, atraerla hacia él y contarle su historia como a su confidente. Así, al confiarse a ella, su lengua podría salir de la parálisis y hablar con fogosidad. Sin embargo se reprime y da las gracias con apatía por el agua. Más tarde (¿cuándo?), al instante, quiere tabaco. Sería cuestión de que se decidiese ahora, mientras ella abre la cajetilla con el pulgar y observa sus movimientos en su imagen reflejada: en este momento, el negocio está poco animado, nadie tiene ganas de moverse de su sitio o de alzar la voz para pedir algo, y es que el día tampoco avanza, además, desde su mesa ella tendría vista hacia la salida y hacia la calle y no se perdería nada de lo que ocurriese. Ahora ella le pone el cigarrillo en la cabeza inclinada que todo lo escucha y le da fuego con el encendedor. Sin embargo, tampoco el fuego es capaz de desatarle la lengua; solo recuerda (o le hacen recordar) que una vez,

por un instante, de la tapa de un encendedor salió la llama azulada de un fuego fatuo. Se pasa horas hablando en pensamientos; no podrá pronunciar esta letra o la otra o toda esa palabra entera; no está acostumbrado a la conversación diaria; cuando después de varios días sin hablar, por algún motivo insignificante, escucha su voz, entonces, lleno de desconfianza se pone a buscar por todas partes al que ha hablado; el balbuceo de sus pensamientos (piensa él de sí mismo) le impide pronunciar. «Sí está», dice él. «Te lo estás imaginando», dice la dueña, acercando también ella el cigarro al encendedor, «ella a ti una», se atasca él en pensamientos, «una carta comercial», dice la dueña, «no, no es cierto, no y no», dice él. También los otros clientes del local dicen y murmuran para sí sus palabras, uno dice esto en su mesa, uno dice en su mesa lo otro, otro dice aquello, cada uno dice lo que tiene que decir y lo que podría decir a los otros. Gracias, dice finalmente el ciego furioso a la dueña, que de nuevo está detrás del mostrador limpiando los vasos en el fregadero lleno de espuma. Quien tiene un defecto físico, dedica mucho tiempo al agradecimiento. Agradecido es aquel que siempre recuerda lo que le ha sucedido. En este local, piensa él de sí mismo, como sus pensamientos están lejos de él y no le afectan le producen aburrimiento. Y, sin embargo, aquí por lo menos tiene un refugio donde podría pasar el día hasta que anochezca; en casa ahora estaría solo, ahora estaría bien que cerraran la ventana. Por otra parte, han anunciado que en breve saldrá un autobús; podría cogerlo e ir a Übersee. Se marcha y se va a Übersee. Vuelve y se va a casa. Se queda aquí, donde le conviene quedarse. Nuevos clientes entran atropelladamente en el local y lo sacan de la duda. Él cree que son jugadores de fútbol. Mientras van de aquí para allá con su juerga y se tiran unos a otros de la chaqueta con gestos exagerados, mientras con el empeine apartan las sillas de las mesas libres y van cercando al ciego —a sus espaldas las patas de las sillas rascan el suelo—, cuentan sus historias a los cuatro vientos. Primero, al verlo allí sentado, absorto en sus callados pensamientos, se han extrañado y lo han observado de arriba abajo, también en silencio; no obstante, él ha soportado sin dificultad sus miradas. Pero, ahora, el último, que con el pulgar sujeta la chaqueta al hombro, empieza ya desde la calle a contar su historia a gritos. Todos se acercan más al ciego y lo importunan; cada uno le cuenta su historia a su modo: a gritos el uno, tosiendo el segundo, entre agudos silbidos el tercero, el siguiente riendo y refrescándose la mejilla con un vaso frío, y el último dando palmadas en los hombros del ciego en señal de reconocimiento, con lo cual el ciego no puede ni levantarse ni irse por mucho que lo intente. Entonces, la hermana acude en su ayuda: se acerca al grupo y con paciencia, a lo cual también contribuye su mirada al espejo, carga con las historias de todos y saca al hermano del cerco y lo conduce a la salida sin decirle una palabra por el camino.

Es así como él, en su extraña embriaguez, se encuentra en la calle. Se pregunta si esto le ha sucedido de verdad y lo afirma sin reservas asintiéndose a

sí mismo con la cabeza. Ha sido expulsado de un local. Esta expulsión es una de las últimas historias de este día. En noviembre, a esta hora ya casi está oscuro; un mes de noviembre en el que él buscaba a su hermano —mientras tanto, el hermano que se había ahogado yacía bajo la tela que había sido cambiada por un saco terroso— a esta hora, ya casi estaba oscuro; seguía nevando. Hasta ahora no había sucedido nada.

El dilema

No le ocurre nada especial, lo que le sucede no es nada especial, sino algo que él piensa que es común a todas las personas. Por eso habla de lo que le pasa a él como de algo que también pasa a otros: ahora también podría pasarles a otros que sus pensamientos estuvieran discutiendo hacia dónde tienen que encaminar los pies. Lo único que él tiene especial es la ceguera, y esta quizás solo sea ficticia. Emplea «uno» en lugar de «yo»; «yo» en lugar de «uno»; «é», en lugar de «yo». ¿O se trata de un engaño con el que en vano intenta protegerse, generalizando algo que solo le atañe a él? Cuando, por así decir, plantea a todos un problema y astutamente dice: Yo (aparentemente quiere decir «alguien», «uno cualquiera») estoy en la calle y dudo hacia dónde tengo que ir, quizás (aparentemente pone un ejemplo) al cine donde en la parada del autobús hay apoyada una bicicleta que podría empujar hasta casa o quizás (aparentemente pone otro ejemplo) debería ir en la dirección contraria, por la carretera, hasta el otro pueblo y allí coger el autobús; mis pensamientos luchan entre sí y me pregunto cómo puedo resolver el dilema. Entonces, si él hace como si fuera posible que uno preguntara algo en representación de todos, puede suceder —y de hecho ya ha sucedido muchas veces— que él, después del planteamiento aparentemente impersonal del problema, caiga en la fosa de su propia conciencia^[8]. Porque no es un ejemplo válido para todos el que ha sido puesto aquí, sino algo que solo es real y vigente para él mismo, algo que solo le atañe a él; y cuando, en el enunciado del «problema», él dice «yo» y los otros interpretan que ese «yo», como en todos los problemas, significa «uno cualquiera», en realidad, él está pensando en sí mismo. Él ahora cree poder preservarse de su historia mediante la generalización puntual de acontecimientos actuales, sin embargo, acabará siempre regresando a sí mismo y, en última instancia, ya no podrá salir más de sí mismo. Puede decir y empezar diciendo: ¿Debo ir «yo» en esta o aquella dirección si...? Además, enumerará los pros y los contras de ambas direcciones y todo ello parecerá general y poco sospechoso. Pero dejadle una vez que enumere los motivos en contra de una opción. Hasta la localidad de Übersee son tantos kilómetros, ir hasta allí lleva tanto tiempo, «yo» tengo tanto dinero para el viaje de regreso con el ómnibus. Hasta aquí sus consideraciones son aceptables. Ahora, uno espera datos más concretos para poder hacer cálculos. Es evidente que él querría hacer de esto un problema numérico de interés general. Teniendo en cuenta esto y lo otro ¿qué resultará más ventajoso? Pero dejadle que siga calculado: ahora caigo en la cuenta de que no llevo dinero para el viaje de vuelta; además, a causa de mi embriaguez llamaré la atención entre los pasajeros, sí, incluso yo mismo pondré todo mi empeño en conseguirlo, me comportaré mal y el conductor parará a mitad del camino para echar de su coche al pasajero ciego. ¿Puedo ahora evitar

esta bronca diciendo que yo solo quería llamar la atención para que me viera y también me reconociera cierta persona que a lo mejor estaba en el autobús? En resumidas cuentas: ¿debo ir al pueblo? Cuando dice todo esto, en realidad, ya ha pasado por los maderos podridos con su problema incongruente y absurdo y se ha hundido en su propia fosa; porque sus datos ya no son generales, solo conforman un problema en apariencia, sin embargo, nadie puede hacer cálculos porque estos datos no pueden ser relacionados entre sí y no se pueden introducir signos fijos: lo que puede suceder a personas cuyos actos, como suele decirse, no se rigen por la ley natural es imprevisible. Por eso hay que dejar que él mismo encuentre la respuesta; tampoco ha deseado o esperado que se la diera otro. Irá hasta al cine y cruzará el pueblo empujando la bicicleta del hermano hasta llegar a casa; si el hermano baja del autobús, los testigos presenciales le informaran al respecto. No irá hasta el cine; ya ha ido hasta allí: entretanto, sus consideraciones lo han llevado del local al cine. Seguirá andando. «Yo» sigo andando. Pero también son posibles otras soluciones, como por ejemplo: hubiera podido esperar delante de la pared del cine a que llegara el ómnibus. ¿Qué me lo ha impedido? Esta pregunta ya no es un problema, sino un misterio que no divierte a nadie. ¿Cómo puede saber alguien ajeno a las circunstancias que en aquella ocasión, cuando sus hermanos desaparecieron, él se protegió de lo que vendría atiborrándose de pan mientras dormía con la esperanza de que, cuando despertase, ellos ya estuvieran allí, de la misma manera que ahora, marchándose, separa su conciencia del lugar al que podría llegar el hermano esperado, como si el mero hecho de esperar delante de la pared del cine significara una desgracia para él y como si él cambiara esto o simplemente cambiara algo alejándose con la bicicleta?

El camino a casa

Aunque va por el lado correcto, por la calle correcta y en la dirección adecuada, él sigue pensando que va extraviado. Las voces de los que lo saludan y a los que él se cuida de devolver el saludo lo alivian: si lo saludan quiere decir que lo han reconocido y, mientras lo reconozcan, no puede ser que vaya por territorio desconocido. Intenta convencerse en voz alta de que su preocupación es ridícula y se ríe de sí mismo cada vez que se angustia porque alguien lo ha adelantado sin decir nada. A partir de ahora, él será el primero en saludar. Cuando percibe pasos, palpa y escoge en su interior la palabra que aquí se utiliza habitualmente para saludar, luego la saca « como quien se quita el sombrero ». A veces, su búsqueda lo paraliza y, cuando quiere saludar a una persona, se limita a callar respetuosamente; la lengua tira con fuerza de las letras separándolas unas de otras y cierra el paso a las palabras. Entonces, no le queda más remedio que conducir las palabras por el brazo hasta la mano y de la mano hasta el timbre que suena con una estridencia singular. El suelo le arde bajo los pies. Intenta animarse, trata otra vez de convencerse de que no está corriendo ninguna aventura^[9] y que, si no es así, tampoco tiene que preocuparse de nada porque hay pasajes que...: piensa él, mientras va adaptando las palabras al ritmo de sus pasos.

Se enfada consigo mismo por sus recelos y, lleno de desdén, golpea con la punta del zapato el pedal; maldice, degradable y grosero, las manos que lo conducen hacia tierras inhóspitas y, con palabras horribles, injuria y maldice el nombre de su familia. Pero, haga lo que haga, no consigue ahuyentar sus pensamientos: con el ceño adusto reflexiona, sin descanso se pregunta con minuciosidad dónde se halla en ese momento y se confía de su experiencia: para estar seguro de su camino, incluso nombra los números de las casas y, primero que todo, el rótulo con el nombre de la calle. Sin embargo, hay algo de lo que está totalmente inseguro. Y es que sucede que, poco a poco, las palabras y los conceptos lo abandonan y dejan de referirse a aquello que le pertenece: debajo de él, unos pies se arrastran por la gravilla, un puño conduce el manillar de una bicicleta, otro puño golpea un bastón contra el bordillo de la acera; le pasa lo mismo que le pasaría a alguien que puede ver, pero al que acaban de taparle los ojos: no puede orientarse y le preocupa no encontrar el camino; solamente tiene la bicicleta para apoyarse mientras sube por el borde de la calle; tiene la impresión de que va por un terreno empantanado o hacia arriba por el lecho de un río. Se acuerda de que para que los dedos de los ciegos aprendan, en los mapas, los ríos están en relieve, su curso está marcado con tiras de una cola espesa de modo que, palpando, los dedos pueden recorrer desde el nacimiento de los ríos hasta su desembocadura en el mar; también las fronteras de los países están marcadas con estas tiras como de cristal; cuando no era capaz de distinguir

los ríos de las fronteras, sus dedos solían confundirse entre sí.

Maldice su memoria que le hace olvidar lo que le rodea, porque ahora ¿a quién le importa un mapa en el que, a pesar de que entretanto su sombra ha aumentado, él ni siquiera sería una cagada de mosca? No, son sus pasos lo que lo atormentan, los pasos que conoce sin reconocer y que él llama sus pasos: sus pasos, con la obstinada rueda delantera que se opone, lo van apartando de la calle en dirección a la hierba. Además, esto le resulta molesto porque lleva puesto el traje limpio; él acostumbra a cuidar su ropa. Así que procura mantenerse a distancia del cuadro oxidado; cada vez que su tobillo roza el pedal lo trata de pérfido y, a la cadena de la rueda dentada que se desliza y arrastra, la maldice con mayor intensidad y vehemencia que su padre.

Si se sienta, ya no se podrá levantar más, pero, si continúa el camino, el camino lo aniquilará. Prefiere andar porque, si se detiene, se hundirá en la tierra por culpa del peso.

Una frase le ronda, lenta, por la mente de forma constante e inconstante, dependiendo de si él avanza también con constancia o inconstancia: « en el pozo de cal, está en el pozo de cal, en el pozo de cal hay arena ». Piensa en el sentido que puede tener esta frase, pero, entonces, se une a las palabras la habitación en la que pronto estará, sin embargo, no como una *palabra*, sino más bien como la *imagen* de la habitación que tiene el calendario de una compañía de seguros en la pared, cuya parte superior él completa con las gotas de cal convertidas en goteras que todavía faltan a la imagen. Pronto estará allí. Estará sentado frente a la ventana bien cerrada en una postura cualquiera. Aunque conoce varios destinos, ahora para él solo cuenta este. Estará allí. De repente, eso le disgusta por mucho que se diga que allí no le espera nada malo; le disgusta porque todo ocurrirá tal como se lo imagina en su interior, porque él no puede cambiar nada y, aunque se dirigiera a otro sitio, primero tendría que saber y determinar su destino; si no fuera a ninguna parte, sabría de antemano que no va a ninguna parte: siempre sabría de antemano adónde iría y dónde estaría y tendría que pensar: estaré allí. Y cuando llegara, siempre haría los movimientos que de antemano habría pensado, oiría lo oído de antemano, se imaginaría lo imaginado de antemano. Únicamente sería distinto si fuera al extranjero, a una tierra desconocida e inhóspita que nunca se hubiera hecho suya y de la que nunca hubiese sabido nada, ni por un relato ni a través de una descripción. Sin embargo, él solamente vuelve a casa y sabe lo que allí le espera. El calendario colgará de la pared y, cuando él cierre la puerta detrás de sí, la corriente de aire lo hará pendular y raspará el encalado de la pared; este ruido de flecha que roza un cartón le penetrará hasta los tuétanos.

Que él *estará* en esa habitación es algo que no puede comprender.

Intenta andar acompasadamente, igual que antes de descansar respira acompasadamente para poder conciliar el sueño y dormir. El ritmo de los pasos,

piensa, determina el ritmo de los pensamientos también; si anda acompasadamente, su mente permanecerá en el sitio por donde anda y no se irá a su antojo por ahí; si tropieza o acelera el paso o si la bicicleta se resiste y lo arrastra consigo hasta la hierba, perderá el ritmo de los pensamientos.

Los pies se entrecruzan; qué pie pertenece a qué pierna; la mano izquierda y no sabe lo que hace la derecha. Es como si hubiera olvidado cómo moverse, dice confuso: como si esas cosas (se refiere a la arena del pozo y al calendario) estuvieran relacionadas entre sí.

Reúne sus pensamientos —la mano temblorosa apoyada en el sillín— y, con insistencia machacona, repite las órdenes a los pies. Pero estos le fallan. Y como ahora no sabe lo que tiene que hacer, suelta la bicicleta, así tiene un pretexto para inclinarse y hacer como que la está reparando. « El ruido que hace la bicicleta antes de caer se llama chirrido; el ruido que luego hacen los radios de las ruedas que siguen girando, zurrido; el ruido anterior, el del choque contra el bordillo, estruendo.»

Ahora tiene la ocasión de hacer un descanso. Pero como sigue de pie se da cuenta de que tiene que sentarse rápidamente, si no nunca conseguirá dejar de estar de pie. Es un hombre fuerte, tiene la fuerza de remangarse y cargar su cuerpo —la mano derecha sobre el hombro izquierdo como un distintivo— hasta el puesto de recogida de la leche; entretanto, deja la hierba del margen de la carretera al cuidado de la bicicleta.

Normalmente, las lecheras están sobre las tablas, pero ahora este puesto de leche está vacío. No consigue ponerse de acuerdo consigo mismo sobre si tiene que sentarse sobre las tablas o abajo, entre la estructura en forma de equis que las sostienen. Antes de que haya tomado una decisión, la debilidad del cuerpo se le adelanta, le afloja las articulaciones y lo empuja hacia los soportes; él agacha la cabeza. Para esta estructura fueron utilizados listones de desecho de un aserradero; al pasar la mano, en los cantos todavía se notan los restos de la corteza.

Está sentado de través en su refugio; por encima de la cabeza tiene las tablas que, por la parte de arriba, donde habitualmente se colocan las lecheras, están astilladas y perforadas. Desea vivamente poder recostar la espalda en uno de los puntales, quizás así su cara quedaría protegida del sol, sin embargo, teme que, al buscar detrás un lugar donde apoyarse, las fuerzas lo abandonen por completo, pierda el control de su cuerpo y caiga hacia atrás sobre la hierba polvorienta ensuciándose el traje limpio.

Quien está cansado, una vez se ha sentado, estira las piernas para que la sangre le circule. Así lo ha hecho él también a lo largo de este día: en su habitación, en el vestíbulo del cine, en la cabina de proyección del mismo cine se ha sentado con las piernas estiradas hacia adelante. Pero cuando ahora se ha sentado entre la estructura de madera ha sucedido que o bien lo ha olvidado o

bien y a no estaba en condiciones de estirar las piernas; sus piernas puntiagudas y gibosas se alzan ante él; más abajo, en los zapatos, las tiene un poco abiertas en forma de una letra. Desplegar las piernas sería el típico gesto de cansancio y, sin embargo, él está tan cansado que ni siquiera es capaz de alargarlas; las suelas de los zapatos le pesan y se le han atornillado fuertemente en la tierra. No está apesadumbrado por su debilidad, más bien piensa, tontamente, que si se ríe podrá expulsar el agotamiento de su cuerpo.

Ríe y ríe con ganas hasta que se siente mareado.

Pero su debilidad no es, como primero había pensado, algo que él tiene y, por tanto, algo de lo que podrá librarse mediante una actividad como la de reír, sino que la debilidad proviene de algo que lo ha abandonado; es una carencia, piensa para sí mismo con agudeza. Al abandonarle las fuerzas, lo ha abandonado el mundo que lo rodea.

Durante el día de hoy ya ha sentido mareo varias veces; ahora, cuando su cabeza, con los dientes superiores bien visibles, cae desde la nuca hacia adelante, piensa, mientras cae y no para de caer y mientras siente el viento de la caída en las abiertas cuencas de los ojos, en todas aquellas caídas vertiginosas que derrumbaban la cabeza y esta rápidamente se doblaba por la nuca y caía sobre el pecho.

Aunque esté sentado miserablemente debajo del puesto de la leche, se toma el tiempo necesario para respirar y proteger su cara; al respirar, aspira el cráneo, el cual queda inclinado sobre el cuello, tal como estaba, y lo golpea contra uno de los puntales. La corteza de la tabla que roza le resulta desagradable, sin embargo, ya no le quedan fuerzas para reaccionar; es este imponente puesto de la leche lo que lo mantiene abatido, hundido en su agotamiento; le viene a la memoria el estúpido recuerdo de las estaciones de un juego infantil que comienzan con el cansancio; se acuerda de algunos de los gestos —brazos y piernas contraídos que pasan de la vertical a la horizontal representando el proceso del juego—, de las reglas ya no se acuerda o está demasiado perezoso para reunirlos: él sabe que no puede olvidar nada.

Se acuerda de otro juego. Los niños están de pie en los sectores de un círculo dibujado en el suelo; los sectores representan los países y los estados; al elegir los nombres los niños prefieren los de los grandes imperios mundiales, como si eso les pudiera traer suerte en el juego. Uno declara la guerra a otro, entonces, aquel al que han declarado la guerra inmediatamente ordena a los que corren en círculo que se detengan. Su grito es la señal que indica que hay que esperar a ver lo que hace. Se echa boca abajo en su territorio sin que le esté permitido traspasar los límites con los dedos de los pies y, en esta posición, estira los brazos para intentar tocar a uno de los otros; entonces, a los que ha tocado les exige una paz forzosa que prevé una partición del país enemigo en beneficio del vencedor; de lo contrario, se recorrerá a medios más radicales porque, se mire desde donde

se mire, no se puede permitir por más tiempo que se falte de forma ignominiosa a la soberanía del territorio estatal establecida por el derecho internacional; además, se recomienda muy seriamente abstenerse de injerencias en los asuntos internos del estado.

No sigue con sus pensamientos porque cuanto más los desarrolla, tanto más profundamente se pierde en ellos, y su diálogo consigo mismo, o con quien sea, se vuelve incoherente y desordenado y se sale totalmente de quicio.

De hecho, ¿qué le falta? Tiene lo suficiente para vivir, su vida transcurre con normalidad. Sentado bajo este puesto de recogida de la leche se ha obstinado en su hipotético destino. ¿De qué podría quejarse? ¿Por qué hace rechinar los dientes con esa tozudez? Mañana será otro día. Y pasado mañana también será otro día. ¿Por qué está sentado bajo el puesto de recogida de la leche con esa cara larga? ¿Qué le hace montar en cólera de ese modo? Se hace entrar en razón pasándose la mano por la frente y se alegra mucho de haberlo conseguido. Se agacha un poco y también esto le sale bien, y pasa y pasea su mano por encima de la tierra firme: palpa y conquista con los dedos un montón de grava, una piedra pulida y redonda de la grava, una caja deshecha por la lluvia que sobresale del montón: así vuelve a conquistar el mundo; lo que palpa y oye lo ayudan en su conquista del mundo, del mundo que había perdido.

Sufre y no sufre bajo las tablas. Sin sudar está empapado de sudor, como si algo le instara a no quedarse allí parado, sino a moverse y marcharse de aquel lugar. Pero él se conforma con su desvalimiento reflexionando o, engañándose a sí mismo, fingiendo que reflexiona. Sin embargo, este engaño no le sirve de mucho. Siente la necesidad imperiosa de alejarse de aquí, este no es el único camino por el que alguien podría pasar.

Intenta una cosa y la otra; cuando piensa en que todavía tendrá que empujar la bicicleta, su voluntad se paraliza. Trata de reunir sus confusos pensamientos; querría hablar y hablar; querría preguntar, por ejemplo, si algo parecido le sucede a otros; hablando querría rascar y llegar al fondo de algo a lo que no puede acceder. A menudo, le sucede que él, porfiado, toca los objetos y no los puede asir; cuando los coge, los objetos se le escapan y se defienden y se atrincheran tras una pared sorda por la que él no puede ni pasar ni oír nada; entonces, de repente, son los objetos los que derriban la pared y lo cogen a él y lo atacan: antes, el agua que ha tocado no era agua y las palabras que ha dicho, no las ha dicho ni a sí mismo ni a la gente; pero ahora estas cosas, por iniciativa propia, lo toman y se le entregan de tal forma que, por mucho que él intente dominarlas, aún no puede defenderse de ellas, igual que si fuera un recién nacido. Una vez vio a un hombre que iba por la carretera muy deprisa.

Los tiempos lo confunden. El pasado, sentencia de nuevo para protegerse, está muerto.

Una vez, era domingo, vio a un hombre que iba por la carretera. Él iba con su

padre en esta dirección, el otro se cruzó con ellos; el chico se fijó en los pantalones del otro, en que le hacían arrugas y ondeaban entre las piernas. Ellos iban al pueblo en la calesa. Y, a la vuelta, vio que aquel hombre seguía allí, andando por la carretera con sus pantalones ondeantes, y preguntó a su padre, y su padre le respondió; ese domingo, aquel hombre anduvo, firme y sin descanso por aquellas tierras. Ahora piensa que valdría la pena poder hablar de todo esto con alguien: de cómo un hombre puede andar con firmeza por aquellas tierras con sus pantalones moviéndose al viento, y piensa que no podría parar de hablar de cómo la gente vivía y sus casas envejecían, y de cómo iban un poco de aquí para allá, y de cómo se preocupaban mucho los unos por los otros. Y piensa que, al hablar de todo ello, su boca o se desbordará o se secará y que uno podría hablar de todo como si hablara de un hombre que, con sus pantalones moviéndose al viento, anda con firmeza por aquellas tierras.

Modera sus desenfadados pensamientos al cobrar conciencia de su situación. ¿Dónde está? ¿Qué intenciones tiene? Se examina con severidad. En noviembre, a esta hora y a esta tan oscuro que uno no puede ver ni la mano que tiene delante; él tampoco puede verse la mano que tiene ante sus ojos; debido al calor, la piel de su mano huele a abejorros, a orugas (se corrige), a larvas frescas y húmedas. En otro tiempo hubo un saco que olía así o quizás es el olor de la nieve derretida dentro del saco lo que ahora le viene a la memoria, o el olor a barro del hermano ahogado; también la arena que se había desprendido de los montículos junto al depósito de arena olía muy parecido: aquel día, creía que sus hermanos se hallaban en el depósito de arena y él los buscaba hurgando con sus manos.

Cavila profundamente. No puede tirar de sus propios cabellos y salir de la fosa de sus pensamientos. Una vez, en otra ocasión —cae ahora en la cuenta— desde la galería de la casa vio a la madre que iba por el camino y se detenía. Su madre remontó el camino y se detuvo. No. Se detuvo más tarde y se quedó de pie, tal como se había detenido. Primero él, que la espía tras la balaustrada de madera tallada, la vio de lejos —ella llevaba el cesto de mimbre repleto de hierba pegado al cuerpo— y le pareció que con su andar pesado y tambaleante no avanzaba, pero, luego, se redujo la distancia, y fue como si ella se separase del pegajoso y absorbente papel matamoscas del horizonte y, visiblemente, se acercase desde el plano del fondo —ahora sus pesados pasos eran eficientes— y aumentara, también visiblemente, el volumen de su cuerpo. Y de repente, totalmente por sorpresa, se quedó paralizada, como fulminada por un rayo, atada de pies y manos de tal forma que él no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. De golpe, el aire se transformó en hielo y la madre se congeló. Piensa para sí en los movimientos propios de alguien que se detiene y los enumera; ninguno de ellos fue realizado por la mujer en aquella ocasión: no avanzó la pierna y no apoyó el cesto sobre la rodilla para descansar, más bien el cesto no se movió ni un ápice de su cuerpo abombado. Precisamente, hacía un momento que ella

había movido y sacudido bruscamente la cabeza, quizás para espantar una mosca de la cara: al hacer este movimiento loco se quedó petrificada. Él no la llamó, lleno de curiosidad se dedicó a observar a la madre que se había detenido y permanecía inmóvil. Para él, era como si un miedo o una consternación hinchara progresivamente la mujer y la cubriera de negro. ¿Qué peligro podía haber amenazado allí abajo a la madre? ¿Percibiría algo funesto? ¿Podía haber visto algo? Por lo general, aquella época se la describe como un tiempo de paz, por mucho que la gente se peleara, como suele decirse, por un trozo de pan porque a menudo estaba sin trabajo; a pesar de todo, así se cuenta, la gente convivía relativamente bien sin casi tener leyes ni jueces; algunos se alimentaban de la miel que goteaba de la encina.

¿Cuántas veces los párpados humedecieron sus ojos antes de que su madre finalmente solevantara de nuevo el cesto y volviera su cara para mirar algo que él no podía ver? En aquella época, recuerda, ella llevaba en su seno al hermano de él. ¿Qué pudo inquietar tanto a la madre en aquel pacífico camino? ¿De qué fue testigo por aquel entonces? ¿Qué insecto la dejó petrificada?

Remueve una caja que hay tirada en la grava, así tiene un entretenimiento hasta que recupere las fuerzas. Algunos pasean por la carretera, sin rumbo; cuando lo ven sentado bajo el puesto de la leche, unos lo saludan amablemente; otros lo ignoran intencionadamente; sin embargo, nadie se acerca y se inclina hacia él para, con poco de buen humor, abrir la boca y hacerle alguna pregunta. Muchos aprovechan que empieza a anochecer y el aire vuelve a ser puro para reponerse de las fatigas del día. Todos aprueban que esté sentado bajo las tablas: les parece que este es su lugar natural. Por el aumento del volumen del ruido él reconoce la abundancia de coches que pasan a toda velocidad; en uno de ellos oye un perro que aúlla. Está acostumbrado. Este es el ruido de los frenos. Este es el ruido de la manivela con la que una mano está bajando el cristal de la ventanilla. Será, no será —piensa él obstinado en su guarida—; aprieta bien su cuerpo contra los puntales y esconde las manos entre las rodillas para no ser descubierto. Sin embargo, se trata solo de la mujer del propietario (que ya ha sido descrita), la cual, con un tono de voz, regaña furiosa al perro y, con otro tono, se interesa afablemente por la salud y los ánimos de los padres. Desde su refugio, él se muestra útil informando de que probablemente sus padres están disfrutando un poco del aire de la tarde. Lo mismo que su marido, ella lamenta la ausencia; la despedida es fría; tampoco en otras ocasiones esta mujer se ha mostrado muy afectuosa. Por lo demás, él no la conoce y se da cuenta de que tampoco ha conocido al hombre. ¿Cómo ha podido arreglárselas para responderles? Se halla ahora en una región inexplorada; está en el extranjero. La vergüenza que siente por su falta de orgullo y por la inercia con que se aferra a los puntales le hacen levantar y poner los pies en el suelo, unos pies que ya no son los suyos. En un periquete ha encontrado la bicicleta.

Mientras enumera para sí mismo los principios que podrían serle de ayuda para seguir avanzando, vuelve a apresurarse. Solo le queda un trayecto muy corto de camino. Mientras tanto, los pensamientos vuelven a ir más y más deprisa que los pasos. Ve su cuerpo como muerto estirado sobre el lecho. Cuando uno se acuesta no puede estar seguro de que al día siguiente despertará. Se acuerda de una lección del catecismo y de la ilustración de la lección por parte del propio catequista: una vez, un padre que tenía cuatro hijos y gozaba de buena salud se sentó a cenar, alegre y confiado, justo por aquellos parajes, pero, a la mañana siguiente, los hijos y ya no encontraron al padre entre los vivos. A todos (!) les podía ocurrir lo mismo, dijo el catequista. La noche después de la catequesis, en la cama, se abrasaba en llamas, del miedo que tenía se comió las plumas sueltas del edredón y los pelos se le pusieron de punta: los notaba uno a uno clavados en el cuero cabelludo.

Pero ahora podría respirar; los pies ajenos le son de utilidad. Podría, si... En el idioma extranjero no puede desenvolverse. Como si fuesen su sombra, persigue las palabras que pasan por él y no comprende ni una; intenta dominarlas pronunciándolas inocentemente para sí mismo y comprobando si los sonidos le resultan familiares, pero en su cabeza le suenan tan sin sentido que desiste; para sus adentros compara la huida de las palabras con la huida de las ratas.

Después de una noche de lluvia los sapos muertos yacen en la calle. Se repite machaconamente esta frase y silencio con ella las otras palabras. A veces, duda de si bajo las suelas tiene un sapo o solo una boñiga aplastada. Los días de fiesta la pala del peón caminero descansa; al día siguiente, será un trabajo rascar del asfalto los sapos resecos y cargarlos a paletazos en el carro. De noche se los puede ver a la luz de los faros dando aquellos torpes saltos con los que la naturaleza los ha dotado, cruzando la carretera que para una multitud de sapos no tiene límites. Cuando sus cuerpos aplastados y reventados están esparcidos por todas partes, su aspecto se asemeja al de un alpinista escalando una pared vertical. En muchas imágenes se ve: el hombre tiene el brazo derecho por encima de la cabeza y se agarra por una hendidura de la roca; el brazo izquierdo, en diagonal respecto del derecho, busca un soporte para el cuerpo que se escurre pies abajo; una pierna la tiene flexionada por la rodilla a la altura del estómago, la otra, patalea libre en el aire sobre el asfalto que, después de la lluvia, a la luz de los faros del coche que se acerca, se ve brillante y abismático. La pared de la montaña es vertical; la carretera, horizontal. El alpinista todavía cuelga de la pared rocosa; al respirar, su cuello se hincha y deshinch; apurado, arrastra con la punta del zapato una piedra suelta y los pájaros que dormían se asustan tanto que abandonan sus nidos graznando y croando. La próxima vez que un haz de luz lo ilumina, se yergue, y un grito sordo sale de la boca nudosa en señal de lo que le va a suceder.

El caminante de la bicicleta se sorprende a sí mismo concentrado en otros

pensamientos que a él no le incumben. No es tarea suya maldecir el curso natural de las cosas y, menos aún, hasta el punto de que se le escape la bicicleta.

Adapta sus pasos a los saltos y a las prisas de las palabras huidizas.

A menudo, piensa para sus adentros, en días calurosos, las langostas aladas revolotean por la carretera. Aunque ya no le asusta el sonido que emiten cuando frotan sus alas, que crepitan como la madera, no puede dejar de pensar y preguntarse por qué estos insectos obedecen esas leyes. De repente le asalta el recuerdo de un campo devastado, un campo de langostas verde y cenagoso; sus cabezas aplastadas incrustadas en el asfalto y, a continuación, aquellos cuerpos ilesos que sobresalían le fustigan y desencadenan en él un ira, sagrada y justa, que le da punzadas en un costado y le ahueca dolorosamente el diafragma igual que después de un hartón de reír. La ráfaga de aire que levanta un coche anima los cuerpos retorcidos de los animales —de las langostas y los sapos chafados— y mueve y sacude sus troncos; los que no están pegados a la carretera con su carne y sus líquidos, corren, ruedan, voltean, chocan y se persiguen unos a otros en un torbellino que el coche engulle a su paso.

Por los ruidos de los coches, piensa, seguro que puede llegar a identificar a través del oído el lugar por donde va. Entre los gruesos barrotes de la barandilla de un pequeño puente tendido sobre un pequeño arroyo, el ruido de la corriente de aire producido por la marcha y el del aire desplazado por el coche suenan como el traqueteo de un tractor que sube una colina. Al pasar por una calle bordeada de casas, los ruidos se estrechan, se pulen y, de nuevo, obtienen la libertad; del mismo modo, continúa pensando, el sonido del agua entre dos paredes rocosas es distinto del sonido de la misma agua cuando, después del desfiladero, el río se ensancha.

Intenta defenderse de los saltos que dan sus pensamientos.

Así que por los ruidos de los coches, se dice a sí mismo, uno podría saber si está pasando por entre las paredes de las casas de un pueblo o si va por campo abierto. Mediante el oído también podría distinguir las construcciones de madera —graneros y puestos de recogida de la leche— de las casas de obra; en la ciudad, las calles no resuenan igual que en un pueblo. Si el caminante prescinde de la ayuda que le brindan los ruidos de los coches (puede pasar que, por circunstancias excepcionales o por una disposición especial, a los coches se les prohíba o no puedan circular por la vía pública), entonces tendrá que atenerse a los ruidos de sus propios pasos. Esto es posible y funciona cuando el aire es frío y transmite bien los sonidos, en este caso, él puede identificar su entorno por el eco y por la separación de los ruidos que hace el oído. Pero otra cosa es en un día bochornoso como este, en el que lo audible le llega al oído como si durmiera; no puede nombrar con seguridad ninguno de los ruidos y como, además, los pies ajenos han perdido el camino no es capaz de decir por dónde anda. Camina por una calle o por un camino de campo, por una ciudad o por un pueblo, va campo a

través o por una zona edificada, descalzo o con los zapatos polvorientos; va por donde él cree que va y él cree que va campo a través.

La reflexión le enmaraña el rostro y le enreda las piernas que se han declarado independientes, de modo que solo cuenta con la ayuda de esta bicicleta que ahora le resulta simpática. Secretamente, por el camino, todo el rato ha tenido presente a su hermano y, disgustado, le ha reprochado la maldad de sus actos. Al poco ya no sabía ni qué era mío ni qué era tuyo: abajo unos pies han seguido avanzando, unos dedos han colgado al hombro un petate de marinero; unos labios han susurrado palabras extrañas; él se ha hecho ilusiones de que en adelante su cara ya no estaría marcada por la ceguera, se ha hecho el vidente. Ha sido arrogante y, en su altivez, se ha excedido, se ha pasado de la raya y ahora no sabe ir ni para adelante ni para atrás; incluso se somete a sí mismo a un serio interrogatorio mientras, malhumorado, endereza el manillar suelto de la bicicleta.

Así pues, dice.

Su hermano ha dicho.

Entonces ya no oye a nadie que pase y diga algo. Por varios indicios se da cuenta de que va por el camino que lleva a su casa; sin él saberlo, al girar la bicicleta, ha ido a parar al camino que lleva a la casa. Una mirada que espíara a través de la barandilla tallada de la galería fácilmente podría verlo. ¿A qué casa se dirige? ¿A qué clase de casa se dirige? Se dirige a la casa de su padre, a quien el correspondiente número de inscripción en el registro de la propiedad reconoce, ante la opinión pública, como propietario del inmueble por derecho propio; por su parte, el hijo tiene por nacimiento el derecho a cruzar el terreno por este camino privado. Inclinado sobre la bicicleta avanza por las tierras de su padre. La llave de la puerta estará en el bolsillo. Sin embargo, detiene sus dedos para que no se metan en el bolsillo; la llave que le ha dado la mujer en el coche estará en el bolsillo cuando él quiera cogerla. Se guarda para él lo que teme; no deja que sus precipitados dedos se salgan con la suya. Como todavía no oye nada, empieza a desconfiar de su oído. Sacude la cabeza sin que, no obstante, los ruidos cambien. Lo primero que podría hacer es agazaparse detrás de la bicicleta.

Cuando deja de nevar —se hace presente la historia— los gritos se congelan en la lengua del que llama. Aquel día, de la mañana a la noche, anduvo perdido por la nieve buscando al hermano desaparecido: lo llamó, miró por todas partes.

Enumera los lugares donde ha estado, son tantos que los nombres se funden en su memoria: Sankt Johann junto a la carretera, Sankt Kosmas y Sankt Damian en la sombra...

Acelera el paso.

No se oye nada.

Echa a correr con la bicicleta.

Según la descripción, la misma noche en que él perdió la vista, el hermano

volvió a casa. Esto fue un sábado. En las fincas del pueblo, recuerda, los sábados se ha conservado la costumbre de barrer el patio de delante de la casa. Pero aquel día había nevado. Un impedimento que invalida una costumbre; además, uno puede imaginarse un suceso más preocupante para los habitantes de una casa que el hecho de barrer el patio. Su hermano había regresado cuando ya era de noche y se había quedado afuera barriendo la nieve del patio. Como en todas las estancias en que había gente se lloraba en voz alta la muerte del otro, del hermano ahogado, ninguno de los presentes se percató de su vuelta. Fue el padre quien oyó los pesados golpes de escoba desde el camino por el que iba subiendo. El hombre venía del pueblo o de cualquier otro lugar y se dirigía a su casa; más tarde, cuando estaba fuera de sí por la borrachera, contó que había reconocido inmediatamente al hijo desaparecido. Ahora el ciego se rompe la cabeza pensando cómo pudo el padre, en medio de aquella oscuridad, reconocer al hijo que estaba barriendo. En el patio únicamente la nieve había podido resplandecer. Las luces de la Gran Habitación, donde estaban reunidas las mujeres, dan hacia el poste de la línea eléctrica de alta tensión y es cierto que la luz de la habitación de la hermana da hacia el camino por el que avanza el padre, sin embargo, a causa de esa misma claridad lo que bajo la claridad es oscuro todavía se oscurece más: la gran parte de la superficie del patio que barre el hermano está justo debajo de la ventana iluminada de la hermana, por tanto, esta parcela de luz, que parece agua sobre la que cae la nieve, es negra e impenetrable a la mirada. Su hermano está junto a la pared del establo. Sobre la nieve recién caída —las pisadas de las mujeres ya han cicatrizado— crujen los pasos del padre. En un primer momento, el hijo detiene sus movimientos. El ciego se imagina que el hermano agarra el palo de la escoba muy abajo. Su cara está rígida por la suciedad de los días que pasó sin otro alojamiento que los matorrales y cenagales en los que se escondía. El pensamiento de quién de los dos vio primero al otro tiene al ciego ocupado. A esta hora, según el relato del padre y de la hermana, el coche militar se desvía de la carretera y toma el camino que sube hasta la casa que es el domicilio del que ya se ha quedado ciego, según se desprende convincentemente de las confusas indicaciones del mismo ciego y del testimonio de uno que conoce el pueblo. Los faros del coche también tienen que girar y rozan con su luz el patio y, al fondo, las paredes y las ventanas. Así es como el muchacho de la escoba es deslumbrado y no puede reconocer al padre que se halla lejos de él; en cambio, al hombre se le confirma el regreso del hijo y a primera vista. De hecho, el padre también contó de esta manera la llegada y el curso de los acontecimientos. De lejos, la luz del faro del coche es tan débil que proyecta las sombras de las ramas de los árboles que quedan entre el mismo faro y las paredes iluminadas todavía sin forma ni figura, como si fuera el viento que sopla contra las paredes; estas nubes pálidas y apenas visibles son solo la sombra de la sombra que todavía está por venir. Después, mientras las ruedas se abren

camino por entre la nieve, la potencia de la luz proyectada sobre la pared aumenta y también los obstáculos que se interponen en el camino de esa luz se dibujan sobre el encalado cada vez con mayor nitidez y su tamaño no cesa de crecer; finalmente, las sombras de los obstáculos superan el tamaño de los obstáculos mismos. Desde la calle, los árboles todavía quedaban dentro del haz de luz, pero, ahora, a medida que el vehículo se acerca, las ramas de los árboles se escapan de la banda de luz y, mientras el coche pasa por debajo de estas ramas, su reflejo en la pared se amplía hasta que, más arriba de la galería, vuelven a perderse en la oscuridad. Solo lo que se interpone en el camino del haz de luz es proyectado sobre el muro: sobre la pantalla, la imagen del hombre que todavía no se ha movido de su sitio se ve aumentada e hinchada; sin embargo, la imagen del muchacho se encoge y tiembla porque está casi tocando a la pared (incluso puede que esté bajo el dintel de la puerta del establo), en el temblor de la propia luz, de modo que, a medida que aumenta la concentración de la luz, su cuerpo se va pegando con su sombra a la pared y, al final, cuando la luz engulle su reflejo, se queda sin sombra, aplastado.

Al ver a su hijo, el hombre debe de haberse conmocionado tanto que ha hundido sus manos en los bolsillos de los pantalones. No soporta estar aquí de pie, con su boca que no dice nada y sus dedos que no hacen nada, por eso, mete sus manos abiertas en los bolsillos, menea inquieto la cabeza y revuelve en los pantalones como si hubiese perdido el cinturón; se mueve intranquilo y absurdamente para librarse de su inalcanzable situación y de la distancia que lo separa del otro, porque —dice después borracho con otras palabras— le preocupa ver a su hijo allí plantado. O bien no se miran, aunque ninguno de los dos rehúya la mirada del otro, o bien el padre esquiva las miradas del otro y revuelve en sus bolsillos con demasiado afán como para que, mientras lo pone todo del revés, pueda percatarse de los acontecimientos que suceden a su alrededor. Nadie hace algo así.

A quien el hábito guía sus manos, piensa el ciego, puede sucederle que un imprevisto altere el curso habitual de las cosas, lo asuste y le haga tomar conciencia de sus dedos que buscan; estos, si no hallan en el bolsillo lo que sin saberlo esperaban encontrar, se sienten a causa de este imprevisto como sacudidos por una descarga eléctrica; luego los movimientos de las manos se vuelven ansiosos y precipitados, los dedos pelean duro unos contra otros, la expresión de la cara, hasta entonces bajo control, se descompone. Sin embargo, el ciego vuelve a reprimir su presentimiento. Además, la ventana de su habitación está abierta, de modo que le será fácil rodear la casa y entrar por detrás, trepando por la pila de leña; en el trayecto dejará la bicicleta apoyada contra el cobertizo, luego solo necesitará ir con cuidado con el pozo de cal de debajo de la ventana: los tablones podrían haber resbalado. Cuando haya cerrado los postigos de las ventanas y a nada podrá ocurrirle.

A todo esto, no ha reparado en el coche que ahora debe de estar tan cerca que el hombre, de grado o por fuerza, tendrá que esquivarlo. Las ruedas reducen a nada el campo visual entre padre e hijo. Aunque es bien sabido que el hombre suele expresarse con tacos y gestos que le sirven para todo, en su estado de borrachera, designa las cosas por su nombre: cuando el vehículo lo adelanta, así lo cuenta él, es invadido por una horrible desesperación que le agarra y le muerde la garganta y le produce en el estómago un hambre desahogada que solo consigue calmar escarbando con la mano la capa de nieve que cubre la estaca que tiene al lado y hundiendo, lleno de rabia, los dientes en la nieve; con gestos, dice el padre borracho para justificar su relato, uno no puede explicarlo todo.

El hombre que ha vuelto del pueblo, o de donde sea, está, pues, ahí; ahí está el hermano con la escoba, él mismo, el que imagina todo esto, está aquí; aquí está el vehículo en el que entonces yacía él; es cosa suya cómo él se imagina los detalles. Esta tumbado en la camilla y ha vuelto a perder el conocimiento. Los gestos que se hacen ante una desgracia son conocidos: las mujeres se llevan las manos a la cabeza; los hombres, si están sentados, apoyan los codos sobre las rodillas y se cubren la cara con las manos. Pero si están de pie, suelen ir silenciosos a un rincón donde nadie pueda verlos o se quedan plantados en su sitio. La oscuridad es útil, el hombre puede aprovecharla para golpearse violentamente la frente con los puños; la nieve que cae aumenta su dolor; mientras tanto, las formalidades que los conductores emplean ante la deformidad de la desgracia, le dejan tiempo para serenarse; por contra, ciertos ruidos y olores lamentan la singular situación del desdichado y hacen que este se dé cuenta de la rareza de su estado: el ruido del forraje entre los dientes de las vacas, el lloro y temblor de las bocas de las mujeres rezando, el sabor a nieve en el paladar mezclado con el aliento de vino que le llega de los intestinos, el chispeo y siseo del caballo en el establo que, mientras los soldados dan el parte, empieza a orinar: en un primer momento, todo, todo esto lleva las expresiones y gestos de la desgracia de él. Pero, luego, el hombre ya no aguanta por más tiempo su inconveniente calma — rayana en la alegría— y, de repente, grita en dirección al establo y ordena al caballo que deje de hacer sus interminables necesidades; apenas ha hecho esto, se dice a sí mismo que bien se hubiese podido callar la boca. Sin embargo, en lugar de callarse, con unas pocas, apagadas palabras hace entrar por el portal abierto a los soldados hasta la casa, estos con la camilla en las manos se pasan el peso de una pierna a la otra y, desconcertados por los gritos, no saben hacia dónde mirar; mientras tanto, el padre, que no para de sacudirse los zapatos, les muestra el pasillo que lleva hasta la habitación sin, no obstante, dirigir una sola palabra a sus hijos: ni al que está en la pared del establo ni al ciego que llevan en la camilla. Ahora, pues, con la entrada de todos en la casa, este círculo se puede cerrar.

El otro círculo todavía no se ha cerrado. El ciego ni siquiera ha empezado a

trazarlo, paso a paso, alrededor del edificio. Sigue sin poder quitarse de la cabeza la pregunta de por qué se le escaparía la llave. Le parece como si después del largo giro que aquel día, en el patio, le acercó la carreta y los dos forasteros con el cadáver del hermano, la Tierra hubiera llegado a su punto muerto y, por un momento, lo hubiera sacado de su absurdo movimiento y detenido. Pero, ahora, al continuar el movimiento por iniciativa propia —se ha arrancado con violencia de la inmovilidad y hace avanzar la bicicleta—, vuelve a sentir como si, después de este largo tiempo, caminara por primera vez sobre sus propios pies y como si, por primera vez, para lograr este movimiento, al andar, tuviera que emplear de forma consciente la voluntad: colina abajo se ha dejado llevar por la bicicleta; ahora, en el llano, debe pedalear él mismo.

El edificio está sumido en una profunda calma. Ni siquiera las gallinas estorban su círculo. Él corre con la ruidosa bicicleta en dirección hacia donde supone que se halla el cobertizo. Dejar la bicicleta apoyada contra los tablones y seguir corriendo es una cosa; otra cosa es arreglárselas para evitar extraviarse. Esta es la fuente de la pared del establo. A esto él lo llama la esquina de la casa. En ángulo recto sigue la segunda pared a lo largo de la cual se arrastra con sus extremidades. Teje que teje, se mueve por la pared y por los tablones del granero. Esto son los restos de tiza en sus manos. Esto que hay en el suelo son cerdas de puercos y mechones de pelo de mujer que ha sido cortado. Se deja caer a cuatro patas. No debe olvidarse del pozo. Su padre y la mujer del padre andan con la lengua afuera por alguna parte de la extensa finca. Siente deseos de apoyar la espalda contra la pared y mostrárselos; querría mostrar que está allí; además, si se apoya contra la pared nada ni nadie puede caerle sobre la espalda.

Con los oídos escucha atentamente a su alrededor. No se ve nada. Siente ganas de esconderse. El terreno hace pendiente, piensa. El horizonte está tranquilo. Después de este día tan caluroso, la noche promete ser más fresca. Mañana a esta hora, piensa, estará en otra parte. Esto es el pozo de cal. Si se sube a la pila de leña puede evitarlo. La leña está amontonada de tal forma que puede poner el pie en los huecos que dejan los troncos. Se agarra con las manos arriba, en el cartón, para tomar impulso. Ahora nada le impide empujar la otra pierna, poner una rodilla sobre el cartón y, haciendo fuerza con la mano que ya tanea el canto del marco de la ventana, elevar el resto del cuerpo. Una vez estuvo buscando al hermano desaparecido. Ahora está frente a la ventana abierta, de cansancio se ha acostado sobre la pila de leña. Para mantener una conversación, el sitio está mal elegido; además, está tumbado con todo su peso boca abajo. Se toma a mal el cansancio que ahora, sirviéndose del cartón reblandecido, amenaza con ensuciar su pulcro vestido. Se incorpora. Se sienta. Reflexiona. «Nada indica nada.» Está sentado sobre la pila de leña con la cabeza inclinada y la mano derecha sobre el hombro izquierdo. Cuando anochece, piensa él, se levanta el viento y hace sonar en el aire cientos de ruidos que son distintos en

función de los objetos expuestos al viento. Si la noche anterior ha llovido, más tarde, cuando la tierra se seca, una costra recubre las huellas de los que anduvieron por los caminos. El polvo que después de la lluvia se ha secado, es marrón y quemado; se desmigaja entre los pies descalzos del que camina por él.

En otra ocasión, anduvo al amanecer por entre una polvareda blanca y densa. Se le ocurre que, a veces, el color del polvo se adapta al color del cielo, y lo mismo hace el color del agua; a veces, el cielo parece empolvado y polvoriento. Las gotas aisladas de una lluvia que empieza a caer abren en el polvo del camino hoyos como los de la viruela. Pero si han caído muchas gotas, tantas que ya puedes hablar de lluvia, entonces los pequeños y gibosos cantos del camino saltan claros y resplandecientes mientras que el polvo del camino todavía parece seco. Andar por aquí, te resulta agradable. Se estremece. Por suerte la ventana está abierta. El dolor agudo y punzante inflama sus oídos. No se ve nada. Aprieta los dientes y, durante un buen rato, escucha atentamente a su alrededor. La sangre fluye por su cuerpo. Demuestra su valentía aguantando. Luego le asalta el espanto, los dientes le castañean con fuerza. Tampoco se oye nada. Respira con dificultad. Se ayuda husmeando y jadeando como un perro. Habrá saltado, piensa él. Las frases que piensa adolecen de la precariedad de su respiración. Salta. Ha saltado a la habitación. Esto es el suelo firme. Esto es el desagüe. Esto es la ventana que ahora está cerrada. La ventana bien cerrada.

Tiempo atrás anduvo descalzo por el polvo. Una vez anduvo. Ha andado. Anda. Su padre había atravesado el juncal. Su hermano subió corriendo por el campo mientras nevaba y se coló por entre la alambrada de la dehesa. Su hermano iba en la carreta. Se lanza de cabeza sobre la cama. Se encoge. Se revuelve. Tiembla. Levanta los brazos como si quisiera volar. Gira sobre sí mismo. Solloza. Se estira.

Pierde el conocimiento.

Tiene un sueño diurno. Corre por un camino que todavía está fangoso por la lluvia. Los pies le responden bien. Corre tan rápido como puede con la cabeza hundida y los brazos muy caídos, las manos bambolean a un lado y a otro de las piernas. El barro bosteza y suspira a su paso y, después, vuelve a llenar de agua las huellas que él deja. Está huyendo. No sabe por qué huye y, mientras corre, se pregunta por el motivo que le obliga a avanzar. No tiene conciencia de haber cometido un hecho punible. Sin embargo, mientras corre, le comunican que su hermano le espera al otro lado de un claro, que el hermano se ha adelantado en la huida con la intención de reunirse allí con él. Recibe la noticia sin detener la carrera, incluso se apresura aún más; escucha y presta atención a las voces que comentan su comportamiento y dan muestras de preocupación. De nuevo le llega a los oídos que es un descuido no ocultar las huellas a los perseguidores; sin dejar de correr, mira por encima de un hombro y del otro y en el barro cenagoso ve las huellas deformadas que claramente va dejando a su paso.

Entonces, cae en la cuenta de que delatará el escondite de su hermano y, esto le aflige tanto que, mientras corre, casi pierde la razón. Entonces, le llega a los oídos que el país está alborotado a causa de su huida, que el ejército pronto será movilizado y que el ultimátum, como se dice, ya ha sido dado; que para la salvaguarda de la paz, haga el favor de rendirse. Todo esto extraña mucho al prófugo. Hasta ahora no se ha ocupado ni del paso del tiempo que transcurría ni del clima, pero, después de esta noticia, ambas cosas devienen importantes para él y, sin aliento, pregunta sobre el particular mientras sigue corriendo obstinadamente. Le informan de que, aunque en el suelo esté nublado, por encima de las nubes la vista es inmejorable. Pronto llegará el claro. Por los altavoces difunden un aviso especial que, sin embargo, debido al crujido —no sabe si de los oídos o de los aparatos—, él no alcanza a entender del todo; solo comprende los muchos signos de interrogación que hay en las frases y el signo de exclamación al final que con su grito endereza los signos interrogativos. Esto es el claro: matas altas de helechos y hierbas aplastadas por la saliva de los cuclillos, pinos y abetos cada vez más pequeños y espaciados; le comunican que por la izquierda, abriéndose paso entre los helechos, descabezando los tallos con los dedos, llegará su hermano. Se sitúa y mira en la dirección indicada. En toda su vida, piensa, no ha visto a nadie. Los tallos duros cortan los dedos de la mano. Le ordenan que levante la cabeza; que quien levanta la cabeza sea él, le parece extraordinario. Mira en línea recta hacia una gran extensión de terreno: sin alzar más la cabeza puede ver el horizonte y el cielo es tan bajo que, al mirar, es aplastado contra la hierba. Entonces, ve surgir de la línea del cielo pequeñas nubes, bandadas, grupos, escuadrones y escuadrillas de nubes y le dicen que el cielo está descolorido y que, en cambio, las nubes son de un color amarillento; le dicen que la hierba del terreno tiene el mismo color desvaído del cielo. Todavía quiere preguntar qué significa este zumbido, pero, antes de que pueda acabar de hablar, los altavoces anuncian la declaración de guerra. Se agacha y mira ese cielo que él cree poder oler, gustar y palpar: huele a gasolina quemada, sabe a leche agria, es caliente al tacto como el agua en la que él, desprevenido, mete la mano. Las pequeñas nubes que se abalanzan desde todos los puntos del cielo son bombarderos.

En este espacio, las palabras podrían ahora abandonarlo y volverse absurdas; él solo necesita pronunciar sílabas, sonidos o voces de animales: solo necesita hablar con indiferencia de alguna cosa insignificante. Y sin embargo: basta que su voz salga de la boca para que se precipite por este pozo cuidadosamente excavado durante largo tiempo que confiere sonoridad e importancia a todo lo que diga. Él incluso tiene suficiente con comentar que, después de cierta reparación en la central eléctrica, los cables de la línea de alta tensión, de repente, han comenzado a zumbar otra vez, aunque esta información no pueda afectar a ninguno de sus oyentes; necesita solamente abrir la boca y hablar. El

espacio en el que habla responde con un eco.

Una vez soñó solo una comparación: Su hermano reía como cuando un puñado de granos de maíz es arrojado con fuerza contra el suelo; luego las gallinas se peleaban con sus picos para poder hacerse con los granos.

Los avispones

No tienes que mostrar que vas por un camino polvoriento. Los espectadores no tienen por qué enterarse de las características del camino. Basta con que Te vean andar. Tampoco es necesario mostrar que hace calor. Solamente debes tener cuidado al entrar para que aquellos que Te miran no piensen que Te has puesto en marcha justo ahora; cuando Te vean entrar, deben creer que ya llevas mucho tiempo andando. Tú entras no como si llegaras a este concreto y preciso lugar, sino a un lugar que es idéntico a todos los lugares por los que Tú ya has ido. El lugar al que Tú llegas y en el que Te presentas ante los espectadores no es distinto de los otros lugares. Tú no entras, no Te presentas en un escenario, más bien caminas por entre las miradas. No hay nadie. Los movimientos de Tus piernas son tales que suscitan en los que Te miran la idea de que ya van solas y de que Tú no pones nada de Tu parte para que avancen. Si miras a Tu alrededor, a los espectadores les tiene que parecer que miras siempre después de haber dado un número determinado de pasos. Al andar, Tu mirada no se ha apartado ni una sola vez de Tus pies. Miras a Tu alrededor como quien busca una sombra en una vasta extensión de terreno. Tu vestimenta es sencilla; no debe atraer la mirada de los espectadores. Llevas una camisa sin cuello, como un presidiario o un campesino. Hace poco que has llegado. Los espectadores ya habrán captado que estás en camino desde hace mucho. No necesitan saber más. Ahora tienes que lograr que este breve lapso de tiempo durante el cual los espectadores Te ven y que Tú puedes calcular midiendo Tus pasos con la abertura entre el pulgar y el índice, este tiempo que transcurre entre Tu primer movimiento visible a los espectadores y el momento en el que Te detienes y miras a Tu alrededor, a ellos, les parezca infinitamente largo. No basta con mostrar Tu fatiga a los que desconocen lo que Te pasa, haciendo ver que Te pones de cuclillas y escupiendo sobre una piedra (por decir algo) que desentierras del camino para Ti, como recomienda el remedio casero para el dolor de costado. Solamente dispones de Tu cara y de Tus gestos. Tu voz, con la que podrías hablarles, ha enmudecido. Durante el minuto que has andado ha transcurrido medio día. Esto es lo que los otros tienen que entender. En medio día, la luz y el viento cambian. El camino cambia. Cambian las sombras de lo que se alza sobre la tierra. A los espectadores Tú solo puedes mostrarles Tu propio cambio. Sin embargo, durante el minuto que Te han visto, no Te ha ocurrido otra cosa que lo que les has mostrado. No vale la pena que Te pongas la mano sobre los ojos y Te gires para ver los doce pasos que has dado ante ellos. No basta con que simules que no alcanzas a ver un final. Seguro que ellos entenderán lo que Tú representas y se dejarán convencer por Tus gestos de que tienen que multiplicar los pasos, sin embargo, no podrán entender cuánto tiempo ya ha transcurrido. No les llegará al corazón. Para mostrárselo, necesitarías magia o una gran elocuencia o una fórmula con la que

podieras encantar sus oídos. Pero se Te exige que permanezcas mudo. No basta con que cambies Tu modo de andar, no basta con modificar la expresión de la cara y que los ojos parpadeen, no basta con dejar que los brazos cuelguen lacios de los hombros. No dispones de una iluminación que podría mover Tu sombra. Tirarte al suelo de cansancio, no resultaría. Con ningún gesto, con ninguna expresión conseguirías resumir el tiempo transcurrido. Cualquier cosa que hicieras se convertiría en un espectáculo de títeres. Pero si Tú mismo representas esa comedia, se reirán de Ti, igual que si quisieras mostrar el paso del tiempo colocando delante de Ti la palma de la mano a modo de cronómetro y utilizaras como aguja el índice de la otra mano y los espectadores tuvieran ante sí los puntos invisibles, que significan las horas, y Tu dedo que iría avanzando a cada paso que dieras. Tienes que mostrar doce pasos, doce horas. Ahora el dedo ha regresado al punto de partida. Simultáneamente, Tú te has detenido y Te propones descansar al lado del camino. Pero la magia que necesitas para que los espectadores capten el tiempo, la magia que los haga estremecer, está encerrada en Tu boca. Tu voz es muda. También en lo que sigue, Tu voz permanecerá muda. El ruido que en medio del movimiento que realizas para ponerte a descansar Te hace aguzar los oídos, Tú lo indicas levantando de lado la cabeza « como un ciego» .

El camino es arenoso y está encharcado. Solo están cubiertos con grava los baches de los vehículos. Los espectadores no necesitan que se les describa detalladamente el ruido que Tú oyes ahora. Tampoco saben que es lo que Tú ves. Ellos tienen que notar que algo ha cambiado únicamente por la expresión de Tu cara. Has llegado a otro sitio transformado. Ante Ti ves un depósito de arena con matas de hierba en las paredes de las que se desprenden velos de arena, nubes oscuras que cubren de polvo los escombros grisáceos. Lo que Tú has oído fue quizás el murmullo de estos velos de arena o los borborismos de la grava o el matraqueo y estrépito de estas materias primas en la criba que abajo, en el suelo del depósito, un hombre, desnudo de medio cuerpo, remueve. Para Tus adentros comparas este ruido con el ruido que hacen los feligreses cuando, en la iglesia, se levantan de los bancos. En este momento, el hombre hace la última maniobra: guarda las herramientas de trabajo en la caseta de madera. Se echa la camisa sobre el hombro y sube a grandes zancadas hacia donde estás Tú. Cuando, de pronto, el hombre se echa a correr, Tú, entre los cabellos enmarañados por el sudor de la cabeza y los pies que avanzan pesadamente, ves su tronco acortado y debajo, a derecha e izquierda, las rodillas que corren. No tienes que dar entender a nadie que estás sentado junto a un depósito de arena y que observas la carrera del hombre. Solo Te tienes que mostrar en un estado parecido al espanto, un estado que Te hace levantar y apartarte del paso. Tu rostro debe ser el espejo del hombre; este no cuenta para los espectadores. Sin embargo, Tú no representas el hombre, sino el miedo del hombre. Comprenderás mejor este miedo si Te

imaginas que, al otro lado del depósito de arena, hay un árbol que debajo del nudo de la primera rama tiene un hueco del tamaño de una cabeza. « Por este hueco el árbol bosteza soñoliento.» Tú Te quedas donde estás ahora. No tienes que imitar ni los gestos ni los movimientos que sigue haciendo el hombre. También los espectadores permanecen en sus sitios. Lo único que tienes que hacer es transmitirles Tu miedo o el miedo del hombre o un miedo, no importa. También utilizas Tu cara solo al principio. Detallar cada una de las expresiones sería perder el tiempo. La respuesta de la cara a aquello que Tú ves y oyes Te es innata. Sigues mirando con Tus propios ojos hacia el árbol, como si debajo de él hubiera la sombra que necesitas para Tu descanso. Todavía no has dejado que Tu cara actúe. Los espectadores tienen que creerse seguros para que Tú, después, puedas sorprenderlos. Es evidente que Tu vista todavía es tranquila, aunque Te va a ocurrir algo. Pero, entonces, miras el árbol con otros ojos. Las expresiones de Tu cara se van superponiendo. Ahora has comprendido de qué se trata. También a aquellos que Te miran les ofreces ordenadamente el enorme espanto de Tu rostro. De pronto Te levantas. Te has levantado. Estás de pie. Muestras que no sabes qué hacer para huir. Que aparte el hombre está resbalando por los escombros y que, sin decir nada, está haciendo un esfuerzo bestial para agarrarse en la rocalla con sus brazos y pies como grapas, eso Tú no debes mostrarlo. Los otros no deben saber lo que ocurre. No tienes que pensar en nada. A Ti Te corresponde hacerles creer algo. Pero en ningún momento tienes que salir de Tu papel. Así como ahora Te arrodillas, así Te quedas. También las expresiones de los que Te miran serán las mismas que acaban de hacer. Tú representas la espera del hombre arrodillado que nunca más podrá salir de los escombros. Algo se le acerca y después se coloca sobre él. Ya no le sacude ningún movimiento. Él es una de las víctimas de la arena que los otros miran y esperan que de un momento a otro estalle, él, en cambio, todavía no se mueve. Tú eres la aguja del reloj eléctrico cuyos movimientos los espectadores miran fijamente hasta que los ojos les arden. Tú investigas y examinas el momento con todo el cuerpo, de un extremo al otro de Tu cuerpo inmóvil. Ni siquiera tienes para Ti la calma del viento. Si hablaras y Te movieras, entonces sucedería eso. Si guardaras silencio, podrías salir airoso. Pero si callas, ninguno de los espectadores sabrá qué les estás comunicando. Pero si hablas y Te mueves, las palabras Te perderán.

El origen de la historia

Solo sufre por lo que no sabe. Lo que sabe, le deja indiferente. Si sabe algo de algo, pero no puede llegar a saber qué es y cómo es, entonces eso le atrae y tiene ganas de saber más. Lo inalcanzable seduce. Lo aparentemente olvidado seduce. A veces, solamente lo seduce el camino intransitable descrito en el libro. En las apartadas regiones en las que se ha desarrollado la acción hay algún camino que parece un camino clandestino, a pesar de que la tradición cuente que, en su día, pasó por allí un batallón de combate. Para sus oídos ha sido una novedad el crujido de los pasos en la arena húmeda. Si la memoria no lo engaña, en el libro se describe que la noche anterior había llovido. Sin embargo, ya no sabe cómo aquel libro llegó a sus manos. Lo que ahora espera, parece que el presente lo ha anulado y modificado; los protocolos de su memoria han sido confiscados, el juicio sobre aquel libro, si se podía leer o no, ha sido borrado porque ha olvidado la sentencia. Y, sin embargo, no duda de que, tiempo atrás, leyó el libro y, por lo tanto, si lo leyó, en aquella época todavía no se había quedado ciego. De los acontecimientos que sucedían en el libro, solo una duda lo atormenta. Comienza con la descripción de un camino por el que un hombre va con su hijo en busca de un hermano desaparecido. Los zapatos, como ya se ha dicho, crujen en la arena, que después de la lluvia está húmeda o incluso mojada. Anochece. Con respecto a la hora no puede equivocarse porque recuerda una frase que intercambian los dos en la que hablan del color de las casas. El encalado de las paredes brilla como antes de una tormenta, en cambio, el paisaje de alrededor ya se ha apagado. Por otro lado, se acuerda de que el camino por el que iban los dos solo era un camino de herradura o un sendero muy estrecho entre avellanos; si estiraban los brazos caía agua de las hojas de los arbustos. Los dos pasan por este atajo con la intención de acortar el camino. Pero no puede ser que en su búsqueda hayan visto una casa; los mismos arbustos son muy densos; por lo general, se considera esta región muy poco poblada, en promedio no hay más de cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado, en este quizás solo haya ellos dos caminado. De ahí se deduce que, en el pasaje referido del libro, no pueden haber hablado del color de las casas. Si los dos no hablan del color brillante de las casas, tampoco tiene por qué estar anocheciendo. Solamente está seguro de que sus suelas crujían en la arena húmeda; de lo demás ya no se acuerda.

El libro trata de dos hermanos, uno de los cuales, más tarde, buscando solo al otro, que ha desaparecido, se vuelve ciego. En el relato no queda del todo claro qué ha sucedido para que el chico se vuelva ciego, únicamente se dice varias veces que eran tiempos de guerra, pero faltan informaciones detalladas sobre la desgracia, o él las ha olvidado. Se parte del supuesto que el ciego, cuando ya es mayor, un domingo se despierta y algo que él no puede controlar con sus pensamientos le hace recordar al hermano ausente. A partir de este momento, en

su mente empiezan a entremezclarse, sin ningún orden, los episodios de los que cree acordarse. En todo caso, para el ciego son muy importantes los ómnibus que llegan al pueblo, en cuyas afueras él convive en una relación muy estrecha con el padre, que aún vive, y con la segunda esposa de su padre, la cual después de la tregua provisional vino a parar a la región. Ahora los acontecimientos de este domingo se corresponden con los de aquel día de guerra que se quedó ciego, sin embargo, no se trata de una correspondencia de los comportamientos y conductas exteriores, sino solo de la fatal coincidencia y del acuerdo entre las cosas que le suceden al ciego y las que le sucedieron una vez, sin que, no obstante, estas se parezcan en nada exteriormente. Además, sucede que algunas cosas alimentan en el ciego la sospecha de que le ocultan algo; si no se equivoca, en un pasaje se describe una carta que se le cae del vestido a la mujer del padre; cuando él pregunta y sus preguntas son respondidas con mentiras flagrantes, o sencillamente son ignoradas y no le dicen nada, él toma las mentiras como corroboración; el silencio de los interrogados en diversos lugares, como asentimiento.

Los detalles de la acción se le han borrado de la memoria. Él alza ante sí esta estructura pobre que todavía le resulta creíble. Solo ha conseguido retener por casualidad el final. El ciego yace dolorido sobre la cama en una habitación y conversa consigo mismo, se representa o imagina algo. El que es ciego, también es invisible. En el dialecto extranjero, se usa la misma palabra tanto para decir que alguien es ciego como que alguien no es visible para los otros. Nadie ve la cara del ciego en el espejo; cuando un ciego está ante el espejo, nadie está ante el espejo. La ventana de su habitación refleja por fuera lo que está afuera; quien quiera mirar hacia adentro (desde dentro), deberá acercarse al cristal y mirar a través de su propia cara para poder ver al ciego que está dentro. A todo esto, no debe olvidar el pozo de cal que hay bajo la ventana. El invisible puede estar en los lugares en los que le apetezca estar sin tener que ser visto. Además, el invisible no es ciego; lo que quiere ver, lo ve; si quiere, tiene una segunda cara desde la cual le resulta visible incluso lo que está muy lejos. También el ciego puede ver lo que él quiere; como es invisible, nadie pondrá obstáculos a su mirada. Sin embargo, no puede ver lo que sucederá en adelante; no puede prevenir ni predecir lo que será o llegará a ser. Tampoco le importa para nada. Él se atiene a lo que hasta ahora y hasta ahora (y así sucesivamente) experimenta y ha experimentado. En muchas leyendas, el ciego es precisamente el vidente. El vidente es ciego. De todos modos, el ciego que aquí, en esta habitación, descansa sobre la cama, se contenta con que no le anticipen nada relacionado con lo que le sucederá y con no depender de nada, salvo de su propio pensamiento; lo que él piensa que sucederá, se cumple o no, lo mismo le pasa a la otra gente; entonces, él da su visto bueno. Se contenta con lo que él se figura, aunque luego la realidad lo invalide; para él, figurarse cosas es un modo de afirmarse.

En este punto, el recuerdo lo abandona. De todas formas, entretanto no ha sucedido nada; el ciego está acostado en su habitación y reflexiona. Se hace notar a sí mismo: tose ligeramente y con los dedos de los pies hace balancear un calendario o un cuadro que cuelga de la pared; un moscardón aprisionado en el cuarto choca contra el cristal herméticamente cerrado de la ventana. Incluso se le han borrado de la mente el lugar y la estación del año en los que transcurre la acción. Como ya no sabe nada al respecto o cree que solo ha conservado algunos fragmentos inconexos y, no obstante, está seguro de que un día leyó el libro, por eso está obsesionado y de ahí le viene el ansia por saber más. Esto es lo que ha llevado sus pensamientos a un largo recorrido. Sin embargo, sus recuerdos no tienen fuerza probatoria; lo que él ha imaginado no tiene por qué ser cierto en el sentido de que coincida de forma creíble con los acontecimientos del libro; basta con que sea posible e imaginable porque en sí sea creíble; una afirmación falsa, poco natural, no sería admitida, sería rechazada por la experiencia. Que no pueda recordar con exactitud, es lo que ha excitado su curiosidad. En una de las últimas páginas, le parece recordar, se dice que el ciego se acerca a la ventana y de alguna forma consigue librarse del « espantoso » ruido que causa el moscardón; sin embargo, este pensamiento tiene poca consistencia, porque el cansancio lo tiene demasiado atado a la cama como para imaginar cabalmente que todavía es capaz de moverse de un sitio a otro. Pocas cosas hay que puedan movilizar al ciego. Ya no está en condiciones de acordarse de si el hermano llega o no llega con el último autobús. El libro termina inesperadamente con la descripción de la cena: La familia come las sobras sin calentar del almuerzo. El hijo encuentra una hormiga voladora en su plato. « La noche se burla de la descripción. »

El recuerdo se desvanece

Otra vez volví a ver a mi hermano que andaba por un campo cubierto de nieve helada. Durante el día, el sol intenso suele derretir la superficie de la nieve; con el frío de la noche siguiente una costra de hielo cubre el campo nevado; al otro día, el sol convierte algunas zonas de la capa de escarcha en mero brillo. Quien camine por el campo nevado debe andar libre de peso y con cautela; bajo el brillo, la capa de hielo todavía está dura. Procurará mantener una regularidad en sus movimientos, no salir del ritmo que adoptó desde un principio, cuando se puso a andar. Perder el ritmo causará su hundimiento; está obligado a continuar andando igual que andaba cuando empezó. Si se detiene, el repentino peso de su cuerpo romperá la capa de hielo; también si se echa a correr el peso de sus pasos le harán traspasar el hielo. Para que la fuerza de gravedad del cuerpo sea la misma en todos los puntos, se desprenderá de todas sus cargas antes de empezar a caminar: las remolachas, la cartera del colegio, el petate de marinero. Los primeros pasos dejan solo la fina huella de sus zapatos en la escarcha. Ha hallado la regularidad de movimientos que lo conduce hacia afuera. Si alguien lo llama, no debe detenerse ni responder. Cuando lo llamé, se hundió. Cuando sacó el pie izquierdo, se hundió el derecho. Cuando sacó el pie derecho, se hundió el izquierdo. Cuando se echó a correr, se le hundieron ambos pies. Bajo la capa de hielo la nieve es un polvo denso.



Peter Handke (Griffen, 1942). Escritor austriaco. Su producción, extensa y variada, gira en torno a la soledad y la incomunicación del hombre. Es autor de teatro, novela y poesía. También es director de cine; ha escrito guiones y ha colaborado con su amigo Wim Wenders. Ambos comparten un estilo concreto y descriptivo, sus personajes son seres abiertos, en proyecto. El minimalismo de los diálogos, la dificultad para tomar decisiones cuando todo puede resultar un paso en falso, constituyen rasgos característicos de la escritura de Peter Handke. Se declara heredero de Goethe, Kafka y Stifter. A su obra se la considera representativa del estilo de la Neue Subjektivität (Nueva Subjetividad).

En 1973 recibió el premio Georg Büchner, en 1976 el premio Kafka y en 2006 le fue concedido el Premio Heine, que él rechazó.

Notas

[1] En realidad se trata de un juego con la expresión alemana *Hals über Kopf*, literalmente «cuello sobre cabeza» que significa hacer algo precipitadamente, sin reflexión. (N. de la T.) <<

[2] Se trata en los tres casos de un juego de palabras: *Ich gehe ins Kloster* (Voy al convento) significa voy a hacerme monje o monja; *Ich gehe nach Übersee* (Voy a Übersee) significa ir a ultramar y *Anhöhe* significa colina, elevación y, por lo tanto, *Ich gehe hinunter auf eine Anhöe hinauf* (Voy hacia abajo para Anhöh) significa ir bajando hacia arriba. (*N. de la T.*) <<

[3] En el original *Windschatten* que significa sotavento. (N. de la T.) <<

[4] En el original se cita la expresión del Evangelio de San Lucas *sich wider den Stachel löcken*: «Será difícil para ti ir contra el aguijón.» Luc. 26, 14 (*N. de la T.*)

<<

[5] El autor parafrasea aquí el Evangelio de San Mateo 5, 29. (*N. de la T.*) <<

[6] En alemán existe la palabra para sombra, *Schlagschatten*, compuesta de *Schlag* (golpe) y *Schatten* (sombra), de ahí la alusión a los golpes de la sombra.
(N. de la T.) <<

[7] En español sus apodos serían « el quinielas» y « el loterías» . (*N. de la T.*) <<

[8] En alusión al proverbio bíblico: « Quien cava una fosa, caerá en ella» . Ecle. 10, 8-9. (*N. de la T.*) <<

[9] En el original se juega aquí con la expresión *fremdgehen* que significa cometer infidelidad. (N. de la T.) <<